

Se busca
Indagaciones
sobre la figura
del sicario

Alex
Schlenker



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

20 años



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Se busca
Indagaciones sobre la figura del sicario

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 118

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR
Toledo N22-80 • Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 322 8085, 299 3600 • Fax: (593 2) 322 8426
www.uasb.edu.ec • uasb@uasb.edu.ec

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL
Roca E9-59 y Tamayo • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador
Teléfonos: (593 2) 255 4358, 255 4558 • Fax: ext. 12
www.cenlibrosecuador.org • cen@cenlibrosecuador.org

Alex Schlenker

Se busca
Indagaciones sobre la figura del sicario



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador

20 años



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Quito, 2012

Se busca
Indagaciones sobre la figura del sicario
Alex Schlenker

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 118

Primera edición:
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Corporación Editora Nacional
Quito, noviembre de 2012

Coordinación editorial:

Quinche Ortiz Crespo

Armado:

Mosca estudio gráfico

Foto cubierta posterior:

Kevin Schlenker

Impresión:

*Taller Gráfico La Huella,
La Isla N27-96 y Cuba, Quito*

ISBN: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
978-9978-19-512-3

ISBN: Corporación Editora Nacional
978-9978-84-650-6

Derechos de autor:

Inscripción: 040281

Depósito legal: 004877

Título original: *Escrituras de violencia: relato y representación del sicario*
Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura,
con mención en Comunicación

Programa de Maestría en Estudios de la Cultura, 2009

Autor: *Alex Schlenker* (correo e.: *hasga@gmx.de*)

Tutor: *Xavier Andrade*

Código bibliográfico del Centro de Información: T-0613

Índice

Escrituras de violencia / 11

Capítulo I

Los debates en torno al sicario / 13

Origen histórico del concepto y su circulación en la vida social / 14

Los múltiples sicarios: mapeo de las discusiones precedentes / 18

Más allá del Estado y los carteles de la droga está la memoria / 31

La(s) memoria(s) de la otra ciudad / 33

Construcción mediática de la violencia / 37

El sicario narrado: literatura, cine y música / 40

Capítulo II

Estado, droga y memoria / 43

El mundo de las narraciones: Hogar dulce hogar / 43

Los barrios de «arriba»: historia de una culpa negada / 45

Sicarios de barrio-barrio de sicarios / 49

Microestados y macroestados / 52

El sicariato, el Estado y la modernidad / 54

La razón del sicariato / 59

El crimen organizado: las etapas de las economías (i)legales / 61

La economía del sicariato / 64

Carteles y sicarios: sicarios colombianos-sicarios mexicanos / 67

Capítulo III

La representación del sicario / 73

¿Realismo dramatizado o ficción realista? / 74

La infinita esfera de las (re)acciones / 78

El *casting* y la producción del sicario / 82

Fierros y penes / 86

En el nombre de la madre, de la hija y del espíritu santo del cartel / **94**
Mitología de la muerte urbana y su carnaval de colores / **98**

Capítulo IV

Conclusiones: el sicariato nuestro de cada día / 107

Bibliografía / **111**

Anexos / **119**

A María Gracia, a Kevin y a Noah, pacientes cómplices de todo el tiempo que se diluye silenciosamente en los renglones de este texto.

A Herbert y a Beatriz, por el amor, la amistad y la compañía que inspiraron este trabajo.

Fui asesinado de noche por sicarios.
Mi vida fue cortada de un tajo.
Lo que iba a vivir es lo que sueño.

ENRIQUE BUENAVENTURA (*Poemas*)

Recuerdo la primera vez que me tocó matar. Yo había
herido a personas pero no conocía los ojos de la muerte.
Sucedió un día por la mañana, en Copacabana, un pueblo
cercano a Medellín

«ANTONIO», EN ALONSO SALAZAR, *No nacimos pa' semilla*
(*La cultura de las bandas juveniles en Medellín*)

Escrituras de violencia

Un considerable porcentaje de las noticias emitidas en la ciudad de Medellín durante las décadas de 1980 y 1990 mencionaban la presencia de asesinos a sueldo que, a cambio de un cierto pago, se encargaban de matar a la persona señalada por quien los contrataba. La aparente facilidad y los escasos reparos éticos y morales con los que se ejecutaban dichos «encargos» alimentaron una serie de relatos –mediáticos y artísticos– que abordaron la figura del sicario. Al mismo tiempo, el sicario se convirtió en parte importante de muchas investigaciones sociales que, a través de esta violenta figura, buscaban explicar el origen y el funcionamiento de determinadas redes de violencia.

Estigmatizado por los medios de comunicación, mimado por la literatura y escenificado por el cine y la televisión, el sicario –anónimo y por lo tanto casi invisible– se convirtió rápidamente en un personaje al que se le inscribía la función de representar los entornos socioeconómicos de los que provenía. En los distintos discursos oficiales el barrio del sicario era considerado igual de violento que su representante. De esta forma surgieron una serie de relatos que, a través de distintas vías, comenzaron a circular en la sociedad alimentando y reforzando considerablemente los imaginarios de pobreza, violencia y religiosidad que del sicario y de su entorno barrial ya existían.

La presente investigación rastrea lo que se ha «dicho» de la figura del sicario. ¿Quién dice qué acerca del asesino por encargo?; para responder a esta pregunta central he revisado en la primera parte los principales estudios que, desde la sociología y las ciencias políticas, desde la antropología y la comunicación y desde los estudios culturales se han publicado en torno al tema del sicario. Los valiosos aportes de Daniel Pecaú y de Álvaro Camacho Guizado, entre otros, para quienes el sicario es el brazo armado de estructuras de poder aún más violentas, me permitieron abrir un debate que obliga a contextualizar el fenómeno del sicariato –especialmente el de Colombia y el de México– y su relación con el desarrollo de las llamadas *economías ilegales de la droga*. El papel del sicario en ciertos escenarios políticos y económicos resulta fundamental para entender el proceso histórico del narcotráfico.

Aproximarse al fenómeno del sicariato y, en especial, al sicario que lo ejecuta, entraña un problema metodológico esencial: tal fenómeno –en toda su

complejidad logística y violenta— suele ser prácticamente invisible a nuestros ojos. La segunda parte de mi investigación revisa los testimonios personales que, de distintos sicarios de Medellín, fueron recuperados por investigadores y escritores como Alonso Salazar, Arturo Alape o José Alejandro Castaño. Aunque relativamente polémicas, estas fuentes —contrastadas con los distintos argumentos que desde el debate académico se han formulado— me sirvieron para (re)construir las maneras de ver y entender al Estado nacional y sus distintas instancias de poder frente a lo que me permito llamar *micro-Estados* fundados por los carteles de la droga. El Estado se ve así escudriñado al mismo tiempo por la mirada testimonial del asesino a sueldo y el punto de vista del investigador académico.

La última parte del presente trabajo constituye una revisión de algunos de los principales productos culturales que recrean la figura del sicario en su relato. La idea de un *sicario narrado* me permite emprender el análisis de las distintas formas de interpretación y, por lo tanto, de representación social, corporal, psicológica y religiosa que los distintos testimonios personales, las novelas literarias publicadas por autores como Fernando Vallejo o Jorge Franco y sus respectivas versiones cinematográficas ensayan. Para puntualizar ciertas ideas me remitiré además a la exitosa serie de televisión *Sin tetas no hay paraíso*.

A través del análisis de los discursos existentes alrededor del sicario me interesa identificar el enunciado al que remiten las distintas realidades discursivas. Si logramos saber *para qué* se ha elaborado tal o cual afirmación acerca del sicario —ya sea un discurso «externo» (medios, relatos, cine) o uno «interno», construido a través de los relatos testimoniales e incluso autobiográficos elaborados por los propios actores de este tipo de violencia—, entenderemos mejor qué fin persiguen estas escrituras de violencia.

En un mundo en el que la violencia en todas sus expresiones es ya parte inseparable de la vida diaria pretendo aportar algunas ideas que permitan entender los orígenes de ciertas prácticas violentas a las que paradójicamente nos hemos acostumbrado. Si el lector advierte en este texto que por momentos el sicario ve reducida su culpabilidad, ello se debe al intento por ampliar la mirada para desarrollar una visión capaz de abarcar las múltiples aristas de un fenómeno violento que ni inicia, ni termina con el sujeto que, a cambio de unos pocos billetes, interrumpe la vida de otro ser humano. La violencia no es únicamente de quien opera el arma, sino también de quien contrata al sicario, de las autoridades y las fuerzas del orden que toleran el asesinato por contrato y de quien opta por un silencio cómplice. Está involucrada además aquella otra violencia, la de toda una sociedad que, en aras de un consumo cada vez mayor, explota y excluye a quien nada tiene. Oportunas entonces las palabras del semiólogo búlgaro Tzvetan Todorov, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 2008: «Por cómo percibimos y acogemos a los otros, a los diferentes, se puede medir nuestro grado de barbarie o de civilización».

CAPÍTULO I

Los debates en torno al sicario

El *sicario* es una compleja figura atravesada por distintas miradas que van desde lo antropológico y cultural, hasta lo político y judicial, pasando por los medios de comunicación, la literatura y el cine. Aunque el *sicariato* no es un fenómeno exclusivo de Latinoamérica, es entendido frecuentemente como un oficio «real» que proviene de determinadas zonas urbanomarginales de nuestras sociedades latinoamericanas.

En las últimas décadas, se han registrado homicidios a manos de *sicarios* en México, Colombia, Venezuela, Ecuador, Brasil y otros muchos países. Estos crímenes remiten a un Estado-nación débil, incapaz de reaccionar ante los embates de la corrupción existente en partidos políticos, instituciones públicas y la misma sociedad civil. A ello se suma la debilitada oferta educativa y moral con la que la escuela y la iglesia buscan competir con los triunfales «sueños de vida» que el crimen organizado ofrece.

Ya sea que se emplee el término *sicario*, *asesino a sueldo*, *matón* o *asesinato agravado*, el principio es el mismo: se trata de un homicida que asesina por encargo a cambio de un pago determinado. Una relación contractual que coloca al *sicario* en una posición especial en la que, aunque convertido en asesino, no pasa de ser el autor material del crimen ordenado y pagado por un autor intelectual. Esta distancia entre ambos actores establece una suerte de *diferencial motivacional*,¹ en el que cada autor obedece a un sistema de valores y creencias diferente.

Este primer capítulo busca identificar y agrupar temáticamente las principales discusiones académicas en torno al *sicario*; intento situar así los distintos debates que en relación al sicario han surgido al interior de las universidades o institutos de investigación. Más adelante, y debido a que el sicario es parte fundamental de los distintos discursos desarrollados por la prensa, la literatura, el cine y la televisión, intentaré detectar si los trabajos publicados se relacionan

1. El *diferencial motivacional* contempla un impulso distinto para los autores intelectuales y materiales.

con estas formas «académicas» de representación del sicario y a través de qué circuitos culturales circulan estas otras representaciones.

¿Qué aspectos del sicario son analizados en las investigaciones que se aproximan a esta figura violenta? ¿Existen trabajos que, a más de las condiciones sociales y políticas en las que surge el fenómeno, se interesen en las distintas formas de representación del sicario? ¿Cómo clasifican y sistematizan al asesino dichas formas de representación?

Los trabajos consultados sitúan el debate en determinados ejes temáticos, entre los que he seleccionado para el desarrollo de los posteriores capítulos los siguientes tres:

- El sicario y el Estado-nación (relación con las estructuras del poder político).
- El sicario y el mercado (relación con las estructuras económicas).
- El relato del sicariato (formas de representación del sicario y su entorno).

ORIGEN HISTÓRICO DEL CONCEPTO Y SU CIRCULACIÓN EN LA VIDA SOCIAL

El imperio romano desarrolló una afilada daga llamada en latín *sica*,² provista del tamaño ideal, ya sea para matar o para pasar desapercibida en el interior de la manga de la toga de quien debía ejecutar un homicidio por encargo. Esta arma blanca dio lugar a llamar *sicarius* al oficio y *sicarium* a la persona encargada de asesinar a otra persona por orden o contrato. El *sicarium* solía dirigir estos asesinatos contra los enemigos políticos de su amo. *Sicario* era entonces el asesino que mataba con la *sica* o puñal. Actualizado a la época contemporánea, se hablaría del asesino que opera –fundamental, pero no exclusivamente– con armas de fuego. El *sicario* de hoy es entonces un «pistolero», aunque el término no sea empleado prácticamente nunca.

El vocablo *sicario* fue acuñado inicialmente en la lengua italiana del siglo XIV,³ mientras que al castellano ha sido incorporado –fundamentalmente en el habla latinoamericana– apenas en la segunda mitad del siglo XX a través del uso inicial en crónicas periodísticas. La popularización del latinismo *sicario* –convertido en un cultismo criticable– obedece, a decir de Mariano Arnal:

Al prurito del periodismo por emplear terminología peculiar [ligado al] aire distinguido que pretende darle al oficio [de asesinar por encargo]. Para ello se

2. El vocablo *sica* tendría relación con el verbo *secare* que en latín significa *cortar*.

3. Ver <http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20050806/pags/20050806181323.html>.

usa el cultismo; que igual que el oculista y el dentista se ennoblecen con las denominaciones más cultas de oftalmólogo y odontólogo, así también el asesino a sueldo se ennoblece con la denominación de sicario.⁴

Esta crítica perfila al *sicariato* como una construcción mediática, no en su práctica criminal, sino en la elaboración y circulación de la «etiqueta mediática» con la que esta clase de homicidio es tratado en la esfera comunicativa.⁵

El uso posterior se caracteriza por una marcada intención periodística de separar al matón «común y corriente» del sicario; al asesino pasional o patológico del sicario y al homicida segado por la sed de venganza del sicario. En varios diccionarios el sicario es definido como un «asesino asalariado», término que al incluir el concepto de *salario* (esencial para la definición del crimen y la percepción del mismo) remite a las relaciones de producción implícitas en el crimen: el autor intelectual demanda un tipo específico de trabajo a ser realizado por el autor material contratado. Dichas relaciones de producción serán analizadas detalladamente en el segundo capítulo.

No es fácil determinar en qué momento llegó el vocablo *sicario* a ser incorporado al lenguaje cotidiano de los medios, para posteriormente pasar a ser empleado en las calles y finalmente por las autoridades judiciales. En el uso actual del vocablo está implícita una mezcla de admiración y morbo: se admira la capacidad de asesinar a sangre fría –sin remordimiento moral o culpabilidad alguna– y se exhibe la perversión de un negocio cuya mercancía es nada menos que la muerte de un ser humano. Parecería que la sociedad civil –guiada por la esfera mediática– intenta establecer algún tipo de frontera moral entre un homicidio «convencional» y uno «por encargo».

Si bien es cierto que durante la era de los carteles de Medellín y de Cali, bajo el mando de Pablo Escobar o Carlos Leder, respectivamente, se registró el mayor desarrollo del llamado *sicariato* y, por lo tanto, el mayor uso de los vocablos *sicario* y *sicariato*, no es menos cierto que, tras casi tres décadas, ese vocablo es empleado en el castellano de la mayoría de países iberoamericanos, incluidos Chile y España. Una noticia de agosto de 2005 en el diario chileno *La Nación*, habla de «Sicarios chilenos» y afirma que en «Chile, los sicarios irrumpieron con fuerza a principios de los 90». Un fenómeno que, aunque bastante posterior al que se registró en países como Colombia o Venezuela, no deja de ser igualmente peligroso e inquietante.

El periodismo y la sociedad civil emplean el vocablo *sicario* para diferenciar un tipo de homicidio de otro; está implícito así un universo de elementos de difícil comprensión para el ciudadano común: la premeditación, el pago por

4. Ver <http://www.elalmanaque.com/lexico/sicario.htm>.

5. El cap. IV trata con detalle la relación entre el sicario/sicariato y la esfera mediática.

una muerte, las invisibles redes de violencia, la religiosidad popular adaptada al crimen, la indiferencia e inoperancia de las instituciones del Estado, el vínculo del sicario con las economías ilegales, etc. En todos los países iberoamericanos –desde la frontera de México con los EUA, hasta la Patagonia e incluso España– han aparecido en los últimos años noticias periodísticas que emplean el término *sicario* en su redacción. Sospecho que tras varias décadas de violencia a manos de asesinos a sueldo en distintas regiones de habla castellana, quienes emplean este término –ya sea como emisores o receptores de determinadas noticias– consideran su utilización como algo común e incuestionable. En las ediciones digitales de ciertos diarios aparecen numerosas noticias que emplean el término *sicario*.⁶

El vocablo *sicario* opera lingüísticamente en la frontera de dos niveles interpretativos. Por un lado, se convierte a través del uso cotidiano en un eufemismo en el que el latinismo culto sirve de herramienta estilística para refinar la aproximación a un tema escabroso e inhumano. Por el otro, circunscribe y prácticamente tipifica –a nivel mediático– una clase de crimen. En los diarios enumerados anteriormente salta rápidamente a la vista que el término es empleado sin mayor resistencia idiomática.⁷ Su uso y reproducción remite a una aceptación generalizada por parte de los profesionales de la comunicación en

6. México: El diario *El Universal* arroja en su edición digital un total de más de 1.800 artículos en los que el buscador ha hallado la palabra *sicarios*. Ver <<http://www.eluniversal.com.mx/noticias.html>>. Colombia: *El Tiempo* es uno de los diarios con mejores opciones de búsqueda en su versión digital. Al ingresar la palabra *sicarios* en el buscador, se obtuvo una oferta de 3.938 artículos o noticias relacionadas con el término *sicarios* y, además, un registro que permite ver desde qué año (en este caso desde 1991) se tiene información en los archivos de la red del diario, así como una clasificación por secciones del diario (Nación, Justicia, Editorial, etc.), ver <www.eltiempo.com/archivo/buscar?q=sicarios&ie=latin1&producto=eltiempo&x=700&y=146>. Ecuador: El diario *El Comercio* ofrece en su portal de internet 370 artículos, notas periodísticas o reportajes en los que se ha utilizado la palabra *sicarios*. Cerca de una cuarta parte de las mismas se refieren a casos registrados en Ecuador como el de la noticia de agosto de 2008: «Esmeraldas se convirtió en una de las provincias más violentas del país... en San Lorenzo la violencia es atribuida a sicarios», en <www.elcomercio.com/solo_texto_search.asp?id_noticia=136955&anio=2008&mes=8&dia=9>. Chile: El diario *EMOL*, versión digital en internet de *El Mercurio* muestra una lista de más de 400 noticias relacionadas con la palabra *sicarios* dentro y fuera de Chile. Una noticia de abril de 2008 explica un homicidio contratado y «concretado el 6 de enero de 2007, cuando le propinaron cuatro balazos en la espalda. Ambos sicarios fueron detenidos por este hecho», en <www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=298702>. España: El diario *El País* ofrece en su edición digital un centenar de noticias que emplean la palabra *sicarios*. Una de ellas destaca: «En España se producen anualmente unos 40 asesinatos a manos de sicarios», en <www.elpais.com/articulo/espana/muertes/encargo/elpepiesp/20080601elpepinac_13/Tes>.
7. Diarios de países con un sicariato relativamente «joven» o reciente, incluyen en sus notas periodísticas la definición o el origen del término *sicario*. Un buen ejemplo resulta la noticia chilena en <http://www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20050806/pags/20050806181323.html>.

primera instancia y de autoridades civiles, policiales y judiciales, así como de la sociedad civil, posteriormente.

Aunque el tema del *sicariato* ha sido parte de un número considerable de estudios realizado a lo largo de Latinoamérica por investigadores de las distintas ramas de las ciencias sociales, no me ha sido posible ubicar publicación alguna que aborde el surgimiento y la incorporación del vocablo al castellano. Al contrario, he detectado que el término *sicario* es utilizado –sin reparo– como cualquier otra expresión en castellano, siendo empleado incluso para operar en la traducción desde otras lenguas o dialectos hacia el castellano. Luz Stella Castañeda y José Ignacio Henao, investigadores de la Universidad de Antioquia, han estudiado durante varios años el *parlache*, dialecto surgido en las comunas (barrios populares) de Medellín y difundido en el resto de Colombia y parte de los países vecinos.⁸ La investigación recoge cientos de vocablos acuñados por los jóvenes de los mencionados barrios de Medellín, incluidos aquellos que emplean para denominar a quien asesina «por encargo». El término *sicario* aparece empleado por los investigadores para traducir las expresiones que los jóvenes usan para referirse al asesino a sueldo.

Castañeda explica en su tesis doctoral la aparición y el uso de las principales expresiones. Al referirse a «dedicaliente», un término desarrollado por este dialecto, Castañeda dice que es «la formación de un [vocablo] compuesto con una significación nueva. Este compuesto tiene dos acepciones en el parlache: significa tanto «delator» como «sicario», «matón» o «asesino»». ⁹ También están los sinónimos *calentón*, *gatillero*, *pistoloco* y *traqueto* que en parlache tiene el mismo significado: violento, sicario, matón a sueldo. Participar entonces en acciones violentas o estar vinculado a grupos delictivos dedicados al asesinato «por encargo» es denominado en parlache «andar de calentura». Si el sicario se moviliza en moto, en parlache se lo denomina «asesino de la moto», una precisión del sicario y su *modus operandi*. El pedido mediante el cual se contrata el asesinato de una persona se denomina «mandar a quebrar» o «alquilar» y el pertenecer a una organización delictiva que contrata sicarios –como los carteles de la droga, las mafias, los grupos de combate irregular, etc.– se denomina en parlache «trabajar por oficina». ¹⁰

El parlache se ha introducido sin mayor problema en la literatura contemporánea de Medellín y del resto de Colombia, llevando consigo los imaginarios del *sicario* y su oficio. Castañeda ha detectado en la obra de escrito-

8. Luz Stella Castañeda Naranjo y José Ignacio Henao Salazar, *El Parlache*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2001.

9. Luz Stella Castañeda Naranjo, *Caracterización lexicológica y lexicográfica del parlache para la elaboración de un diccionario*, Lleida, Universidad de Lleida, 2005, p. 67, (las llaves son mías).

10. *Ibid.*, p. 174-289.

res colombianos como Fernando Vallejo (*La virgen de los sicarios*), Germán Castro Caicedo (*En secreto*) o Robinson Posada (*Sicarios School / Escuela de Sicarios*) el uso, no solo de los vocablos *sicario/sicariato*, sino además la reproducción de las maneras de hablar de los jóvenes de los barrios populares de las comunas de Medellín de los cuales ha salido una cantidad considerable de sicarios al servicio de los grandes carteles, los grupos paramilitares, las mafias locales o los grupos de delincuencia común. El parlache será un rasgo fundamental del *sicario narrado* —una de las formas de representación del asesino a sueldo— en buena parte de las obras literarias y de las películas que revisaré en el tercer capítulo de la presente investigación.

El vocablo *sicario* es entonces ya parte fundamental de una lengua que en prácticamente todos los países de habla castellana busca permanentemente novedosas formas de expresión. De esta manera se intenta dar cuenta de una realidad cada vez más cruel e inhumana, para la cual surgen constantemente nuevas denominaciones. Es posible entonces hablar de *lenguajes violentos*, no solo por sus niveles semánticos, sino además por las diferentes enunciaciones que estos desarrollan en torno a la violencia, y en especial, en torno al sicariato. El relato o discurso de la violencia es, por lo tanto, lo que Raymond Williams llama «una producción cultural manifiesta; limitada a los medios y a las formas culturales».¹¹ Para Williams existe así una relación importante entre las formas sociales (prácticas culturales) y las formas artísticas (representaciones de dichas prácticas culturales) que permite formular las siguientes preguntas: ¿A través de qué medios se construye entonces el discurso del sicario y su entorno? ¿Qué se dice en estos enunciados del sicario?

LOS MÚLTIPLES SICARIOS: MAPEO DE LAS DISCUSIONES PRECEDENTES

El sicario del crimen organizado

Una primera revisión de las principales investigaciones hechas por las ciencias sociales en torno a la figura del sicario permite detectar que, en prácticamente todas las publicaciones académicas consultadas, el sicario latinoamericano aparece como un actor social violento, incorporado a las distintas instancias de las complejas estructuras del *crimen organizado*, columna vertebral

11. Raymond Williams, *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 82.

de las llamadas *economías ilegales*.¹² En cuanto a la aparición de la figura del sicario, las publicaciones consultadas permitirían agrupar los enfoques metodológicos hallados en dos grupos principales: lo que llamaré los textos con *lecturas de vínculo* y los textos con *lecturas de origen*.

En los textos que proponen *lecturas de vínculo* se ha estudiado al sicario como un elemento incorporado a los grupos delincuenciales o mafias de la droga vinculadas en Latinoamérica al enriquecimiento ilícito. Bajo este enfoque el sicario es entendido por los distintos autores como «fuerza de choque» o «brazo armado» del cartel u organización delictiva que lo «emplea» para eliminar a sus «enemigos naturales»: la policía, los fiscales, los jueces, la prensa, así como a otros carteles que compiten por una porción del mercado. El sicario no es la figura central del estudio, sino apenas uno de los tantos elementos que componen la estructura criminal y de violencia en la que se insertan los carteles de la droga. Este enfoque tiende a hacer una lectura centrada en las *economías ilegales* y los respectivos medios ilegales, incluido el sicariato rutinario, para obtener sus propósitos o defender sus intereses.

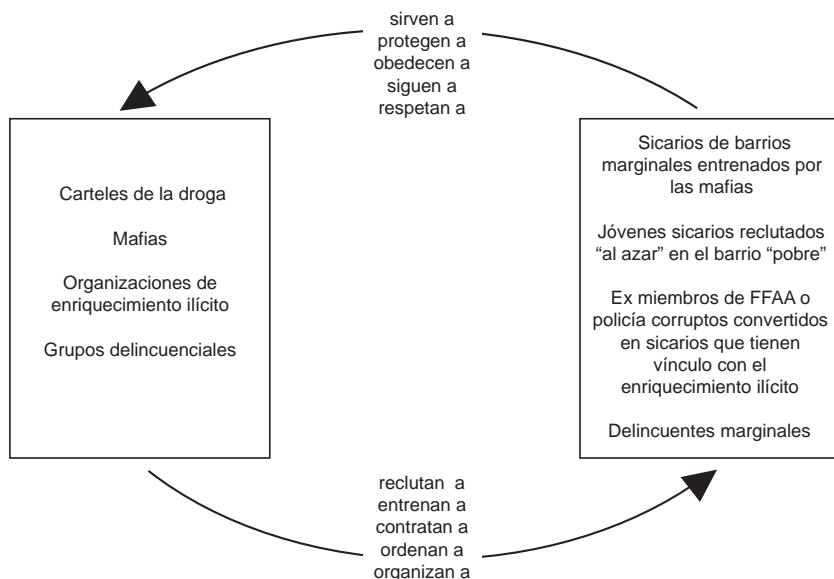
En los textos que parten de *lecturas de origen* los distintos autores le han seguido la pista a la figura del sicario centrando su mirada en los espacios sociales y culturales en que se origina la aparición de estos actores sociales. Este enfoque privilegia una lectura de las condiciones sociales —entre las que se destaca la débil presencia del Estado-nación, la marcada corrupción de las distintas instancias públicas, la ausencia casi total de políticas de desarrollo e integración de la población marginal, etc.— que han facilitado la oferta de una mano de obra especializada en el asesinato por encargo.

Aunque ambos enfoques contemplan dos perspectivas distintas —en cada caso prevalece una determinada priorización o selección temática— se trata de estructuras y causas estrechamente interrelacionadas. Los dos tipos de investigaciones centran su mirada respectivamente en extremos opuestos de un mismo y complejo círculo vicioso marcado por aspectos de tipo social, político, económico, jurídico, mediático y cultural.

El gráfico 1 esboza la interrelación existente entre los carteles de la droga y los espacios urbano-marginales.¹³

12. El concepto *economías ilegales* plantea un espectro más amplio de actores que *crimen organizado*.

13. La clasificación propuesta no pretende afirmar que existan estudios o investigaciones que omitan alguna de las partes del conflicto, sino simplemente destacar en qué parte del llamado círculo vicioso ha centrado su enfoque el investigador o equipo de investigadores.

Gráfico 1. Relaciones viciosas de carteles y sicarios

Fuente y diseño: autor.

Lecturas de vínculo

El sociólogo Álvaro Camacho Guizado, director del Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales de la Universidad de los Andes, dirigió una investigación que contempla al narcotráfico como un problema significativo para el Estado colombiano, no solamente por la amplia mirada que hay que desarrollar para abordar el problema, sino además por las distintas regiones del mundo involucradas en el mismo: Latinoamérica, EUA y Europa. Para el investigador, el ingreso obtenido por el tráfico de sustancias ilegales se concentra en aquellas organizaciones «cuya acción contribuye decididamente a destruir rasgos esenciales de la formación de la Nación: [...] narcotraficantes y aparatos armados ilegales que retan o defienden el Estado y el orden social en su conjunto, y que lo hacen mediante el uso desmedido y feroz de la fuerza, la corrupción, la violencia».¹⁴ En este panorama, el sicario no desaparece, pero sí se ve reducido en la lectura que de la violencia colombiana se hace. Su lectura busca determinar la función instrumental que lo compromete con la economía ilegal de la droga y el poder de los grupos que la controlan.

14. Álvaro Camacho Guizado, edit., *Narcotráfico: Europa, EEUU, América Latina*, Barcelona, Publicaciones I, Universitat de Barcelona, 2002, p. 10.

La «guerra interna» que vive Colombia tiene una magnitud de difícil comprensión. Los grupos armados como las guerrillas de las FARC-EP, ELN, EPL, los paramilitares de las AUC, el Ejército y otros actores producen al año tal cantidad de muertos, que relegan la violencia de los sicarios a un plano casi insignificante. Camacho Guizado se refiere en su investigación al sicario como un síntoma más que remite al poder económico y de corrupción y violencia de los carteles de la droga. El investigador responsabiliza al narcotráfico del proceso de concentración de la tierra destinada al cultivo ilegal y por lo tanto de armar y financiar a grupos armados para proteger y ampliar dichos terrenos. Según Camacho, el narcotráfico en Colombia «también en su acción criminal ha contribuido a convertir a grandes porciones de la juventud urbana en carne de cañón: bien sean los sicarios, bien sus víctimas».¹⁵ El sicario queda entonces enmarcado por Camacho como un actor violento con dos características: está vinculado de alguna manera con el narcotráfico y opera fundamentalmente en los espacios urbanos de las principales ciudades. Este último rasgo lo diferencia de un guerrillero o un paramilitar, sujetos violentos que operan prioritariamente en los espacios rurales.

Gilberto Medina Franco, otro investigador colombiano dedicado al estudio de los temas de la violencia colombiana y en especial de su historia, considera en *Una historia de las milicias de Medellín*,¹⁶ que las bandas de sicarios constituyen una organización sistemática del crimen por parte de los carteles de la droga. Los jefes de la droga han hecho de simples jóvenes de los barrios marginales –a través de un metódico adiestramiento y equipamiento– grupos profesionales para el asesinato por encargo. En un momento dado, estas bandas de sicarios no solo operaban a favor de los intereses de los carteles a los que se debían, sino que además eran un producto en sí mismo, entendido como proveedores de servicios con posibilidades de ser comercializados en otras partes del país. Entonces la fuerza de trabajo del sicario podía ser revendida a otros grupos delictivos del país que requerían de ese servicio. Para Medina Franco, el sicario está ligado en un matrimonio duradero con las mafias de la droga y el crimen organizado, quienes le proveen los «encargos» dentro y fuera de la jurisdicción del cartel.¹⁷

Medina resume además otros vínculos sostenidos por los grupos de sicarios, como el que las organizaciones de asesinos por encargo mantenían con la guerrilla colombiana. La palabra que entonces vino a sustituir la del «simple» sicario es la de *milicia*. El general Gustavo Pardo Ariza, comandante de

15. *Ibid.*

16. Gilberto Medina Franco, *Una historia de las milicias de Medellín*, Medellín, Instituto Popular de Capacitación, 2006.

17. *Ibid.*, p. 186.

la 4a Brigada del Ejército colombiano, explicaba en una entrevista concedida al diario *La Prensa*, con fecha 24 de abril de 1991, que *milicia* «es el nuevo nombre dado por las guerrillas a las antiguas bandas de sicarios del cartel de Medellín». ¹⁸ Estas milicias urbanas resultaron ser, en muchos de los enfrentamientos con la fuerza pública colombiana, un temible adversario. Medina recoge en su investigación el testimonio de uno de los dirigentes milicianos:

Mientras realizábamos los patrullajes de rutina, generalmente en triadas, chocábamos accidentalmente con la policía. En estos enfrentamientos la policía llevó la peor parte y tuvo varios heridos, optando siempre por retirarse. Estaban acostumbrados a enfrentar aquellas bandas que al menor asomo de problema tiraban a una zanja el changón y salían corriendo, pero no estaban preparados para enfrentarse a un grupo organizado, que se les parara en la raya, además, teníamos la gran ventaja que conocíamos cada recodo del terreno y ellos no. ¹⁹

El elemento más destacado del análisis de Medina Franco resulta el de la pertenencia al espacio en el que el conflicto se desarrolla. Los diferentes grupos armados que desarrollaron bandas de sicarios y las vincularon a su estructura de poder supieron aprovechar este elemento decisivo y determinante. Medina entiende estos conflictos como tensiones violentas originadas por el odio hacia un sistema oficial del Estado, representado en los policías encargados de vigilar, controlar y reprimir manifestaciones de violencia en determinados barrios de Medellín. Se evidencia en esta variante de violencia un odio implícito, una motivación por la revancha y la reivindicación, complejas amalgamas de emociones y posturas desde las que operan los distintos actos de violencia, inscritos en las estigmatizaciones de determinados barrios.

Aún así, el autor recoge en su investigación varios testimonios que señalan una motivación adicional, una de tipo económico. Pablo García, líder miliciano que operó durante muchos en los barrios de las comunas de Medellín y quien lideró en 1994 –año en que fue asesinado– las negociaciones entre varios grupos de milicianos y el gobierno nacional, explica la motivación económica de los sicarios por asesinar policías:

Cuando los sicarios del cartel le declararon la guerra a la policía a finales del año 89, recuerdo que un grupo compuesto por unos dieciocho agentes subieron hasta [el barrio conocido como] *el Popular* a pedir protección de las milicias. Su situación era desesperante y estaban atrapados [...] en los barrios donde vivían tenían que convivir con sus verdugos: los sicarios. ²⁰

18. Testimonio de Gustavo Pardo Ariza citado por G. Medina Franco, *op. cit.*, p. 17.

19. *Ibid.*, p. 17.

20. Testimonio de Pablo García citado por G. Medina Franco, *op. cit.*, p. 20.

El sicario al que en este caso se refiere la investigación de Medina Franco, más allá de obedecer órdenes de los carteles, halla en la recompensa por el asesinato de un policía una nueva motivación para su accionar:

En muchos casos los agentes eran asesinados a mansalva cuando se dirigían al trabajo, llevando a sus hijos a la escuela, o simplemente cuando se dirigían a la tienda de la esquina a comprar cigarrillos, de esta manera los sicarios cobraban los dos millones que ofrecían las oficinas. Pero el agente raso también tenía que cuidarse de sus nuevos «colegas», la fuerza élite, que disfrutaba de todos los privilegios del caso y tenía dentro de sus planes, sacar del camino a los agentes que supuestamente servían de apoyo a las bandas.²¹

Al ofrecer una recompensa de dos millones de pesos colombianos, el llamado de Pablo Escobar estrechó aún más el vínculo que existía entre el cartel y el sicario. Un vínculo que se sellaba con la promesa económica, pero que además apelaba a dos arquetipos de la conducta humana: *el cazador* y *el jugador*. Matar policías era un desafío convertido en juego: había que acechar, perseguir y matar para reclamar el premio que, a más del dinero en efectivo, otorgaba reconocimiento desde la masculinidad sacralizada del patrón capaz de retar al Estado-nación que los había olvidado. Los sicarios más «aplicados» eran tomados en cuenta para otros trabajos de mayor responsabilidad.

Otro tipo de sicario detectado por Medina Franco es el sicario de la *limpieza social*. Este tipo de sicariato fue concebido para eliminar de determinadas zonas urbanas a vendedores y compradores del «basuco», un residuo de cocaína de baja calidad contaminado con impurezas, subproducto en la elaboración del clorhidrato de cocaína. Los vendedores eran grupos menores del hampa a quienes se denominaba comúnmente *jíbaros*, una suerte de delincuentes comunes que intentaban hacer fortuna con la venta callejera de la llamada «pasta». La comercialización de este producto generó una concentración incómoda de sujetos marginalizados reducidos a través de expresiones tales como *vagabundos*, *mendigos*, *habitantes de la calle*, *delincuentes comunes* –consumidores indeseables que no podían pagar los altos precios de la cocaína refinada, obligados a contentarse con las sobras de la cocaína de exportación–. Medina Franco explica la función de *los Priscos*, un grupo de sicarios que

Combatían los expendios de drogas en Aranjuez asesinando a los jíbaros o expulsándolos del barrio, en la tarea de benefactores del vecindario que animaba a los fundadores de esta banda delincuencial al servicio del cartel de Medellín.

21. *Ibid.*

En el municipio de Envigado ocurrió lo mismo, solo que allí eran las autoridades locales al servicio de Pablo Escobar quienes mataban a *jibaros* y viciosos.²²

Medina Franco suscita un interesante debate para cual expone la crueldad con la que frecuentemente opera el sicario. En un capítulo de su investigación sobre la historia de las milicias urbanas, reproduce partes de la autobiografía de Pablo García, líder de las desmovilizadas Milicias del Pueblo y para el Pueblo (MPPP): «Allí la banda más fuerte era *La 30*, unos muchachos que habían empezado como sicarios del Cartel de Medellín, [...] con todo el poder que había acumulado, *La 30* se dedicó a matar gente de su vecindario. Cuando *La 30* cometía alguna masacre contra la población, los policías se hacían los locos».²³ La crueldad de estos asesinatos es comentada por Medina: «Hay ocasiones en que se ensañaban con sus víctimas; luego de acribillarlos, los amarraban de los carros y las motos y arrastraban sus cuerpos por el barrio».²⁴

Los modos de asesinar y las formas de exhibir a sus enemigos derrotados remiten a una necesidad del sicario por visibilizar su poder destructivo y de esta manera obtener el respeto que desea tener, pero del que carece en la sociedad de la desigualdad. Una operación que se inserta en lo que el antropólogo Philippe Bourgois define como una *economía política de la violencia*. Las conclusiones que Bourgois logró obtener en sus largas investigaciones en *El Barrio* de Nueva York le permitieron concluir que la violencia en espacios marginales se reproduce a través de los sujetos que de ella participan y con ayuda de los distintos discursos que los atraviesan. Uno de los principales responsables de la violencia en estos espacios es la escuela: «La violencia organizaba el día a día en la escuela hasta convertirse en la memoria principal de su educación formal [...] durante dos generaciones, la escuela ha empujado a cientos de niños hacia el oficio de vender drogas, el abuso de sustancias violentas, la inseguridad social y la condición de madres solteras».²⁵

Ante la ausencia del padre —una considerable cantidad de hogares marginales funcionan sin la presencia del padre— la violencia permite construir una suerte de nuevo patriarcado que nace de lo que Bourgois llama el *patriarcado en crisis* («patriarchy in crisis»)²⁶ Surgen así como sustitución de los espacios de sociabilización y mediación de los jóvenes con su entorno los circuitos de la «inner-city street-culture», espacios en los que se despliega la llamada *cultura marginal de la calle*. Las prácticas culturales de estos espacios estarían atrave-

22. G. Medina Franco, *op. cit.*, p. 59.

23. Pablo García, *op. cit.*, p. 168.

24. G. Medina Franco, *op. cit.*, p. 168.

25. Philippe Bourgois, *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995, p. 194, traducción del autor.

26. *Ibid.*, p. 213.

sados por rituales masculinos que, como parte de una forma de «cultura de la violencia», están concebidos para construir la identidad de los sujetos (mayoritariamente masculinos) quienes ven en estas formas violentas una posibilidad por ganarse el respeto de los demás miembros de la comunidad.

Bourgois sostiene que estos hogares disfuncionales en los que la madre está trabajando y el padre ha desaparecido estimulan una lógica de la cultura callejera que exime al padre ausente de sus responsabilidades. La escasa autoestima de estos jóvenes busca fortalecerse a través de furtivos y promiscuos amores, consumo de alcohol y drogas, exhibición pública de la fuerza y el poder de destrucción del que se sienten capaces. Para Bourgois queda claro que el consumo de sustancias ilegales (crack, cocaína, marihuana, etc.) no es directamente el problema a ser abordado por las distintas políticas públicas, sino tan solo el síntoma de profundos conflictos: «El abuso de sustancias psicotrópicas es tal vez una dimensión atribuible a la pobreza urbano-marginal susceptible a las políticas de corto plazo. Ello se debe a que las drogas no son la raíz de los problemas presentados aquí, sino la expresión epifenoménica de conflictos estructurales más profundos».²⁷

Un similar planteamiento es de esperar en la aproximación que se haga a la violencia que se produce en, y a partir de los distintos barrios marginales, la cual debería entenderse de manera similar: un síntoma de graves problemas estructurales que, sumados a distintas maneras de entender y explicar la violencia, desarrolla discursos propios (¿cómo me veo?) y ajenos (¿cómo me ven?) acerca del sicario y las formas de representarlo. La violencia en estos entornos estigmatizados cumple importantes funciones en la construcción de las identidades. El espacio primordial para dichas interacciones es la calle. Rolando Fernández, de la Universidad Católica del Perú, en Lima, escribe en su investigación acerca de la calle lo siguiente: «El período juvenil se asocia a la calle, la cual tiene que ver con el grupo de pares y su socialización en esta convivencia. Como el hombre solo puede hacerse a sí mismo en el espacio extradoméstico, la calle es un espacio de aprendizaje, de activación y de representación de los mandatos masculinos».²⁸

La violencia de los jóvenes de los barrios marginales que aceptan el oficio de sicario, no obedece únicamente a las redes de violencia en la que se cumplen órdenes de «arriba», sino además a la necesidad de construir los distintos modos de verse a sí mismo y de apropiarse de las formas como otros los ven. Bourgois propone leer a través de la economía política las manifestacio-

27. *Ibid.*, p. 319.

28. Rolando Fernández Dávila, *Representaciones de la masculinidad en adolescentes de dos grupos de diferente estrato socio-económico de Lima Metropolitana*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004, p. 123.

nes del entorno para explicar la pobreza y la marginalización social en espacios urbanos. Acerca de dos sujetos marginales –*Primo* y *Caesar*– Bourgois explica ciertos rasgos de la marginalización a través de la droga (lo cual funcionaría igualmente para la violencia y en especial para los jóvenes-sicarios): «ellos no aceptan pasivamente su victimización estructural. Al contrario, al incorporarse a la economía ilegal y adhiriéndose con orgullo a la cultura de la calle, persiguen una alternativa a su marginalización social. En este proceso se convierten en agentes que administran su propia destrucción y su sufrimiento en comunidad». ²⁹ Muchos jóvenes-sicarios no se definen como víctimas de la violencia. Al contrario, las múltiples formas de violencia les permiten desarrollar una identidad concebida para generar en el entorno temor y respeto.

Una investigación muy importante en las lecturas de vínculo es la que viene realizando desde hace algunos años el investigador español Carlos Resa Nestares de la Universidad Autónoma de Madrid en torno al tema de los grupos dedicados en México al narcotráfico. Resa Nestares aborda y analiza el especial y singular caso de los sicarios conocidos como *Los Zetas*. Aquí, el vínculo entre hombres armados y los carteles de la droga resulta evidente y ampliamente conocido. Se trata de un escuadrón de élite de las Fuerzas Especiales del ejército mexicano que, tras cumplir misiones de control del narcotráfico en la frontera norte de México, cambiaron de «empleador»: «Entre 1999 y 2000, [...] cambiaron de cliente y pasaron a vender sus servicios a un empresario privado de drogas, Osiel Cárdenas Guillén. En otras palabras, privatizaron su clientela». ³⁰

El estudio de Resa confirma las relaciones de vínculo entre los grupos dedicados al enriquecimiento ilegal y sus fuerzas de choque, dedicadas a la «protección». Los imaginarios de honor y valor de este grupo al servicio del cartel de la droga de Cárdenas dieron lugar al corrido *Los Zetas* del grupo *Los Tucanes de Tijuana*. ³¹ El proceso de «privatización» de las fuerzas armadas devalúa y reafirma la debilidad del Estado frente al poderío económico de los narcotraficantes. Aún así, no se trataría de una oferta de fuerza de trabajo de libre cotización en el mercado, ni siquiera en el de las economías ilegales. Este grupo de sicarios obedece a un solo patrón. Al respecto Resa apunta que Los Zetas están «sujetos a un solo cliente, lo que a la postre le dio un cierto sentido de patronazgo». Esta investigación será de enorme importancia para analizar el desarrollo / la incorporación del sicario a las redes de poder de los carteles de

29. P. Bourgois, *op. cit.*, p. 143.

30. Carlos Resa Nestares, «Los Zetas: de narcos a mafiosos. Notas de investigación 04», en *El comercio de drogas ilegales en México*, http://www.uam.es/personal_pdi/economicas/cresa/nota0403.pdf.

31. Aunque en el cap. 3 abordaré solamente las representaciones que del sicario se hacen en la literatura y el cine y la TV, incluyo en los anexos la letra de este narcocorrido.

la droga. Lo que en Colombia opera como una suerte de adopción de jóvenes marginales, en México puede ser leído como la compra de la fuerza pública, una forma de privatización.

Lecturas de origen

Para algunos investigadores, el sicariato no es un fenómeno que obedezca únicamente al uso de la violencia por parte de los carteles de la droga, sino más bien un síntoma de la deuda social que el Estado-nación no ha podido saldar con la población más excluida, asentada en espacios urbano-marginales, conocidos comúnmente como cinturones de pobreza. Gran parte de estas investigaciones provienen de la academia colombiana: Alonso Salazar, José Alejandro Castaño, Arturo Alape, entre otros. Otras aproximaciones han sido hechas desde espacios como el Programa de Estudios de la Ciudad, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO-Ecuador y desde el Centro de competencia en comunicación –C3– para América Latina. En los últimos años han aparecido importantes aportes al tema de la violencia –lo que incluye al sicariato– incluso en espacios de la academia europea. El sociólogo francés Daniel Pecaút publicó en 1996 una importante investigación que intenta desarrollar una visión panorámica de la violencia en Colombia.³² Pecaút comienza su revisión de la alarmante violencia colombiana de la década de 1980, con una lectura histórica del proceso político en ese país. El artículo mapea, entre otros elementos, orígenes y puntos de partida para la violencia actual en el fracaso del Frente Nacional de 1958, aquella alianza entre conservadores y liberales que propuso alternar el poder entre un bando político y el otro. Pecaút cree que dicha alianza fue incapaz de hacer frente a las nuevas demandas sociales, lo que permitiría abonar el terreno para la expansión de las guerrillas, la cara más visible de la violencia en Colombia, pero no la única.³³ El investigador propone una suerte de «percepción caleidoscópica» de la violencia en Colombia. Una mirada que busca evitar el excesivo centramiento en las manifestaciones de la violencia, para concentrarse en el origen de las condiciones necesarias para tal violencia.

32. El mencionado artículo fue publicado en Jean Michel Blanquer y Christian Gros, edit., *La Colombie à l'aube du 3ème millenaire*, París, Institut des Hautes Etudes d'Amerique Latine, 1996. En la presente investigación me referiré a la traducción de Bernardo Correa López, filósofo de la Universidad Nacional de Colombia, publicada en *Análisis Político*, No. 30, ene./abr., Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, 1997.

33. Daniel Pecaút, *Presente, pasado y futuro de la violencia*, en *Análisis Político*: No. 30, ene./abr., Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, 1997, p. 2.

Para Pecaú, la violencia colombiana es un complejo entramado de redes de poder político y económico. Todo acto de violencia obedece a intereses de diversa índole. En esta lógica se inscribe también el sicario. La violencia inicial es de tipo político, pero la violencia de los 80 tiene además una base económica. Pecaú establece un nexo entre el surgimiento de la violencia y el rápido desarrollo «de la economía de la droga».³⁴ Un proceso que se inició en la década de 1970 con el cultivo de la marihuana y que se expande en la década siguiente con el cultivo de la coca. La economía de las drogas ilegales requiere de mucho esfuerzo violento para asegurar los intereses de los carteles. La función de los sicarios es la de eliminar cualquier obstáculo en las instancias que fuera para garantizar el éxito de las operaciones. Pecaú halla en la escasa o nula reacción del Estado-nación la posibilidad de surgimiento de estos grupos armados al servicio de las mafias de la droga. Pecaú propone discutir la debilidad del Estado colombiano para controlar la violencia, incluida la de los sicarios. En el complejo panorama de la violencia colombiana Pecaú elabora un corte metodológico para leer por un lado el conflicto entre la guerrilla, los paramilitares y el ejército, y por el otro lo que llama la *violencia urbana*, un tipo de violencia —centrado en las principales ciudades— que incluye, a más de los sicarios vinculados al asesinato de quienes desafían a los carteles, a las bandas dedicadas a la llamada «limpieza social», milicias de barrio y milicias vinculadas a los grupos guerrilleros o paramilitares. Esta violencia organizada parece opacar la «violencia común», entendida por Pecaú como «anómica». Se trata de aquella violencia «hecha de delincuencia, arreglos de cuentas, riñas y litigios ordinarios que se saldan con innumerables asesinatos».³⁵ En este contexto, Pecaú afirma que «las bandas de sicarios de Medellín, ante todo se han constituido para servir a los proyectos de Pablo Escobar».³⁶ El Estado-nación no es capaz de evitar que los jóvenes de escasos recursos económicos puedan ser reclutados por los carteles, los paramilitares o la guerrilla. La motivación resulta obvia: el sistema jerarquizado de las redes de sicarios al servicio del cartel de Medellín permitía a los jóvenes ascender en la escala social, exhibir su dinero y su hombría.

Pecaú hace referencia a la llamada «cultura del tráfico de la droga», una manera de los jóvenes-sicarios de Medellín de abordar y construir la vida y, especialmente, su vínculo con los carteles de la droga. Para Pecaú, esta cultura de los sicarios aparece, al mismo tiempo, como moderna y tradicional. Moderna, al momento de subvertir el sentido de las antiguas jerarquías; en el nuevo modelo de producción alguien de escasos recursos económicos puede llegar a

34. *Ibid.*

35. *Ibid.*

36. *Ibid.*, p. 19.

tener mucho dinero e infundir temor y respeto. Esta cultura moderna, y por lo tanto, novedosa para buena parte de los sicarios, «manifiesta el desprecio hacia el trabajo ordinario, aquel de los padres, presentes o ausentes, que se han humillado y plegado a las disciplinas impuestas». El joven-sicario moderno es al mismo tiempo tradicional, pues su cultura cotidiana «está impregnada de la religiosidad y la nostalgia de una cultura antioqueña más o menos imaginaria».³⁷ El joven-sicario es, según Pecaú, un actor atravesado por una nueva forma de generar riqueza y con ella un vertiginoso (aunque frecuentemente fugaz) ascenso social. El sicario ejecuta sus crímenes marcado e influido enormemente por la religiosidad popular colombiana y en especial la de Medellín.³⁸

El sicario «no tipificado»: el debate del sicariato en el Ecuador

El sicariato es un fenómeno de dimensiones casi globales. Aunque en el Ecuador el número de homicidios no alcanza las cifras de Colombia o México, el fenómeno se ha registrado con relativa frecuencia en el territorio ecuatoriano, sin haber sido estudiado aún con detenimiento. Importantes figuras políticas, desde el mariscal Sucre, hasta Jaime Hurtado, pasando por el asesinado Dr. Gabriel García Moreno, han sido víctimas de «asesinatos por encargo», sin que hasta el momento existan estudios profundos y sistemáticos al respecto. La mayoría de intentos por explicar la presencia del sicariato suelen provenir de la prensa y se limitan a interpretarlo como «mal ejemplo» llegado desde Colombia, cuya «violencia generalizada» influye sobre la realidad de los países vecinos.

Estos relatos periodísticos no examinan a profundidad los casos registrados, menos aún los sistematizan, sino que se limitan a esbozar un intento de «influencia externa» en la creación de determinadas formas de violencia que obedecerían a cierto tipo de organizaciones y estructuras surgidas en Colombia y capaces de traspasar las permeables fronteras de ciertas naciones. Esta aproximación intenta explicar el aumento de los casos del sicariato en Ecuador como manifestaciones violentas «inspiradas» o «influidas» en, y por, el modelo colombiano. ¿La violencia se desarrolla por cuenta propia, o es acaso imitación de otros modelos? Fernando Carrión desarrolla la idea de un sicariato ecuatoriano que tendría algo de ambos aspectos: una suerte de dialéctica entre lo que

37. *Ibid.*, p. 23.

38. La paradoja entre asesinato y devoción católica es desarrollada en el transcurso del presente trabajo. El fenómeno del culto a la Virgen de «los sicarios» y su versión mexicana del santo conocido como Malverde, serán tema del tercer capítulo.

llega de Colombia «debido a la influencia del narcotráfico y el paramilitarismo colombiano» y las maneras propias desarrolladas localmente en el Ecuador.³⁹

La investigación de Carrión debe ser leída como una aproximación preliminar al tema del sicariato en Ecuador a través de aquellas noticias periodísticas que en los últimos años fueron publicadas por la prensa local. El estudio se detiene excesivamente en el debate en torno a la denominación del crimen. Un asesinato por encargo en Colombia o México es llamado por la policía y los medios fácilmente *sicariato*. En Ecuador en cambio, dicha denominación es empleada casi exclusivamente por los medios de comunicación, ya que la policía se niega a usar el término *sicario*, debido a que «Desgraciadamente, dentro de las estadísticas todavía no se puede usar [...], porque penalmente o en la parte jurídica no está tipificado como sicariato».⁴⁰ Carrión señala que «el fenómeno del sicariato no es nuevo en el mundo ni ha estado ausente del Ecuador».⁴¹ Un lugar común que intenta polemizar el que los jefes policiales en el Ecuador emplean la palabra «homicidio con agravante». El encargo, pago y demás aspectos del «contrato» serían entonces agravantes del homicidio cometido.⁴²

La investigación busca que las autoridades acepten el fenómeno del sicariato como un «homicidio por remuneración», con lo que no persigue en primera línea explicar a qué tipo de organizaciones legales o ilegales remite el sicariato, sino a que las distintas instituciones del Estado asuman la magnitud del problema. El debate —exclusivamente mediático— pretende determinar si los asesinatos «por encargo» cometidos en el Ecuador se deben a la «importación» de profesionales con un cierto «know how» delictivo colombiano, o a un tipo de homicidio desarrollado en Ecuador. La discusión es obvia y pretende definir el fenómeno como un hecho real y de importantes magnitudes.

Carrión pregunta: «pese a que este delito ocurre en el Ecuador, constantemente se niega su existencia. ¿Por qué esta paradoja?»⁴³ Ello remite a complejas estructuras y redes de poder cuyos intereses difícilmente pueden ser identificados con la metodología empleada por Carrión, la cual se centró únicamente en las noticias periodísticas acerca de *sicarios* y *sicariato* publicadas en los

39. Fernando Carrión, «Sicariato», en *Boletín Ciudad Segura*, No. 24, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 2008, p. 1.

40. Entrevista al jefe de la Policía Judicial, publicada en *El Comercio*, 24 de diciembre de 2007. Ver anexos.

41. F. Carrión, *op. cit.*, p. 1.

42. Al respecto la legislación chilena hace una importante distinción. Los sicarios chilenos afirman que no operan por encargo. Para eso intentan demostrar que el asesinato fue por robo, ya que el Código Penal contempla penas menores para un homicidio simple, mientras que en un homicidio calificado (con premeditación, alevosía o remuneración) las penas son más altas. Ver *Figura penal del sicariato en Chile*, publicado en <<http://www.lanacion.cl>>, el 7 de agosto de 2005.

43. *Ibid.*

principales diarios del Ecuador (*El Universo*, *El Comercio* y *Hoy*) entre enero de 2007 y abril de 2008. Si bien es cierto que el corte temporal de dieciséis meses puede arrojar datos interesantes, se trata de un problema fundamentalmente de diversidad de fuentes. El enfoque se centra en los relatos periodísticos, lo que deja fuera del análisis otras fuentes: informes policiales y fiscales, procesos judiciales, entrevistas a actores, cómplices y testigos, literatura, cine (popular) y música, al igual que la tan polémica «percepción ciudadana».

En cuanto a los datos recogidos de los diarios, el mismo Carrión advierte las debilidades de esta metodología: la información es limitada y sin cobertura nacional, por lo general proviene de aquellas ciudades en las que el medio tiene corresponsales; se desconocen los criterios de selección y edición del medio (escasa sistematización de los casos): se publica lo que merece «ser noticia»; el procesamiento es parcial, ya que no se profundiza la problemática más allá del hecho noticioso. Estas limitaciones metodológicas remiten a ciertos desaciertos conceptuales, puesto que la noticia de prensa debe ser entendida en todo momento como una forma de representación y, por lo tanto, como una forma discursiva. Las fuentes seleccionadas para dicho estudio permiten entender algunas de las formas del relato que en torno al sicario se elaboran, pero de ninguna manera a las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales que posibilitan el surgimiento y el desarrollo de esta forma de violencia.

MÁS ALLÁ DEL ESTADO Y LOS CARTELES DE LA DROGA ESTÁ LA MEMORIA

¿Quién es el sicario que atemoriza con sus asesinatos por encargo? ¿Es posible hablar de manera general de un solo tipo de *sicario*? ¿Existe un estereotipo del joven-sicario? ¿Cuáles son los aspectos históricos y económicos de esta forma de violencia? El intento por circunscribir al sicario a un rango de edad, procedencia socioeconómica, composición familiar y demás, permite sistematizar desde la perspectiva sociológica la realidad del fenómeno del sicariato. Aún así, se corre el peligro de estereotipar las distintas identidades reduciéndolas a «identidades violentas». Un ejercicio que, al tiempo que niega la construcción y afirmación de otras formas de identidad, remite a una *cultura de la violencia* como esencia de los espacios de pobreza de la que proviene, con lo que se omite la economía política elemento vertebrador de tales formas de violencia. Se da entonces un complejo *juego de identidades*.

Xavier Andrade, antropólogo de FLACSO-Ecuador, advierte los problemas implícitos en los estereotipos que, alrededor de la identidad cultural, se enuncian: «los estereotipos constituyen conceptualizaciones dominantes que

homogenizan las diferencias culturales. Al negar la diversidad interna, emplean el concepto de cultura de una manera perversa, negando la naturaleza dinámica y contradictoria de la misma [...] al estereotipar se clasifica la cultura como algo estático».⁴⁴ Un elevado número de sicarios de las ciudades latinoamericanas comenzó sus actividades delinuenciales en su adolescencia o incluso en la niñez. Las condiciones de exclusión a las que se ven sometidos estos jóvenes hacen muy difícil una posibilidad real de entablar con el otro una «larga y profunda conversación. [...] El otro existe para matarlo o secuestrarlo, el otro no existe para escuchar de él lo que piensa».⁴⁵ Los jóvenes de los barrios marginales no sienten un reconocimiento en dos aspectos para ellos fundamentales: que son jóvenes y que habitan y recorren la misma ciudad de quien los excluye. En la búsqueda de publicaciones sobre sicarios encontré un número considerable de estudios en los que, más allá de la aproximación a organizaciones delictivas, mafias de la droga o grupos armados que defienden o desafían al Estado, existe un ser humano atrapado en una paradoja: ser un victimario que a su vez es victimado. Se trata de investigaciones que centran su mirada en la persona empujada, reclutada, obligada, seducida o engañada por el sicariato y sus distintas promesas de una «vida mejor». Al mismo tiempo, son sujetos que construyen su identidad en torno a las múltiples formas de violencia como búsqueda de otras identidades. Estos estudios suelen abordar la figura del joven-sicario desde la comunicación, ya sea a través de la narración autobiográfica o el relato urbano. He llamado a estas investigaciones *estudios de la memoria*.

He revisado para la presente investigación textos de autores como Arturo Alape (*Ciudad Bolívar, La hoguera de las ilusiones*); Alonso Salazar J., (*No nacimos pa' semilla*); José Alejandro Castaño (*¿Cuánto cuesta matar a un hombre? Relatos reales de las comunas de Medellín*), o, Pascual Serrano (*Sicarios en Medellín, conviviendo con la muerte*). Considero que dichos textos deben ser tratados como relatos que operan como discursos elaborados. Si bien es cierto que se trata de importantes recopilaciones que, a través de la voz del propio sicario, narran y reconstruyen los distintos procesos históricos que hicieron posible el desarrollo de un sicariato de la magnitud y alcance del caso colombiano, existe en la propuesta un problema: los autores mencionados sustituyen la mirada sociológica que ubica al sicario como objeto de estudio, por una aproximación más histórica y literaria. Este enfoque es válido en cuanto intento por activar el acto de recordar las experiencias vividas. Un recordar

44. Xavier Andrade, ««Culture» as Stereotype: Public uses in Ecuador», en Richard G. Fox y Barbara J. King, edit., *Anthropolgy beyond culture*, Nueva York, Berg Publishers, 2002, p. 2.

45. Arturo Alape, «Voces en el Taller de la Memoria», en *Revista de Estudios Sociales*, No. 24, Bogotá, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, 2006, p. 2.

apoyado en aquello que Halbwachs llamó «los marcos sociales de la memoria» (familia, religión, clases sociales, escuela).⁴⁶ Sin embargo, al individualizar las distintas trayectorias de estos sujetos de violencia, se vuelve más difícil el intento de contextualizarlas en historias más amplias. En el segundo y tercer capítulo respectivamente revisaré los mencionados trabajos como documentos que contribuyen a la construcción del discurso del sicario y, además, de ciertas miradas que moldean los productos culturales como la literatura, el cine y la televisión. Estos *estudios de la memoria* toman una memoria individual e intentan convertirla en la memoria de un colectivo mayor al que nadie le ha dado la palabra. Este ejercicio testimonial remite a un problema de discurso performativo que analizaré en el siguiente capítulo.

LA(S) MEMORIA(S) DE LA OTRA CIUDAD

Arturo Alape define su estudio sobre la memoria de los jóvenes en los barrios marginales de Ciudad Bolívar, un barrio popular de Bogotá, como una aproximación interdisciplinaria: «desde la psicología en sus historias clínicas, desde la antropología y sus historias de cultura, desde la sociología como una aproximación a experiencias de comportamientos sociales, desde el periodismo como construcción de una realidad, y desde la literatura como escritura totalizante».⁴⁷ Alape narra en sus crónicas la profunda necesidad de los jóvenes de Ciudad Bolívar por ser aceptados como jóvenes: «queremos que nos entiendan, porque somos jóvenes con los mismos conflictos que tienen los jóvenes en el país: tenemos problemas familiares, problemas educativos, vivimos entre todo tipo de violencia y drogadicción, somos de origen muy humilde, pero somos jóvenes».⁴⁸ Alape analiza en varios apartados de sus crónicas la relación del joven con la ciudad, con aquella ciudad que no lo reconoce. Una ciudad que, al estar oculta bajo la ciudad oficial, se convierte en la *otra ciudad*. ¿Qué futuro ofrece la «gran ciudad» a los jóvenes? ¿Es un futuro únicamente para las clases acomodadas? ¿No hay otra salida que la violencia?

Alape combina las voces de quien habla y de quien escucha, un ejercicio de recordar y reconocer simultáneamente al mismo y al otro. El diálogo incluye temas como la familia, la amistad, la vida y la muerte, al tiempo que denuncia la actitud excluyente de los habitantes de Ciudad Bolívar, quienes excluyen a quien es «ajeno» al barrio: «Cuando llego a la zona, de inmediato siento el re-

46. Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004, p. 330-335.

47. A. Alape, «Voces...», p. 30.

48. *Ibid.*, p. 8.

chazo de alguien que está excluido por la ciudad, [...]. El excluido socialmente también excluye al otro que llega, la exclusión se vuelve también una manera de ser socialmente para enmascarar la necesidad de sobrevivir».⁴⁹ Alape construye un relato que debe ser leído con prudencia. Aunque intenta ser la memoria de los jóvenes de Ciudad Bolívar, es un relato elaborado para fines específicos. De este modo descifra la lógica que opera en el mundo de estos jóvenes asesinos: vivir a prisa y en peligro permite recibir mucho dinero. El joven tiene entonces la posibilidad de vivir una vida de lujos en los pocos años que le quedan, ya que sabe de antemano que la mayoría de sicarios no llega a cumplir los 20 años. Así, cuanto más temprano se enrole un joven, más tiempo tendrá para vivir la nueva vida.

Para Alonso Salazar, existe un sicario (fundamentalmente urbano) que obedece de manera directa a la descomposición social que se produce en los barrios populares. «En la raíz de esa violencia masiva de los jóvenes están factores estructurales de exclusión económica y simbólica y procesos culturales complejos en los que se ligan al mismo tiempo valores arcaicos y procesos consumistas».⁵⁰ Salazar desarrolla una aproximación —el primer estudio sobre la violencia urbana en Colombia— en la que el sicariato no es entonces una opción entre otras, por el contrario, puede llegar a ser la única opción «real» para un joven que intenta realizar sus sueños. El sicariato no interrumpe el proceso de desarrollo del joven que vive en los barrios excluidos, sino que redirecciona un desarrollo suspendido anteriormente debido a las inexistentes posibilidades de inclusión social. Los sicarios de estos barrios suelen provenir de los segmentos jóvenes de la población marginal. Los jóvenes-sicarios se convierten en parte de «un sistema de control territorial desplegado en los distintos barrios marginales».⁵¹

En el abanico de formas de violencia que registra Colombia, Salazar ha desarrollado los conceptos de *macroviolencias* y *microviolencias*.⁵² Las primeras se relacionarían con la violencia de escala mayor: Estado, Fuerzas Armadas regulares e irregulares e, incluso, una porción considerable del crimen organizado y los actos violentos que los mismos cometen contra ciertos sectores del Estado o de la misma sociedad. Las llamadas microviolencias darían cuenta de los actos violentos «menores» o crímenes cotidianos tales como homicidios comunes o no vinculados, asaltos, riñas, robos, etc. Esta diferenciación permi-

49. *Ibid.*, p. 22.

50. Alonso Salazar, *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*, Bogotá, Planeta, 4a. ed., 2008, p. 16.

51. *Ibid.*, p. 17.

52. Alonso Salazar, «Sicarios. Una mirada a las violencias colombianas», en Carlos Feixa, Fidel Molina y Carles Alsinet, edit., *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, malandros, punketas*, Barcelona, Ariel, 2002, p. 109.

te establecer relaciones en las redes de violencia entre los actores mayores y la violencia visible de los distintos barrios. El sicario –dependiendo de la organización a la que pertenece– puede operar en ambos niveles.

La aproximación de Salazar es ante todo sociológica. El autor cuestiona profundamente el abandono de los jóvenes –especialmente de los de sectores populares– por parte del Estado y la sociedad. El estudio recurre a testimonios individuales para elaborar el mapa de una responsabilidad que la sociedad elude permanentemente. En la lectura histórica de los testimonios recopilados por Salazar está el punto de partida para el análisis detallado de los factores que posibilitaron que Medellín se convirtiera en la «ciudad más peligrosa del mundo». Salazar hace un breve inventario de las formas de violencia urbana: sicariato por orden de los carteles, «limpieza social» ordenada por vecinos o comerciantes de distintos barrios, milicias vinculadas a las AUC o a la guerrilla. La pregunta central de Salazar es entonces ¿qué ha permitido / qué permite el profundo deterioro del sentido de la vida?». ⁵³

El estudio de José Alejandro Castaño, *¿Cuánto cuesta matar a un hombre?, Relatos reales de las comunas de Medellín*, ⁵⁴ hace uso del mismo recurso que los trabajos de Alape y Salazar: la memoria. El recuerdo es narrado y transcrito para ofrecer mediante una visión elaborada «desde adentro» otras entradas al problema que aquellas habitualmente propuestas en los convencionales discursos sobre la violencia. Uno de los valiosos aportes de Castaño es su contextualización histórica del problema de la violencia en las comunas de Medellín. El investigador establece para ello varias etapas:

1. Fines de los 40-inicios de los 50: migración forzada campo-ciudad. Proceso provocado por el desplazamiento de población rural a raíz del surgimiento de la violencia a manos de pandillas partidistas, un enfrentamiento entre conservadores y liberales tras el asesinato en 1948 del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán.
2. De 1950 a 1980: desarrollo de las comunas, nuevos barrios «populares» con población mayoritariamente campesina y analfabeta en las estribaciones de las laderas que rodean a Medellín. Las familias migradas a la ciudad son absorbidas rápidamente como fuerza de trabajo en fábricas textiles, de calzado y de la industria alimenticia local.
3. De 1960 a 1980: las nuevas generaciones de «migrantes» nacen y crecen en una suerte de abandono doble: no son ya del campo (aunque culturalmente tienen relación con los imaginarios populares del campo) y

53 *Ibid.*

54. José Alejandro Castaño, *¿Cuánto cuesta matar a un hombre? Relatos reales de las comunas de Medellín*, Bogotá, Norma, 2006.

no son tampoco de la ciudad (habitan una urbe que los excluye sistemáticamente).

4. De 1970 a 1990: el negocio internacional de las drogas ilegales permite el surgimiento y la consolidación de los llamados carteles, grupos delictivos de enorme poder que «adoptan» a los jóvenes de las comunas como fuerza de trabajo barata para asesinatos por encargo, ofreciéndoles así un rápido ascenso social.

Esta cronología permite leer a través de un marco histórico y social los distintos testimonios individuales recogidos por Castaño. En los relatos no solo se reproducen los diferentes imaginarios (culturales, religiosos, mediáticos, etc.), sino que, además, se presentan las bases del actual panorama de violencia de la ciudad de Medellín y, por extrapolación, de otras ciudades latinoamericanas. Castaño elabora así el currículum del joven-sicario: reclutado, entrenado, graduado y empleado por lo carteles de la droga o el paramilitarismo. El dinero ganado le otorga al sicario un nuevo estatus social. Los jóvenes-sicarios lo exhiben en el barrio en ropa, trago y mujeres. Las crónicas de Castaño permiten entender la especialización del trabajo implementada por los carteles, así como el nuevo orden social introducido en los barrios de las comunas. Solo es alguien quien tiene dinero y un arma, obligado además a mostrarlos como símbolos de estatus. En la lectura que Castaño hace de la violencia el sicariato es organizado por el narcotráfico y auspiciado por la complicidad del Estado-nación.

Una de las facetas de esta violencia es la *masculinidad* del sicario, quien obedece determinados códigos que avalan y ratifican su poderío: armas, tatuajes y motos son algunos de los rasgos de virilidad de estos asesinos. Castaño advierte reglas similares para las novias de los sicarios: ser (o parecer) modelo con las consiguientes intervenciones estéticas (mamoplastía, lipoescultura, operaciones de estética dental, entre otras), financiadas frecuentemente con el dinero que sus novios obtienen de sus fechorías. «Cada una de las chicas tiene un novio, algunos de ellos miembros de bandas que roban carros, extorsionan negocios y, por la suma correcta, matan y secuestran».⁵⁵ Ejemplos como estos y productos mediáticos como series de TV y películas de cine dan cuenta de determinadas formas de representación corporal de la masculinidad del sicario.

Entre los distintos artículos que revisé para esta investigación me llamó la atención uno del investigador colombiano Pascual Serrano, *Sicarios en Medellín: Conviviendo con la muerte*.⁵⁶ Serrano logra una suerte de visión totalizadora entre los fenómenos reales y los trabajos de representación del sicario (prensa, literatura, cine y TV). Su acercamiento multidisciplinario al sicariato combina historia, estudios de la cultura y escritura de ficción. Esa mirada resul-

55. *Ibid.*, p.73.

56. En <<http://www.pascualserrano.net>>.

ta ser útil al momento de estudiar la producción, circulación y consumo de los imaginarios (modos de hablar, vestir y actuar) que acompañan al sicario. Muchas de estas representaciones estigmatizan a toda la población de los barrios marginales de los que suelen provenir la mayoría de sicarios.

¿Se aprende a matar? Alonso Salazar lo explica así: «A matar con el pretendido perdón de Dios se ha aprendido en la larga historia de violencia en nuestro país. Y ello lo enseñó la propia Iglesia».⁵⁷ Serrano desarrolla esta idea. El llamado de la iglesia en las décadas anteriores a «eliminar» liberales es, sin duda alguna, la semilla de gran parte de la violencia hoy en día desarrollada en los sectores populares. La iglesia católica se encargó de legitimar ciertos tipos de violencia, entre ellas la de «eliminar» a liberales y socialistas. El pecado de asesinar es definido desde el inicio de la violencia por la iglesia católica. Contrario a toda ética universal que censura el asesinato de todo ser humano, en Colombia se ha desarrollado una cultura de la violencia, católicamente tolerada: «El buen comerciante le pide a la Virgen que le salga bien el negocio en el que va a engañar a un vecino. Y en el barrio se reza para que la puñalada y el tiro sean efectivos. Es la cultura de la camándula y el machete, que aparece ahora como la del escapulario y la mini-uzi».⁵⁸ Salazar advierte una forma de violencia arraigada en lo cultural y que, de algún modo, remite al afán por el dinero que a lo largo de las últimas décadas desarrollaron los grupos locales de poder.

Serrano contrasta las estadísticas de crímenes con relatos literarios como *La Virgen de los sicarios*, de Fernando Vallejo. Aquello que se sabe del «bajo mundo» se entrelaza con aquello que se dice de quienes lo habitan. Serrano —más allá de identificar los nexos entre sicarios y carteles, la pobreza del entorno y la impunidad del Estado como factores determinantes de la violencia— propone una aproximación multidisciplinaria que entiende «lo real» y «lo representado» como inseparables. Un interesante punto de partida según el cual las facetas históricas, sociales y económicas de esta forma de violencia producen un relato específico en los medios de comunicación y la cultura del entretenimiento. Éstos a su vez elaboran nuevos discursos y representaciones que pretenden representar con detenimiento a ese sicario de la vida real en la literatura, el cine y la TV.

CONSTRUCCIÓN MEDIÁTICA DE LA VIOLENCIA

La sociedad tiene un conocimiento parcial del sicariato, condicionado por aquello que los medios de comunicación difunden. Jenny Pontón, inves-

57. *Ibid.*

58. A. Salazar, *No nacimos...*, p. 155.

tigadora de FLACSO, señala que «los medios se han convertido en el espacio que por excelencia da cuenta de la presencia de esta clase de delito a la ciudadanía». ⁵⁹ Es en la noticia periodística donde el sicariato invisible adquiere una forma visible para el ciudadano común. Aún así, la noticia apenas logra aproximarse a una porción del suceso, por lo general el violento resultado del asesinato por encargo. Rara vez un periodista desarrolla un acercamiento más profundo. Germán Rey considera que «[l]os periodistas, a diferencia de los detectives, no se preocupan por descifrar el delito; su misión es contarlo». ⁶⁰

Alberto Betancourt Posada, profesor e investigador de la UNAM, ha desarrollado un importante estudio acerca del lenguaje empleado por los medios de comunicación en el relato periodístico del sicariato. En su investigación Betancourt ha detectado un lenguaje periodístico destinado a la construcción de los hechos que «presuntamente» habrían sucedido. Según el autor, ello influye en las maneras de percibir el miedo en la sociedad. Estas formas de «sentir» el peligro llevan a la «conformación de las percepciones públicas sobre la seguridad ciudadana, bajo cierta lógica: *si esto le ocurre a los jefes policíacos, ¿qué podría esperar el ciudadano común?*» ⁶¹ La violencia adquiere así las dimensiones de un suceso real que, al ocurrir con una determinada frecuencia a lo largo de un determinado espacio geográfico y bajo determinadas condiciones materiales, es (re)construido y nutrido con ayuda del relato periodístico. Betancourt considera que las tres acciones primordiales en el relato periodístico de un crimen son el *saber*, el *creer* y el *especular*, que en la interpretación de este investigador se convierten en «estrategias epistemológicas de la prensa [...]». ⁶²

El sicariato se visibiliza en la construcción mediática del hecho y en la percepción social del mismo. Los medios de comunicación no desarrollan una explicación, sino una interpretación del suceso. Esta construcción implica un doble problema, compuesto inicialmente por la interpretación parcial de los medios de comunicación y seguido por la re-interpretación sensacionalista con las que se recrea este tipo de crímenes en productos culturales como la literatura, el cine, la televisión y la música. En muchos casos, aquello que estructura la narración dramática de una novela literaria o un filme, proviene de interpretaciones mediáticas. Circulan así los relatos mediáticos puestos a disposición de escritores, realizadores o compositores. En el tercer capítulo analizaré las

59. Jenny Pontón, «Asesinato a sueldo ¿Una construcción mediática?», en *Boletín Ciudad Segura*, No. 24, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 2008, p. 12.

60. Germán Rey, epígrafe en «El texto», en Germán Rey, edit., *Los relatos periodísticos del crimen: cómo se cuenta el delito en la prensa escrita latinoamericana*, Bogotá, Fundación Friedrich Ebert / Centro de Competencia en Comunicación, 2007, p. 36.

61. Alberto Betancourt Posada, «Sicarios, periodistas y políticos: el inconsciente político en los relatos periodísticos sobre asesinatos ejemplares», en *ibid.*, p.191.

62. *Ibid.*, p.195.

distintas interpretaciones con las cuales se han «puesto en escena» sicariatos literarios y fílmicos.

Arturo Alape analiza la relación entre violencia y medios de comunicación. Su pregunta inicial «¿son los jóvenes de Ciudad Bolívar⁶³ por naturaleza, violentos *pisto-locos*, sicarios?» da cuenta de una percepción generalizada y estigmatizada. Alape halló en la recopilación de la memoria colectiva en zonas urbanas de extremas condiciones sociales en Bogotá, que la imagen de la violencia –en especial la que se refiere a los sicarios– es construida en la esfera mediática:

Los medios de comunicación habían dictado cátedra escrita, visual y verbal, durante cinco años comparando a los jóvenes de esta zona con los jóvenes de las comunas de Medellín. Y claro, una conclusión al aire: si viven en las mismas condiciones infrahumanas como los jóvenes de las comunas de Medellín, por lógica deben pensar lo mismo y por lo tanto deben actuar siempre con revólver en mano⁶⁴

Los comunicadores, en la tarea diaria de entregar «noticias» que generen audiencia, buscaban historias sueltas que, sin contexto alguno, narraban fragmentos de alguna realidad parcialmente descrita. La consigna central se puede leer como aquel intento mediático local por probar que la «gran violencia», aquella con paramilitares, varones de la droga, sicarios y demás, no era patrimonio exclusivo de Medellín o Cali.

No existe en Ciudad Bolívar espacios públicos diseñados para los jóvenes, muchos de los cuales –fichados por fechorías menores o delitos mayores– hallaron en el *parche*, las esquinas frente a las tiendas de barrio, el espacio de encuentro necesario para intercambiar sueños, anécdotas, bromas y planes para obtener algún dinero. La población adulta de estos barrios con hijas adolescentes consideraba a estos jóvenes como (potenciales) criminales y una amenaza para las jóvenes del barrio. Así nacieron las brigadas de limpieza social, grupos armados contratados para «eliminar» a estos «jóvenes peligrosos». Los sicarios de barrio fueron asesinados por asesinos contratados por gente del barrio. Así nació un absurdo contra-sicariato a través del cual, a decir de Arturo Alape, entre los «años 92 y 95 asesinan en Ciudad Bolívar alrededor de 500 muchachos de doce a quince años. Los asesinos, apoyados por sectores de la autoridad, incluso de la propia comunidad y pagados por dueños de establecimientos co-

63. Ciudad Bolívar, al sur de Bogotá, es un barrio marginal en el que confluye la extrema pobreza social urbana con el drama de los desplazados por la violencia armada de Colombia. La zona tiene altísimos índices de violencia (homicidios, secuestros, robos, entre otros), en <<http://www.urbanology.org/Bogota/>>.

64. A. Alape, «Voces...», p. 6.

merciales, son grupos enmascarados que los cogen, los llevan a un sitio y los matan a quemarropa». ⁶⁵

EL SICARIO NARRADO: LITERATURA, CINE Y MÚSICA

El sicario ha sido estudiado principalmente desde la sociología, la antropología y la comunicación. Al mismo tiempo, el sicario ha ido apareciendo en las últimas dos décadas en la literatura, el cine y la música. La literatura de ficción incluye la figura del sicario en las novelas de Fernando Vallejo (*La Virgen de los sicarios*), de Jorge Franco (*Rosario Tijeras*) o de Víctor Gaviria (*El pelaíto que no duró nada*). Además, el sicario ha sido incorporado al cine en películas como *Rodrigo D. No futuro* (Víctor Gaviria, Colombia, 1988), *Amores Perros* (González Iñárritu, México, 2000), *Sicario* (José Novoa, Venezuela, 1994) y las versiones filmicas de las novelas antes mencionadas: *La Virgen de los sicarios* de Barbet Schroeder (Colombia, 2000) y *Rosario Tijeras* de Emilio Maillé (Colombia, 2005), entre otras. En la música, el género que en mayor grado da cuenta del sicario es sin duda alguna el corrido norteño o *narcocorrido* mexicano. Grupos como *Los Tigres del Norte*, *Los Tucanes de Tijuana* o *Chuy Quintanilla* están a la cabeza de las bandas más famosas con éxitos como *Jefe de Jefes*, *Los Zetas* o *la bronco negra*. Un estudio importante sobre el tema, que además aborda el intento de censura por parte del parlamento mexicano, fue elaborado por Luis Astorga y publicado en 2005 en la revista *Región y sociedad*. El estudio analiza el alcance de las canciones, la polémica de las letras y los mecanismos de censura impulsados por distintos sectores del Estado y la sociedad. Astorga advierte en el mencionado artículo la tensión que ha surgido entre libertad de expresión y censura ante la difusión de «homenajes al narcotráfico». ⁶⁶

No me ha sido posible hallar artículos, estudios o investigaciones que analicen la procedencia de las representaciones de sicarios en la literatura, el cine o la canción popular. Algunas publicaciones se aproximan a las obras citadas desde una perspectiva artística, analizando los distintos códigos empleados y el mensaje desarrollado. Entre los autores que abordan algunas de las

65. *Ibid.*, 2006, p. 9.

66. Luis Astorga, «Notas críticas. Corridos de traficantes y censura», en *Región y Sociedad*, vol. XVII, No. 32, enero-abril, Sonora, El Colegio de Sonora, 2005.

obras citadas están Ana Serra,⁶⁷ Mario Vargas Llosa,⁶⁸ Jesús Jambrina,⁶⁹ Carlos Echavarría⁷⁰ o César Valencia Solanilla.⁷¹ Estas investigaciones analizan las obras literarias o cinematográficas desde distintas entradas. Ana Serra estudió el discurso de Vallejo en la novela *La Virgen de los sicarios*. Vargas Llosa aprovechó su reseña sobre la misma novela, para analizar el realismo social y el lenguaje empleado para su desarrollo. Jesús Jambrina abordó el tema de las representaciones –literarias/artísticas– como lecturas de lo real: «El cine de la región no ha escapado a los estereotipos». ⁷² Echavarría estudió la relación entre representación y realidad. Para este investigador, las películas [...] responden a un contexto determinado, tanto en donde se producen como lo que representan por medio del argumento». ⁷³ Valencia investigó la capacidad de la literatura por reflejar las injustas condiciones sociales. La literatura entonces asume una determinada responsabilidad la cual, «tal vez más que nunca, se ha encargado de revelar ese infierno de desolación que es la vida humana, condenada de antemano a sucumbir en medio del derrumbamiento y la ausencia de futuro». ⁷⁴

El sicario es entendido en la mayoría de debates teóricos como un elemento violento que remite a importantes estructuras de poder vinculadas a las economías ilegales, generalmente de los carteles de la droga. Existe un círculo vicioso planteado por el antropólogo Michael Taussig en *My cocaine museum* ⁷⁵ («the vicious cycle of drugs to money to gold back to money»): drogas-dinero-oro-más dinero. Considero que, aunque de naturaleza material distinta, debe incluirse en dicho círculo a la violencia: la droga genera violencia para proteger su economía, la cual genera mucho dinero, el cual debe ser protegido, lo que a su vez produce más violencia.

Los estudios revisados abordan al sicario como parte inseparable de un violento proceso de descomposición social y política del Estado-nación. El si-

67. Ana Serra, «La escritura de la violencia. La Virgen de los sicarios, de Fernando Vallejo, testimonio paródico y discurso nietzscheano», en David William Foster, edit., *Chasqui: revista de literatura latinoamericana*, No. 32.2, noviembre, Tempe, Arizona State University, School of International Letters and Cultures, 2003, p. 65-76.

68. *La Nación*, Santiago, Chile, 5 de octubre de 1999, texto disponible en <<http://www.sololiteratura.com/var/lossicarios.html>>.

69. Jesús Jambrina, *La Virgen de los sicarios: estrategias civilizatorias en la era del desencanto*, La Habana, EICTV, 2005, en <<http://www.eictv.co.cu/miradas>>.

70. Carlos Pineda, «Entre la Sierra, sumas y restas y Rosario Tijeras», en *Cultura y Trabajo*, No. 67, diciembre, Medellín, Escuela Nacional Sindical, 2005.

71. César Valencia Solanilla, «La Virgen de los sicarios: El sagrado infierno de Fernando Vallejo», en *Revista de Ciencias Humanas*, No. 26, Pereira, Universidad Tecnológica de Pereira, 2001.

72. En <<http://www.eictv.co.cu/miradas>>.

73. C. Pineda, *op. cit.*, p. 1.

74. C. Valencia Solanilla, *op. cit.*, p. 11.

75. Michael Taussig, *My cocaine museum*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.

cariato es parte inseparable de una economía política de la violencia que busca desestabilizar al Estado para beneficiar la economía de las drogas. Lo que se sabe del «sicario real» está estrechamente relacionado con lo que en los distintos productos culturales se dice a través del «sicario de ficción». Confluyen así fácilmente descripción y relato; análisis y narración. Pero, ¿cómo nacen y cómo circulan las representaciones del sicario en la sociedad? ¿A través de qué productos culturales? En la presente investigación analizaré los nexos entre *realidad* y *representación* del sicario. Aunque resulta muy difícil llegar a determinar una «Realidad absoluta» del sicario y su oficio criminal, creo que es posible entender y describir de manera parcial las distintas «realidades menores» que aparecen en los diferentes discursos elaborados por los propios asesinos o por quienes los narran a través de la palabra escrita o la imagen visual. Desmontar ese discurso permitirá entender las formas que la sociedad ha elaborado para entender y explicar sus complejas manifestaciones de violencia.

CAPÍTULO II

Estado, droga y memoria

Indagar la mecánica de un asesinato por encargo impone una infinidad de preguntas acerca del crimen y su motivo: la identidad de quien ordena el asesinato, las maneras en que fue planificado, así como el contexto económico en el que se inserta y otros aspectos. Existen sin embargo otras preguntas menos frecuentes que se podrían formular al autor material, al propio sicario: ¿Qué hechos biográficos relevantes están involucrados en su trayectoria criminal? ¿Tiene el entorno socioeconómico participación alguna en el surgimiento del sicario? ¿Cómo piensa, siente y habla un sicario en relación a determinados temas como el Estado-nación, la economía, etc.? Las respuestas a estas preguntas permitirían ampliar el perfil del sicario marginal o de barrio, representado en una gran cantidad de discursos mediáticos, políticos y académicos a través de los cuales se estigmatizan los entornos de pobreza de los que estos actores provienen. Los testimonios del sicario, recopilados en los trabajos de Salazar, Alape o Castaño son una valiosa puerta de entrada a varios temas económicos y políticos en los que interviene el sicario. Intentaré confrontar estas visiones con las investigaciones que al respecto han desarrollado Michael Taussig, Luís Garay y Álvaro Camacho, entre otros, para contextualizar al sicario en las llamadas *economías ilegales de la droga*. Con el afán de localizar geopolíticamente los fenómenos de la economía ilegal de las drogas, haré una breve comparación entre los carteles del narcotráfico de Colombia y de México.

EL MUNDO DE LAS NARRACIONES: HOGAR DULCE HOGAR

La búsqueda de los pormenores que componen el crimen del sicariato es una tarea que inevitablemente desemboca en la lectura de las fuentes secundarias que con sus distintas interpretaciones y consiguientes representaciones intentan dar cuenta de un complejo fenómeno violento. Lo que sabemos del sicariato lo sabemos a partir de los relatos que del mismo se hacen en los medios de comunicación o los distintos productos culturales como la literatura, el cine o la música. Incluso fuentes que a primera vista parecerían de primer orden como

las posibles confesiones de autores materiales e intelectuales, los informes de autoridades policiales y judiciales, los llamados «testimonios presenciales» que testigos, afectados, víctimas y cómplices realizan del suceso son *narraciones*, construcciones discursivas que, aunque recogen una gran cantidad de detalles y pormenores del delito, son a su vez ampliados y condicionados por los juicios de valor, las creencias personales y las prácticas culturales que en torno a las distintas formas de violencia se han tejido.

Para el desarrollo de este y el siguiente capítulos me referiré a *narración* como sinónimo de descripción, caracterización, representación, relato, identificación, puesta en escena, acto de nombrar, referencia o mención que del sicario hallamos en la literatura, el cine y la televisión. Una posible clasificación y sistematización de las representaciones del sicario me lleva a separar las narraciones aparentemente realistas de las ficcionales a partir de la voz que narra; cabe señalar que todo lo que se dice del sicario y su entorno pasa por la construcción de un discurso elaborado desde un específico lugar de enunciación. Para ello me centraré en este capítulo en lo que los propios sicarios –he seleccionado testimonios de jóvenes-sicarios de Medellín– narran de su entorno social y económico. Me interesa conocer los relatos a través de los cuales el sicario narra y describe, y por lo tanto representa, aquella compleja categoría del Estado-nación y sus distintas instancias. Intuyo a partir de los distintos textos testimoniales revisados que el «gran Estado-nación» de la modernidad ha sido sustituido a través del poder económico y violento de los carteles de la droga por versiones extremadamente jerárquicas de pequeños territorios circunscritos a espacios fundamentalmente urbanos en los que la violencia llega a ser la forma más usual de ordenamiento.

Lo que se enuncia del asesino a sueldo, la manera en que dicho enunciado circula y las formas como podría ser leído obedece de alguna manera a esas cuatro categorías que propone Foucault en *El orden del discurso* y que además considera inseparables: «es muy abstracto separar [...] los rituales del habla, sociedades del discurso, grupos doctrinales y las adecuaciones sociales. La mayoría de las veces, unos se vinculan a otros y constituyen grandes edificios que aseguran [...] la adecuación de los discursos a ciertas categorías de sujetos».⁷⁶ Las formas de representar al sicario en la prensa, el testimonio, la literatura y el cine se insertan en este orden.

Las características del *modus operandi* (anonimato, clandestinidad y localización marginal y periférica) y las implicaciones legales (corrupción, tolerancia y encubrimiento) complican aproximaciones más directas, como por ejemplo una observación etnográfica. En el presente capítulo intento aproxi-

76. Michel Foucault, *El orden del discurso*, Fábula Tusquets, 1999, p. 45.

marme a las siguientes preguntas relacionadas con la *narración* ficcional del sicario: ¿qué se dice del sicario?, ¿quién y cómo lo dice?, ¿es posible advertir por qué y desde dónde lo dice?, ¿qué implica dicha narración?

Lo que se produce entonces es un juego dialéctico, deductivo e inductivo a la vez, que nos permite ir y venir entre los fragmentos de realidad que del sicario y su entorno socioeconómico tenemos y las distintas representaciones que del asesino a sueldo podemos hallar. De ahí se derivan cognitivamente dos operaciones mentales distintas que acarreen dos preguntas fundamentales: ¿cómo se representa a sí mismo el sicario en las distintas narraciones testimoniales? ¿La (auto)narración que el sicario hace, a qué tipo de relaciones sociales y económicas nos remite?

En el presente capítulo analizaré la imagen que del Estado –en este caso del Estado colombiano y los sicarios de Medellín– surge en los discursos del propio sicario. ¿Cómo explican los propios asesinos la aparición y consolidación del sicariato? Haré una breve aproximación histórica de los barrios marginales de los que proviene un cierto número de asesinos a sueldo y un análisis detallado del surgimiento de lo que en adelante llamaré los *microestados* (carteles de la mafia) que operan al interior del *macroestado*. Utilizaré al sicariato para realizar un breve balance de la «modernidad», analizada y debatida por buena parte de la academia y de la esfera pública de los últimos años, y cuestionada profundamente por la violencia de los carteles. El análisis del sicariato operará como una poderosa herramienta para analizar las estructuras políticas y legales del Estado.

LOS BARRIOS DE «ARRIBA»: HISTORIA DE UNA CULPA NEGADA

Si se observa con detenimiento el análisis mediático desarrollado –dentro y fuera de Colombia– para relatar el fenómeno del apareamiento de *sicarios* al servicio del cartel de Medellín, es posible advertir que el Estado y sus diferentes instituciones fueron duramente cuestionados en la esfera pública por su incapacidad para responder ante una violencia mercantilizada. Sin embargo, lo interesante de esta aproximación mediática no es la exigencia ciudadana de poder contar con un Estado capaz de desplegar su poder a través de la fuerza pública y las distintas instancias judiciales y penitenciarias para controlar las bandas de asesinos a sueldo que atemorizaban a los habitantes de la metrópoli colombiana. Lo que llama la atención en dicho discurso es la ausencia casi total de una acusación de responsabilidad contra el Estado por haber abonado el terreno para el surgimiento de este tipo de violencias. El abandono sistemático de determinados sectores de la sociedad colombiana y la creciente corrupción

de gran parte de la clase política y de buena parte del sector público colombiano, son apenas algunos de los factores que a través de varias décadas de marginalización social y económica permitieron el surgimiento de una violencia profesional al servicio de los carteles, de grupos armados y frecuentemente incluso del mismo Estado.

Los barrios de las comunas de Medellín fueron rápidamente estigmatizados como «el espacio infrahumano» del que emanaban estos sicarios para los que la vida ajena aparentemente no tenía ningún valor más allá del económico. Cualquier estadística que investigadores de criminalística o de ciencias sociales intentaran hacer acerca del origen geográfico del sicario, arrojaría que la gran mayoría, tal vez incluso la totalidad, de los sicarios de Medellín provienen de estos barrios, desde los cuales Medellín es vista «desde arriba». José Alejandro Castaño se distancia de todo intento por definir estos espacios urbanos como el «origen de la violencia». Para el investigador, estos barrios tienen un origen histórico en el que se pueden leer factores sociales y económicos determinantes: «Casi todos los barrios bajos de Medellín quedan arriba, en el estrato natural más alto, justo en las faldas de las montañas. Fueron construidos por familias campesinas expulsadas de sus casas [...] luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948».⁷⁷

Existe entonces una violencia anterior –si no acaso originaria– que auspició esa significativa migración del campo a los márgenes de Medellín. Es importante señalar que no se puede circunscribir el fenómeno del sicariato únicamente a los extremos niveles de pobreza existentes en dichos barrios. En la ecuación que arroja como resultado la aparición del sicario como un importante actor de la violencia en Colombia y en otros países, intervienen además otras variables, tales como el crimen organizado, el fácil acceso a armas de todo tipo, la ausencia total de políticas de integración social y económica, etc. El sicario no surge a pesar del Estado, sino debido al Estado. No es un fenómeno que supera las posibilidades reales del Estado por controlar la violencia, sino un suceso que ocurre con el auspicio de la debilidad del mismo. El sicariato no vence al Estado, sino que, apropiándose de determinadas fallas y debilidades del mismo, opera desde su interior y con su consentimiento y tolerancia. Un Estado de presencia débil, o incluso nula, permite entonces el surgimiento sistemático y profesional de asesinos a sueldo.

La clase campesina llegada a Medellín se vio rápidamente afectada por dos procesos determinantes: la ilegalidad de los nuevos barrios en los que el migrante campesino vivía y la proletarianización de su fuerza de trabajo a manos de la floreciente industria antioqueña. Castaño recuerda en su análisis que en un

77. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 19.

primer momento «el Estado intentó frenar la expansión de los nuevos territorios [...] negándole los servicios públicos a los barrios en construcción».⁷⁸ Esta medida intentó frenar y negar el proceso mediante el cual en la ciudad aparecía un grupo social dispuesto a luchar por su supervivencia. El Estado ofrecería entonces a los habitantes una suerte de tregua mediante la cual «el gobierno no tuvo más remedio que hacer vías, otorgar licencias a empresas de transporte público, extender redes de agua y luz y auspiciar congregaciones religiosas para que fundaran escuelas».⁷⁹ La verdadera intención del Estado era la de incorporar a quienes habitaban estos barrios a que trabajaran en la industria local:

Había otro interés tras la repentina política social del Estado. La naciente industria antioqueña veía en los barrios altos una mano de obra barata y necesitada [...] hacia 1965, un alto porcentaje de las madres y padres campesinos de las comunas del norte ya trabajaban en las textiles, las fábricas de calzado, las plantas frigoríficas, las comercializadoras de alimentos y las embotelladoras de cerveza y gaseosas de la ciudad.⁸⁰

La inclusión de estos habitantes por parte del Estado estuvo motivada por los intereses de determinados grupos económicos propietarios de los medios de producción de la naciente industria local. La violencia armada del campo colombiano que estas familias intentaban olvidar era sustituida por una violencia moderna y legal: la explotación de su mano de obra a cargo de las clases dominantes de Medellín. Una inclusión «forzada» auspiciada por el mismo Estado que se atribuía el derecho de determinar bajo qué condiciones se incorporarían estos grupos al sistema. Dicha inclusión tuvo un aire de *victoria doble* para el Estado: por un lado garantizaba la fuerza de trabajo necesaria para el desarrollo de la industria de la región y, por el otro, incorporaba este grupo marginal al obligatorio pago de impuestos, seguro social y servicios públicos.

El Estado se convierte de esta manera en el representante de determinados grupos de poder y, a través de sus debilidades, en uno de los principales auspiciantes del surgimiento de nuevas formas de violencia. Alonso Salazar destaca siete factores responsables —en todos ellos participa en mayor o menor grado el Estado— en el surgimiento y desarrollo de jóvenes-sicarios:⁸¹

1. Precaria constitución como Estado-nación.
2. Falta de legitimidad de las instituciones públicas.
3. Pérdida de la eficacia del control religioso
4. Perversión de la política y de los partidos.

78. *Ibid.*, p. 20.

79. *Ibid.*

80. *Ibid.*, p. 21.

81. A. Salazar, «Sicarios...», p. 105.

5. Surgimiento y permanencia de las guerrillas y el narcotráfico.
6. Factor colateral: el consumo de alcohol [y de sustancias estupefacientes].
7. Pérdida de eficacia de las instituciones socializadoras.

El sicario es entonces, antes que un «problema social» como suele denominarse a este actor social, el síntoma de un complejo entramado de estructuras estatales e instituciones sociales en estado de descomposición. El sicario que proviene de los barrios marginales latinoamericanos asesina, no solo por necesidad económica, sino por ausencia, por vacío social. Una situación que emana de la falta de normas educativas, sociales, morales que sean significativas y potenciales, capaces por un lado de dar sentido a su vida como joven y, por el otro, de otorgar perspectivas de desarrollo para un futuro a largo plazo. Esa lógica es interpretada por los jóvenes de los barrios marginales como una perspectiva de vida reservada para quienes nacieron «con oportunidades».

El discurso del ascenso social a través del estudio y la superación no halla mayor eco en los círculos sociales del joven-sicario, quien ha descifrado las reglas «reales» del desarrollo personal: una mala escuela da una mala educación, esta a su vez impide el ingreso a una Universidad —que además suele costar, incluso si es pública— por lo que la opción de un trabajo digno se desvanece. No es posible salir de las condiciones de exclusión con ayuda de aquellas herramientas (educación, desarrollo cultural, etc.) que absurdamente fomentan la exclusión. Este círculo vicioso fue explicado por el activista afroamericano Malcolm X así: «cuando vives en un barrio pobre, vives en un área con escuelas pobres, en escuelas pobres están los maestros pobres que dan una educación pobre, con la que se accede a trabajos pobres, por lo que debes vivir en un barrio pobre, un círculo muy vicioso».⁸²

El sicariato se convirtió en la mejor alternativa de ascenso social y poder de consumo de muchos jóvenes de las comunas de Medellín. Salazar recupera en *No nacimos pa' semilla* el testimonio de Antonio, jefe de un grupo de sicarios, encargado de la selección de nuevos jóvenes-sicarios. Para este «reclutador» hay dos tipos de jóvenes que se vinculan a los grupos de sicarios: los que lo hacen por necesidad y quienes lo hacen por los lujos que en su nuevo estatus podrán adquirir: «Ellos se meten por su gusto, no porque uno les diga [...] ven la realidad, saben que estudiando y trabajando no consiguen nada y que en cambio con uno se levantan los lucas [dinero]. No todos tienen necesidad [...], lo hacen para mantenerse bien, con lujo».⁸³ El consumo es decisivo para el joven-sicario.

82. En <http://www.koranselskab.dk/multimedia/living_poor.MP3>, traducción mía para la presente investigación.

83. A. Salazar, *No nacimos...*, p. 24.

SICARIOS DE BARRIO-BARRIO DE SICARIOS

El discurso común de los medios de comunicación intenta circunscribir la violencia a determinadas zonas urbanas. El fenómeno de los *sicarios de barrio*, jóvenes de las zonas marginales al servicio del cartel local, se ha convertido en un tema extremadamente atractivo para el relato periodístico, según el cual, en estos espacios urbanos —estigmatizados por la comunicación periodística como aquellos «barrios peligrosos, a los que la policía recomienda no entrar después de las 6 de la tarde»—⁸⁴ la violencia estaría tan generalizada que se habría convertido en un estado de normalidad para quienes habitan en ellos. Los medios publican entonces los listados o incluso mapas de los llamados «focos de violencia», entendidos por lo general como zonas alejadas del orden, en las que el hampa aguarda acechando al buen ciudadano: «los robos son diarios en los barrios periféricos de la ciudad, donde jóvenes armados esperan en las esquinas el momento indicado para actuar».⁸⁵

Según este discurso, estos barrios incuban el delito, la violencia y el crimen. El facilismo de este relato reduce el problema de la violencia a un determinado número de actores y a un espacio arbitrariamente circunscrito y separado del *mundo bueno* por una frontera que los medios, la policía o las autoridades municipales y nacionales han trazado. De esta zona —colocada al otro lado de una imaginada frontera que separaría el bien del mal— escaparían frecuentemente criminales hacia los barrios buenos para cometer sus delitos y regresar —como animales de caza— con las presas o el botín a sus «guardias». El *sicario de barrio* es entonces para el discurso periodístico uno de estos actores violentos. No el único, pero sin duda alguna el más emblemático, y por qué no decirlo: el más cinematográfico.

Los medios, inicialmente, y los productos culturales como la televisión y el cine, posteriormente, convierten al barrio de los sicarios en un gran centro comercial de la representación del crimen y la violencia. La noticia de crónica roja habla de estos espacios como una exótica galería del bajo mundo: en cada esquina sería posible adquirir otro producto del mundo del hampa: drogas, prostitutas sifilíticas, vendedores de armas, vendedores de droga, asesinos a sueldo. Todo está al alcance de la mano. Los medios se convierten entonces en cronistas de esa frontera imaginada. Su tarea es narrar «de ambos» lados de la misma. Una narración que inicia generalmente con la «incursión» del maleante en el territorio de la *gente bien*: «Los adolescentes, estudiantes de un colegio del norte de Bogotá, caminaban hacia la zona del Chicó, pero fueron abordados por

84. En <<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1339866>>.

85. En <<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-995931>>.

dos sujetos con puñal en mano, a plena luz del día. Lo primero que les quitaron fueron sus celulares, y luego el dinero que llevaban encima». ⁸⁶ La segunda parte del relato se realiza a través una mirada «exclusiva» hacia el interior de esos territorios *peligrosos* y *prohibidos*: «Así le sucede a una residente del barrio Reposo donde los carros ya no suben a su sector después de las 8 de la noche por temor a los atracos. La gente debe bajarse y subir a pie mirando a los propios muchachos de los barrios vecinos que son los que cometen los robos, comenta la habitante». ⁸⁷

Interpretando estos discursos del miedo, los jóvenes-sicarios serían reclutados por la proximidad al entorno violento en el que han nacido y crecido. Este discurso reduce al barrio marginal a la zona oscura de un relato apocalíptico. El joven-sicario no sería entonces entendido como un excluido de esa oficialidad que lo condena y aborrece —excluido esencialmente de las oportunidades de realización personal (educación, cultura, arte, deportes, etc.) y además de los espacios de consumo (de bienes de consumo o de entretenimiento)— sino como el síntoma de aquellos «espacios sociales en proceso de descomposición», que no incomoda tanto por su existencia, como por su aparición al lado «prohibido» de esa frontera claramente demarcada.

El problema central de estos discursos de violencia es la ruptura de la puntuación en la narración de los hechos históricos que permiten el surgimiento del sicario y su oficio profesional. Circula la idea de barrios marginales desde siempre peligrosos, entendidos como focos generadores de una violencia que las clases medias y altas no habían vivido antes. Surge así la idea del «antes», de un tiempo en el que estando al lado correcto de la frontera no se corría ningún peligro, la violencia se consideraba localizada. El discurso mediático es el encargado de construir y diseminar la definición de «zona de peligro»: la violencia ha dejado de sujetarse a lógicas espaciales y territoriales. Se puede ser asesinado en cualquier parte de la ciudad. Irrumpe así el imaginario de la *violencia delocalizada*. El discurso oficial de la ciudad —esencialmente el de las clases dominantes— es el de una urbe casi virginal, cuyos *aires de paz y tranquilidad* han sido violentados por la presencia de estos barrios del caos, a los que inicialmente nadie reconoció. La puntuación se rompe si a más de «muy peligrosas» se considera a las identidades violentas (sicarios, delincuentes, pandilleros) como formas de resistencia y defensa de determinados espacios. La memoria «oficial» no desea recordar como los barrios marginales se convirtieron en barrios proveedores de mano de obra barata. Los obreros debían llegar temprano a trabajar y retornar lo más tarde posible a sus barrios. No eran bien

86. En <<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2780793>>, las cursivas son del autor.

87. En <<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-995931>>.

vistos fuera de sus lugares de trabajo o de sus barrios. La frontera insinuada, ahora era trazada acentuadamente alrededor de estos barrios.

La exclusión social y económica de estos barrios fue siempre una inminente bomba de tiempo. Los hijos de estas clases trabajadoras –expulsados a diario a la esquina del barrio por falta de espacio de sus estrechas casas– ya no estarían dispuestos a reproducir las condiciones de trabajo de sus padres. Muchos jóvenes de estos barrios desarrollaron una ruptura violenta con este sistema de explotación. Al mismo tiempo descifraron la ausencia total de oportunidades reales para su desarrollo. Su futuro se convertía en una angosta calle de una sola vía que los obligaba a entregarse mansa y dócilmente al trabajo asalariado en fábricas, industrias y comercios de la ciudad. Romper con este sistema de explotación obligaba a estos jóvenes a abordar una inevitable ruptura violenta con el sistema que les ofrecía una vida gris y monótona, carente de todo estímulo intelectual y creativo, y sin mayores perspectivas. Los carteles no armaron esta bomba de tiempo, solo la detonaron.

Hay una larga cadena de sucesos causales que llevan al joven del barrio marginal de las zonas de pobreza de determinadas ciudades a convertirse en asesino a sueldo. Un elemento central para aceptar tal oficio es, sin duda alguna, la idea desarrollada por estos jóvenes en torno al concepto de *trabajo*. Muchos de ellos definen al trabajo como una actividad casi obligada, pero necesaria para vivir. «Al fin de cuentas, la muerte es el negocio, porque hacemos otros trabajos, pero lo principal es matar por encargo».⁸⁸ De los distintos oficios a los que un joven se podría dedicar en y desde su barrio, el sicariato sigue siendo uno de los preferidos debido, entre otras razones, a los pagos económicos relativamente altos que los sicarios reciben por sus encargos. La decisión no se toma a nivel de la ética, condicionada por una moral cristiana en la que estos jóvenes-sicarios han crecido, sino a nivel socioeconómico: el sicariato permite ganar el dinero con el que se puede consumir aquello que posiblemente ningún otro oficio o trabajo permitiría.

El barrio es el lugar desde el cual, en el caso de Medellín, opera el sicariato, pero al mismo tiempo es el espacio de identidad del joven-sicario ignorado y excluido. Es el refugio al que se retira y esconde aquel a quien la sociedad del consumo rechaza y excluye. El lugar de pertenencia y por lo tanto de identidad: «Yo quisiera estar otra vez en las calles del barrio, ese es mi territorio. Por allá camino a lo bien. Claro que siempre alerta, con los ojos abiertos y el fierro en el bolsillo, porque tengo tantos amigos como enemigos, y nunca se sabe de dónde va a salir un disparo».⁸⁹ El testimonio recoge la posible cercanía al peligro del barrio; al mismo tiempo recoge los planos afectivos de esa voz

88. «Antonio», en A. Salazar, *No nacimos...*, p. 25.

89. *Ibid.*, p. 36.

que habla, un tono de añoranza habla en realidad de «mi» barrio, reforzando los lazos de pertenencia al mismo. Aunque sea peligroso y violento, el joven-sicario prefiere su barrio a cualquier otro lugar que no lo acepte.

El joven-sicario del barrio marginal de la gran ciudad es objeto de dos lecturas: mientras el discurso hegemónico de las clases dominantes lo ve como el síntoma de un sector social que desobedece las normas productivas y laborales del capitalismo, refugiándose en una violencia que lentamente carcome las entrañas de la sociedad y que de manera igualmente violenta debe ser erradicada, la comunidad del barrio lo respeta y teme por el valor que implica asesinar sin ser asesinado. Un reconocimiento que deberá hacer perdurar con más muertos por encargo. En ambos casos el joven-sicario ha perdido.

MICROESTADOS Y MACROESTADOS

La escasa presencia del Estado en determinados espacios del territorio nacional ha posibilitado el apareamiento de organizaciones *para-estatales* como los carteles de la droga. Estos grupos, dedicados a la economía ilegal de la droga, logran emular en gran parte las atribuciones y funciones del Estado-nación. En el caso de Medellín, los carteles de la droga pasaron a ser un *Estado menor* dentro de un Estado mayor. Para ello contaban con un territorio definido, autoridades organizadas en un específico orden jerárquico, un sistema de leyes con su respectiva fuerza pública (el sicario), un determinado sistema de tributación y distintas obras de infraestructura ejecutadas para los miembros de la comunidad a la que aparentemente pertenecían.⁹⁰

Más allá del debate jurídico que gira en torno a la ilegalidad de estas organizaciones, hay que preguntarse acerca de la percepción que la comunidad de las comunas de Medellín tuvo del Estado nacional por un lado y de los carteles de la droga por el otro. Para la gran mayoría de habitantes de las comunas de Medellín, la presencia del Estado se desdibujaba bajo la gigantesca sombra del poder económico y armado del cartel. La comunidad no percibía los escasos esfuerzos del Estado como un intento real por desarrollar determinadas zonas marginales: «el Estado volvió a desentenderse de las comunas, sin hospitales, centros recreativos y suficientes cupos escolares».⁹¹ Esa ausencia fue tornándose lentamente en resentimiento y odio por parte de los miembros de los grupos sociales aban-

90. Las leyes que dictaba el cartel de Medellín no estaban escritas, sino que se transmitían de manera oral. La desobediencia de cualquiera de las mismas significaba por lo general un castigo no inferior a la muerte.

91. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 21.

donados. «Las familias continuaron sintiéndose atacadas por el Gobierno y los hijos de esos hogares crecíamos, sin remedio, con un profundo resentimiento y un debilitado concepto de nación»⁹² Los vacíos que genera el Estado-nación – en sus niveles jurídicos, administrativos y simbólicos– debe ser leído como una situación de orfandad en la que la comunidad no puede acceder a posibilidades reales para resolver sus problemas más básicos de infraestructura. Al mismo tiempo, no existen oportunidades para el desarrollo general de las personas. Este abandono implica la ausencia de posibilidades de estudio, de formación, de distracción, de búsqueda de trabajos dignos para los jóvenes de estas zonas.

Estos vacíos fueron llenados con las promesas de *tiempos mejores* traídas por los carteles de la droga, organizaciones delictivas que reclutaron rápidamente grandes cantidades de jóvenes abandonados por el Estado para convertirlos en sicarios a su servicio. El dinero se convirtió en el objeto del deseo de estos jóvenes-sicarios que accedían a un consumo que antes les estaba vedado. Castaño advierte una derrota del Estado, explicada de la siguiente manera:

Cuando el Estado quiso reaccionar, el lugar de autoridad que nunca quiso ocupar ya estaba conquistado por un invertido orden de valores: primero estaba el dinero, después el dinero y por último el dinero. Nada pudieron hacer los padres de esos jóvenes [...] su autoridad también fue rebasada por el poder seductor de los traquetos [...] [que] perseguidos por la amenaza de ser capturados y enviados a los Estados Unidos, se concentraron en capacitar a los sicarios para acorralar al gobierno y exigir la supresión de la política de extradición, propósito que finalmente lograron.⁹³

El sicario se convirtió entonces en la fuerza de choque del cartel y de esta manera en el límite violento entre los carteles y el Estado. Para llegar a los carteles había que pasar por los sicarios, la fuerza de seguridad y de choque que amenazaba al Estado desestabilizándolo. Con ayuda de los grupos de sicarios, el pequeño Estado creado por los carteles le disputaba la supremacía al gran Estado-nación, administrando un territorio que éste último no podía ya administrar.

El dinero proveniente del narcotráfico circuló muy pronto por ese nuevo microestado administrado por la mafia, auspiciando un desarrollo económico impensable. Los carteles impulsaron el comercio, la construcción y otros sectores de la economía local, asumiendo aquellas funciones que el Estado-nación no asumía. El microestado desplazaba finalmente la escasa presencia (policías, jueces, etc.) que del macroestado quedaba. Pero la relación entre las distintas autoridades del gobierno y los carteles no era necesariamente violenta o tensa.

92. *Ibid.*, p. 22.

93. *Ibid.*

El macroestado negociaba con el microestado una suerte de tregua, mediante la cual se toleraban los negocios de la droga a cambio de la garantía de que se respetaría la vida del funcionario que «se hiciera de la vista gorda»:

Las autoridades, [...] prefirieron el silencio. Unos y otros permitieron que los millones de dólares que la mafia traía a Medellín cada semana transitaran con libertad. Era un círculo milagroso: los mafiosos compraban aviones, fincas, [...] y mansiones en las que era común ver a expresidentes, alcaldes y ministros confundidos al compás de grupos de vallenatos y vasos de whisky.

El sicario alternó de esta manera sus tareas de protector y asesino por encargo con las de mensajero de recados y coimas. Con su enorme liquidez los carteles habían logrado el desarrollo económico que el Estado-nación no había podido impulsar en la comunidad. El microestado de los narco-carteles diseminó así la idea de un boom económico que además venía acompañado de aquella paz que el macroestado no podía ofrecer. La sumisión y tolerancia del macroestado ante los intereses económicos del microestado de la droga hizo que buena parte de la ciudad de Medellín estuviera bajo el dominio del cartel de la droga de Pablo Escobar por más de una década (1982-1993).⁹⁴ El joven-sicario, aquel hijo de campesinos convertidos en obreros de las fábricas de Medellín, había sido el testigo presencial de la explotación y posterior marginalización de sus padres. Estos jóvenes no estaban dispuestos a ocupar los puestos de trabajo de sus padres. A decir de Castaño: «se negaron a ser reemplazo de unos padres en extremo luchadores para dejarse vencer, pero demasiado buenos para levantarse en contra de quienes los pisaban».⁹⁵ El joven-sicario se encaminó entonces a escoger entre aquello que el Estado capitalista le ofrecía como una vaga promesa de lejana realización y la oferta de un dinero «fácil», concreto y real.

EL SICARIATO, EL ESTADO Y LA MODERNIDAD

En el cielo está Dios soberano
En la tierra la orden del cartel

RUBÉN BLADES, (*Sicarios*)

Si el Estado-nación encarna la modernidad, entonces el sicario encarna todo aquello que la modernidad no es. ¿Qué habla en contra de una lectura en

94. *Ibid.*

95. *Ibid.*, p. 22-23.

la que el sicariato sea entendido como una defensa, una mera reacción, al terror desplegado por el moderno Estado capitalista? Si el sicariato es clasificable como una faceta más del terror que hoy en día vive la humanidad, cabe recordar el análisis de Terry Eagleton, para quien «el terror y la modernidad están hermanados desde su nacimiento, [...] el terrorismo inicia su vida como terror de Estado [...] El terror no aparece como una fanática conspiración secreta que golpea al Estado, sino como una fanática conspiración secreta llamada Estado».⁹⁶ El joven-sicario halla en el sicariato la mejor manera para confrontar y desestabilizar al Estado; sabe que ningún ministro lo recibiría en su despacho, pero también sabe que es más poderoso que cualquier funcionario pues la vida de los individuos depende de la voluntad del sicario. El binomio *joven* y *sicario* propuesto anteriormente en este estudio adquiere relevancia frente al Estado, obligado tras negar su corta edad a reconocer en este sujeto su otra dimensión, la de asesino. De esta manera el sicario adolescente obtiene la atención que antes se le negaba. El sicario visibiliza de esta manera al joven invisibilizado.

El Estado-nación despliega su modernidad a través de sus leyes, sus instituciones y todos los demás estamentos que conforman la vida pública de la nación. El sicario no se opone totalmente a ese Estado que lo excluye. Al confrontarlo reproduce algunas de sus estructuras. Las leyes del sicariato no están escritas o publicadas en manuales o códigos. Son orales y se transmiten de persona en persona, lo que no las hace menos efectivas. Son normas que operan igual que aquellas que el Estado-nación ha desarrollado en sus leyes y códigos. El principio legal es entonces el mismo: se sancionará a quien no las obedezca. Alonso Salazar reproduce en su investigación el testimonio de uno de los jefes de una banda de sicarios que explica los principios jurídicos de manera muy clara: «Para terminar de seleccionar al pelado le pongo pruebas como cargar y guardar fierros, y finalmente lo vinculo a un trabajo. Si el pelado muestra finura va es pa dentro. Eso sí, el día que nos llegue a faltonear, que sea lengüilargo, que se alce con una cosa, se muere. Eso lo sabe todo el mundo, esa es la ley».⁹⁷ Así el sicariato desafía al Estado reapropiándose de determinadas estructuras a través de las cuales el moderno Estado-nación opera. El sicario acciona a partir de un complejo proceso de apropiación de las categorías de libertad. Aquel discurso de la libertad moderna —elevado a eslogan publicitario de muchas marcas— según el cual *todo es posible e imposible es nada*, le permite pensar y concebir un mundo con oportunidades para él y su familia.⁹⁸ Eagleton cita a Hegel

96. Terry Eagleton, *Terror sagrado. La cultura del terror en la historia*, Madrid, Foro Complutense / Universidad Complutense de Madrid, 2006, p. 15.

97. A. Salazar, *No nacimos...*, p. 24.

98. Aunque este estudio no aborda el lenguaje publicitario y su influencia sobre aquellos sectores de la sociedad excluidos de ciertos consumos, considero muy interesante estudiar la produc-

para explicar algunos principios básicos del concepto del Estado moderno, y en especial el de «libertad»:

La Revolución Francesa, escribe Hegel, supuso el triunfo de lo que llama «libertad absoluta», o lo que mordazmente denomina «la libertad del vacío». Apela a una libertad tan pura que un acto material sólo puede contaminarla, por lo que resulta peculiarmente auto-devoradora, y, en su esfuerzo por alcanzarlo todo, finalmente cae en la nada. La libertad burguesa o de mercado es una libertad negativa que no conoce ni vínculos ni límites inherentes.⁹⁹

El joven-sicario intuye, de alguna manera, la autonomía de esa libertad que no obedece a nadie más que a sí misma. La libertad del capitalismo pretende contenerse a sí misma y, en ese proceso auto-generador, excluye a quien no pueda participar de ella. Hay una libertad previa y además necesaria para acceder a la libertad del mercado: quien no tiene nada, participa con la anulación de su libertad en la legitimación de la libertad capitalista a través de la inevitable venta de su fuerza de trabajo, vital para la acumulación que persigue el dueño de los medios de producción. La otra opción se da momentáneamente en el caso de los jóvenes-sicarios, quienes reinterpretan desde su realidad aquella libertad que la esfera pública les vende a diario. Aún así, no hay que creer que el sicario operaría como una fuerza anárquica que se opone al Estado. Esa es apenas una primera instancia, la segunda comprende la venta de su fuerza de trabajo a los carteles. En la relación *patrón-sicario* no se plantea una relación diferente a la que opera en el capitalismo clásico, lo que se da es una mera sustitución de empleadores. El sicario no prefiere al jefe del cartel porque este le ofrezca otros modos de producción reflejados en otras posibles estructuras jerárquicas. Al contrario, el cartel es aún más jerarquizado que una fábrica o una planta industrial. Tampoco está ausente la acumulación perseguida por el empresario capitalista:

Los duros, los patrones que dirigen las élites criminales del país y que deciden la mayoría de los grandes asesinatos y proveen las armas de alto calibre, los carros y las motos, [...] ellos que posan de ciudadanos honestos y empresarios exitosos, se llevan los porcentajes más altos, invierten, abren negocios, toman vacaciones y mandan a sus hijos a colegios privados donde les enseñan inglés e historia del arte.¹⁰⁰

La diferencia está en el valor absoluto de los montos recibidos frente al tiempo de trabajo invertido. Las sumas que el sicario recibe del cartel –hasta

ción, circulación y consumo de eslóganes como el que *Nike* (Just do it!) y *Adidas* (Impossible is nothing!) han desarrollado en los últimos años.

99. T. Eagleton, *op. cit.*, p. 17.

100. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 52.

varios miles de dólares al mes— por las escasas horas que invierte en el «encargo» superan ampliamente los bajos salarios que la industria local paga por ocho o más horas de trabajo. Si se comparara en cambio los porcentajes percibidos en la industria con aquellos pagados por el crimen organizado, el que es pagado por las empresas industriales supera seguramente al que pagan los carteles. El sicario ve atrapado entre dos formas distintas de una misma explotación capitalista que persigue la acumulación. Su libertad oscila entre las dos opciones que tiene: el sistema capitalista protegido por el Estado o la violenta relación de explotación a manos del cartel.

El capitalismo de las últimas décadas ha reafirmado el discurso del éxito y las oportunidades. El lenguaje mediático desarrollado en torno a la biografía de personas exitosas —políticos, escritores, artistas, deportistas, etcétera— revela que se escogen siempre aquellos casos que permiten ejemplificar públicamente el discurso de la superación de lo marginal. La lógica desplegada consiste en mostrar a actores marginales que no desaprovecharon la oportunidad que tuvieron. Un buen análisis en este campo es el de Leonor Arfuch, investigadora argentina, quien ha detectado, en lo que ella llama *biografías mediáticas*, a un *ser común* convertido a través de las oportunidades —*todo éxito implica comienzos difíciles*— y la *vocación*¹⁰¹ en un personaje de éxito. El desarrollo apela a la vocación, la capacidad de aceptar el reto de luchar por nuevas oportunidades, como elemento central del éxito. Arfuch advierte la relación entre vocación y libertad implícita en el discurso de oportunidades para superarse: «la vocación trae un halo de libertad, la idea de que es posible elegir, aún en esa relación profundamente desigual entre las vidas que se ofrecen como modelo y las que están realmente al alcance de cada quien».¹⁰² Arfuch sistematiza la fórmula del éxito publicitada por los medios de comunicación: la superación es posible para todos, implica sufrimiento, sacrificio, mucho esfuerzo y, sobre todo, la aceptación incondicional de las reglas del juego capitalista: «la mostración de la existencia de otras vidas posibles, quizá menos grises que las del común, donde la vocación ha triunfado y se traduce en logros, [enfaticando] el trabajo como el verdadero motor del devenir humano».¹⁰³

Eagleton compara la libertad de la modernidad con el deseo en Freud. En ambos casos se trata de una libertad que se comporta de manera específica: «existe simplemente para sí misma y tiene, en sí misma, su propio fin». Esa lógica es transferida de manera inconsciente al crimen del sicariato. No es el caos y la barbarie lo que rige el asesinato por encargo, sino la extrapolación más

101. Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 149-153.

102. *Ibid.*

103. *Ibid.*

aguda de los modernos principios capitalistas que rigen la libertad del mercado: todo puede ser vendido / comprado. De ahí que un sicario pueda formular ante la pregunta «¿cuánto cuesta matar a un hombre?» la respuesta más moderna posible: «—Asesinar un man vale lo que cueste matarlo —dice Narices [nombre del sicario entrevistado], con una lógica simple—: si toca voltear mucho, vale mucho. No hay un promedio de cobro».¹⁰⁴ La relación entre el valor de uso y el valor de cambio del asesinato por encargo se inscribe en el blanco (políticos, jueces, periodistas) y en el riesgo que involucra matarlo. «Si la vuelta es limpia, digamos sin necesidad de más karatecas que uno, puede valer un millón de pesos [ca. US \$ 600]. Si toca montar operativo, echar mano de más de un fierro y pelarse feo, el taxímetro va subiendo los números: matar a un man que viaja escoltado puede valer treinta o cuarenta millones. Entre más gente participe en la vuelta, más cuesta».¹⁰⁵

La modernidad capitalista ha hecho uso de la libertad que la compone para vender aquello que hace pocos siglos no podía ser considerado como un objeto vendible. Algunos importantes ejemplos históricos de los «nuevos productos» ofertados por el capitalismo serían el agua, la autoría (derechos de autor) y el espacio geográfico (privatización de espacios públicos, valores asignados al tránsito humano/migración). El sicario en ese sentido, opera a partir de la privatización del acto de matar. Si previamente el homicidio estuvo reservado al Estado y a sus instituciones del orden público (policía, fuerzas armadas e instituciones penitenciarias), ahora esa acción obedece a «proveedores privados» que operan con lógicas no muy distintas que aquellas que motivan al Estado-nación. El sicario hace lo que el mercado espera de él: vender su fuerza de trabajo al mejor precio; ante la ausencia de otros postores, el valor lo paga el cartel de la droga.

El sicario es el síntoma de la fragilidad del Estado. Creado y manejado por los carteles de la droga es, sin proponérselo, quien pone al descubierto la vulnerabilidad de las distintas instituciones del Estado. El poder público, el sistema judicial y otros sectores han demostrado en los últimos años reiteradamente su corruptibilidad. Todo el mundo tiene un precio o un plazo determinado para morir. El Estado se entiende generalmente como una unidad política, superior, independiente y soberana, a lo que se puede agregar aquella definición de Max Weber, según la cual el Estado sería «una organización que reclama para sí —con éxito— el monopolio de la violencia»». El poder corruptivo del cartel de la droga y el poder coercitivo de sus sicarios son capaces de desafiar dichas definiciones. Surge entonces en las instituciones que componen al Estado un interés por una

104. Entrevista a *Narices*, líder de sicarios, en J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 52.

105. *Ibid.*

materialidad que subordina la idea de un bien común a «un impulso crudamente materialista, que desprecia [...] cualquier cosa que no se pueda vender».¹⁰⁶

Otro aspecto fundamental a ser tomado en cuenta en el presente análisis surge de los conceptos de *territorio* y *población*. Para ello resulta importante revisar algunos conceptos definitorios de *Estado*. Ignacio Molina, catedrático español de teoría del derecho, define al Estado como «el concepto central de la Ciencia Política que designa la forma de organización jurídico-política por antonomasia: [...] la idea de soberanía y, etimológicamente, supone la plasmación «estática» de ésta. El Estado, pues, sería la formalización de una autoridad permanente y pública que domina un espacio territorial cerrado y a las personas que en él viven».¹⁰⁷

Según Méndez y Molinero el concepto de Estado tendría dos «componentes básicos: *territorialidad* (control de un espacio determinado) y *sociedad* o comunidad política».¹⁰⁸ Territorio y población controlada por el cartel son las dos características que permiten retomar la idea según la cual el cartel de la droga –y con él sus sicarios– tiene su propio «sistema de leyes» y los correspondientes mecanismos coercitivos para hacerlo respetar. La soberanía en este caso no radica en el pueblo, sino en el dinero de los carteles.

A partir de estas consideraciones es entonces posible aplicar la definición de Estado al *cartel de la droga*. Aunque alejada del bien común, la actuación del cartel está inscrita en el concepto fundamental para entender al Estado: el territorio. Todo cartel se define de acuerdo a un determinado territorio (cartel de Cali, de Medellín, del Golfo, de Tijuana, etc.), el espacio geográfico real que delimita el área de sus acciones e influencias. Los sicarios son los encargados de hacer respetar el poder político del cartel dentro de ese territorio y de consolidar la expansión hacia otros potenciales territorios. El sicario es parte de esa fuerza coercitiva encargada de la sanción a quien incumpla con las normas del cartel.¹⁰⁹

LA RAZÓN DEL SICARIATO

Gaitán había muerto. El asesino, Juan Roa Sierra, entró escoltado por dos policías [...] pues si lo dejaban en la calle sería im-

106. T. Eagleton, *op. cit.*, p. 17.

107. Ignacio Molina, *Conceptos fundamentales de Ciencia Política*, Madrid, Alianza, 1998.

108. Ricardo Méndez, *Geografía y Estado. Introducción a la Geografía Política*, Madrid, Cincel, 1984.

109. Un investigador que aborda el tema del sicariato de estado es William Chambliss; ver William J. Chambliss, *State-organized crime*, The American Society of Criminology, vol. 27, Issue 2, mayo, 1989, p. 183-208.

posible evitar el linchamiento. Los amigos de Gaitán, los que estaban con él, pidieron que se le protegiera la vida para saber quién había ordenado el crimen

SANTIAGO GAMBOA, (*Vida feliz de un joven llamado Esteban*)

Al momento de revisar distintos casos de sicariato aparecen diferentes preguntas acerca de la naturaleza del impulso que motivó la orden o el contrato de asesinar a determinada persona. ¿Cuál es el móvil del asesinato por encargo? ¿Se trata de venganza o de eliminar a un rival? Quien ordena un sicariato busca adelantarse a que lo elimine su contrario o espera obtener una nueva coyuntura que le permita consolidar o incluso ampliar su campo de acción. Un análisis de los distintos testimonios de actores, posibles víctimas, investigadores, entre otros, permite clasificar las razones del sicariato ordenado en tres categorías:

1. Sicariato «emotivo».
2. Sicariato «didáctico».
3. Sicariato «transformativo».

En el sicariato «emotivo» priman impulsos como el deseo de venganza, el miedo, el resentimiento y el odio que deben aplacarse con el asesinato. Se asesina o manda asesinar a quien ha ofendido o vulnerado, a quien ha hecho algún daño (rumores, mala fama, mentiras, etc.) o a quien alegara tener más fuerza o más poder. Es un asesinato por retaliación en el que ambas partes están involucradas de alguna manera o por lo menos se conocen directa o indirectamente. En parlache se diría que se asesina a quien nos «llegue a faltonear».¹¹⁰ El sicariato lo puede contratar una mujer violada por un compañero de oficina, un hombre al que le han «robado» la novia o un comerciante al que su socio le roba dinero. Castaño narra un asesinato encargado por un vecino que temía una acción judicial por sus deudas: «El encargo lo había recibido días antes de un vecino acorralado por una deuda que no pensaba pagar».¹¹¹

En el sicariato «didáctico» se visibiliza el poder coercitivo y represivo que tiene el cartel, la mafia, el gobierno respectivo u otro grupo de poder. Se asesina para dar un escarmiento o un aviso, a quien pudiera tener la intención de traicionar de palabra o de acto al poder, o incluso a quien tuviere la intención de desafiar al poder. El poder advierte con este tipo de asesinatos sobre las consecuencias en caso de desobedecer las leyes del poder. Este tipo de sicariato debe ilustrar la ley del cartel, de la mafia o del grupo de poder interesado. «Quienes

110. Alonso Salazar, *No nacimos...*, p. 24.

111. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 41.

intentaban burlar sus dominios o cuestionar el poder que ejercían pagaban de contado vaciando las vísceras sobre el pavimento».¹¹²

El sicariato «transformativo» es un sicariato con profundas repercusiones en el entorno a corto o mediano plazo. Se trata de un crimen que altera el panorama político, jurídico y económico. El cartel de Medellín ordenó en la década de 1980 el asesinato de un sinnúmero de personas para demostrar su predisposición de eliminar a quien pretendiera impulsar la extradición de los jefes de los carteles. «Todos los que apoyaban la aplicación de la extradición eran ajusticiados sin importar la seguridad de la que se rodearan o la clandestinidad que emplearan».¹¹³ Los asesinatos cumplieron su propósito, la extradición se suspendió. Al detener las intenciones de determinados grupos interesados en lograr la extradición de los jefes de la droga especialmente hacia los EUA el sicariato cumplió su objetivo y redireccionó el «rumbo de la historia».

Si concebimos a la historia como una sucesión de causas y efectos que se proyecta a lo largo del tiempo, debemos preguntarnos ¿si existe acaso la posibilidad de especular o calcular una determinada tendencia histórica interrumpida violentamente? Los asesinatos de ciertas figuras públicas suscitan interrogantes que no hallan respuestas certeras: ¿Qué rumbo habría tomado la política o la economía de determinadas regiones? ¿Qué acontecimientos dejaron de suceder a partir del sicariato cometido? El trazado de una historia que no sucedió no deja de ser un ejercicio especulativo que, aunque relegado a los dominios de la escritura de ficción, debe apelar a una lectura más profunda del sicariato y sus consecuencias históricas.

EL CRIMEN ORGANIZADO: LAS ETAPAS DE LAS ECONOMÍAS (I)LEGALES

Aunque existen varios componentes en la motivación para la violencia ejercida por los sicarios, el factor que prima es el del pago económico que el asesino recibe del autor intelectual. Aquello que para el autor intelectual tiene motivaciones personales (venganza, eliminación de adversarios, consolidación de espacios de poder, etc.) tiene para el sicario una motivación económica. El contrato que establecen ambas partes implica un *diferencial motivacional*: el autor intelectual paga al autor material por un servicio; lo que impulsa a cada uno a actuar difiere considerablemente. El sicariato —convertido en una práctica violenta mercantilizada— tiene los dos componentes de cualquier negocio: una demanda (la de los auto-

112. *Ibid.*, p. 24.

113. *Ibid.*

res materiales) y una oferta (la de los sicarios que ofrecen sus servicios). Igual que con otras «mercancías», el sicariato ve su precio regulado por estas dos facetas.

Me interesa contextualizar las dimensiones económicas del sicariato y sus autores –materiales e intelectuales–. Tanto los testimonios personales escogidos para la presente investigación, como los distintos estudios que analizan la economía ilegal de la droga permiten entender qué tipo de economía desarrollan los principales empleadores del sicario, los carteles de la droga, y qué función cumplen por lo tanto los asesinos a sueldo que trabajan para estas u otras organizaciones que ordenan «asesinatos por encargo».

El sicariato, tal y como fue concebido y desarrollado por los carteles¹¹⁴ de la mafia en Colombia o México, surgió con la tarea de proteger los intereses económicos de los patrones del negocio ilegal de la droga. Protección, intimidación, venganza y eliminación de adversarios se convirtieron rápidamente en las principales tareas del sicario. La importancia del sicario crece con el crecimiento de la ganancia que proviene del narcotráfico. A mayor capital, mayor ganancia. A mayor ganancia, mayor riesgo frente al Estado y a las otras mafias. A mayor riesgo, mayor seguridad –preventiva y coercitiva– a cargo del sicario. Existe una relación directa entre el número efectivo de sicarios a cargo de la seguridad de un determinado «traqueto» y el capital acumulado por éste.

Esta relación se establece no solo por la riqueza a ser protegida, sino además por la necesidad de exhibir su poder económico. El patrón que tenga dinero debe –y obviamente desea– mostrarlo públicamente para probar su poder. Una de las distintas formas de hacerlo es a través del despliegue de sus fuerzas de seguridad. Esta lógica visual proyecta la idea según la cual el sicario –entre otros elementos– sería la evidencia visible de la ganancia económica; la equivalencia bélica del poder de la droga. Pero, ¿es acaso el patrón de la droga o jefe del cartel quien más dinero gana en la compleja cadena de producción, circulación y consumo de la droga? Aparentemente no.

Luis Jorge Garay,¹¹⁵ investigador colombiano y experto en economía política de drogas y delito, reconoce en la economía de la droga, y específicamente en la de la cocaína, un total de siete etapas que para este estudio he dividido en dos partes a las que he denominado: las *etapas del Sur* y las *etapas del Norte*.¹¹⁶ Las etapas del Sur, realizadas fundamentalmente en los países andinos

114. Los espacios mediáticos de Colombia y de otros países emplean la palabra de acento agudo *cartel* (y por lo tanto sin tilde), mientras que en el espacio mexicano se emplea la versión grave: *cártel*. Dependiendo de la región a la que me refiera en este capítulo, emplearé la denominación correspondiente.

115. Luis Jorge Garay, *Construcción de una nueva sociedad*, Bogotá, Tercer Mundo, 1999.

116. He seleccionado estas denominaciones para diferenciar, por un lado las etapas que se realizan en los llamados países productores, y por el otro aquellas etapas que se realizan en los países consumidores.

incluyen el cultivo, la elaboración de la pasta de cocaína y el contrabando hacia los países consumidores, en los que se dan las correspondientes *etapas del Norte*: distribución local, venta a minoristas, lavado de dineros e inversión de estos capitales «ilegales» para nuevas ganancias en circuitos financieros legales (bolsas de valor, sector inmobiliario, de espectáculos e incluso en operaciones militares) de los países del Norte, entre los que estarían los EUA, varios de la Unión Europea y algunos de Asia, como Japón. Lo interesante de esta división de etapas resulta del análisis que ha realizado Garay:

La especialización del país [Colombia] hacia las primeras tres etapas [...] de las siete u ocho etapas de la cadena internacional del narcotráfico [...] genera unas ganancias económicas relativamente ínfimas con respecto a las de las etapas finales que se reproducen en los países consumidores –como la distribución minorista en las ciudades, el lavado de dólares y la especulación financiera con excedentes ilegales.¹¹⁷

El «gran negocio» de la droga estaría entonces del «otro lado»; lejos de las casas tropicales en las que los vulgares jefes de la droga reciben junto a sus piscinas a prostitutas que los seducen por cuantiosas sumas, mientras unos alegres acordeonistas ambientan la escena. Las grandes sumas gastadas por los carteles localmente equivalen apenas a porciones «ínfimas» de las grandes ganancias del negocio internacional de la droga. Aún así, existe un discurso mediático y cultural que exhibe a los patrones del cartel como único exponente del ilegal negocio. La ostentosa y cínica visibilidad del jefe del cartel –manifiesta en sus torpes excesos, pero también en su despliegue de seguridad– opera como una pantalla, encargada en este caso de distraer de las verdaderas ganancias del narcotráfico, aquellas que se producen a la sombra de la modernidad –civilizada y democrática– de los países del norte. En las películas en las que se retrata al jefe del cartel latino, –*Sin tetas no hay paraíso* por ejemplo– este aparece como un hombre de malos gustos, promiscuo y rodeado de prostitutas y matones.

El sicario funciona entonces como símbolo de ese poder corrupto y corruptor que, según el mismo Norte, el *patrón* tendría. Su presencia y su actividad –comprobadas y narradas por los medios de comunicación hasta la saciedad– dan fe de la presencia del negocio ilegal de la droga, pero únicamente en las *etapas del Sur*. Extrapolando esta lógica es posible advertir que el sicario es en definitiva una de las diferencias visibles entre *las etapas del Sur* y *las del Norte*: lo que el narcotraficante del Sur muestra y exhibe equivale, al mismo tiempo, a aquello que su par del Norte oculta y niega.

117. L. J. Garay, *op. cit.*, p. 8.

Los circuitos financieros que captan las nuevas inversiones, hacen innecesario que el narcotraficante del Norte reclute –ni de manera general, ni proporcionalmente a su ganancia– los sicarios que el cartel de Medellín llegó a tener en su momento. Cabe preguntarse entonces si el discurso de vulgarización y exhibicionismo con el que se ha estigmatizado al narcotraficante o patrón del cartel latinoamericano en la prensa, el cine y la televisión en Latinoamérica y el resto del mundo no sería simplemente una forma de desviar la atención del lavado de dinero en ciertos *países del Norte*, la tolerancia por las posibles inversiones en distintos mercados bursátiles y la recirculación de la droga para financiamiento de operaciones encubiertas por el propio Estado tales como eliminación de enemigos del régimen, dotación de armas a grupos afines y operaciones deseadas para la desestabilización política o económica de ciertas regiones.¹¹⁸ Los capitales ilegales de la droga se convierten a través de determinadas políticas de incautación o de tolerancia en capitales legales aptos para cualquier negocio financiero o de otro tipo.

LA ECONOMÍA DEL SICARIATO

El sicariato tiene una dimensión económica que puede ser entendida en dos aspectos. En primera instancia es parte fundamental de la economía ilegal de la droga. Su función en este ámbito –como fuerza protectora y de choque de los carteles– ha sido explicada anteriormente en este capítulo y en algunos pasajes de los dos anteriores. El otro aspecto económico del sicariato se refiere a la propia economía que el negocio del asesinato ha generado. Los sicarios requieren de información, armas, vehículos, escondites y demás detalles para cometer sus «encargos». Estos recursos tienen cada uno su valor específico, y el respectivo precio sube acorde al riesgo de la operación. En su profesionalización el sicariato desarrolló una compleja red de proveedores de transporte «seguro» para el sicario y los distintos contratos que tiene: «La renta de carros y motos es cosa rutinaria en los barrios. Todos, sin excepción, son vehículos con papeles falsos y números de placa adulterados que se alquilan por horas o días. Una moto de alto cilindraje vale trescientos mil pesos; un auto tipo taxi,

118. Aunque no es parte de este estudio, cabe mencionar que es de gran importancia estudiar los mecanismos mediante los cuales la droga incautada en ciertos países aparece nuevamente en las calles, suministrando de esta manera a ciertas instancias del Estado (policía, fuerzas armadas, servicio secreto y otros) de los recursos necesarios para operaciones fuera del control y la fiscalización de otras instancias estatales como el Congreso o el Senado.

el más usado por su camuflaje natural, vale quinientos mil; una camioneta, tres millones». ¹¹⁹

La legalidad de un determinado objeto depende entonces del precio del mismo: «Las motos [...] son motos envenenadas, muy veloces. La mayoría son motos robadas a las que se les consiguen los papeles por veinte mil pesos en el tránsito». ¹²⁰ El sicariato ha generado negocios de alquiler de vehículos y además los mecanismos para legalizar el uso y manejo de los mismos. Algo similar sucede con el suministro de las armas de fuego a ser utilizadas por el sicario para el asesinato contratado:

Las armas, cuando hacen falta, también se alquilan: un revólver cuesta quinientos mil; una pistola, un millón; un fusil galil, millón y medio; una subametralladora, dos millones. La oferta incluye chalecos antibalas, cada uno en un millón; brazaletes de la Fiscalía a cien mil, o tres por doscientos. Los precios varían de acuerdo al grado de dificultad de la vuelta. ¹²¹

En torno al sicariato —entendido como un oficio profesional por todos los que de manera directa o indirecta lucran del mismo— ha surgido un mercado de suministros relacionados que hacen posible pensar en una suerte de «industria de la muerte». Una red de proveedores cuyos precios son incorporados de manera directa en el precio final del asesinato. La muerte opera entonces como cualquier otro producto elaborado hoy en día para el mercado. Los precios se determinan, por un lado, a partir de los costos de producción, y por el otro, se les suma el margen de ganancia deseado. El negocio de asesinar ha generado su propio sector productivo, incorporando de esta manera las lógicas de producción de las mercancías elaboradas en el capitalismo. El precio de cada uno de los objetos empleados para el asesinato (armas, vehículos u otros) está fijado por el valor de cambio de los mismos antes que por el valor de uso. Una dialéctica marxista retomada por Michael Heinrich, quien la entiende como una norma capitalista: «quienes realizan un intercambio de mercancías están libres en su accionar, pero como propietarios de mercancías están sujetos a la naturaleza de sus mercancías». ¹²² La pregunta sería entonces, si en Medellín en un momento dado se produjo una mayor oferta de productos para el sicariato, por ejemplo de armas; y si dicha (sobre)oferta bajó los respectivos precios o, si la magnitud —ética y penal— del asesinato por encargo implicaba siempre precios altos debido al riesgo correspondiente.

119. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 58.

120. «Antonio», en A. Salazar, *No nacimos...*, p. 25.

121. *Ibid.*, p. 59.

122. Michael Heinrich, *Kritik der politischen Oekonomie, eine Einfuehrung*, Stuttgart, Schmetterling Verlag, 2004, p. 61.

Es importante ampliar la mirada que busca leer el efecto económico generado por la violencia que impulsan los carteles de la droga y en especial sus sicarios. Cualquier aproximación al tema debe ser capaz de advertir e incluir los efectos que tales prácticas de violencia tienen sobre la sociedad en términos de capacidad generadora de un mercado para la violencia. El sicariato no es un problema puntual, circunscrito a uno o más individuos que –entendidos como actores directos– cometen un asesinato por encargo, sino que su presencia y actividad delictiva ha generado además la aparición de *actores indirectos* de la violencia: sujetos encargados de las actividades diversificadas tales como el suministro de información, la venta de armas o el alquiler de vehículos. Estas redes violentas se extienden desde los jefes de los carteles y las mafias, pasan por los sicarios y se extienden hasta todos aquellos actores que de alguna forma participan con su servicio o producto especializado en la operación concebida para el asesinato de otro ser humano.

Otro aspecto importante es la doble condición de servicio y producto inscrita en el sicario. Por un lado está el asesinato como un servicio a quien paga: «los narcos los mandaban llamar para pasarles revista, darles dinero y, sobre todo, verificar su estado de homicidas calificados. En esas visitas casi siempre les encargaban tareas menores: robar un carro, asaltar un negocio o acribillar a alguien, a veces a un compañero de curso seleccionado desde antes como maniquí de entrenamiento».¹²³

La otra faceta del sicariato de Medellín es su tránsito de actor a mercancía. El punto de giro en la historia del sicariato está dado por la crisis de los carteles. El ascenso vertiginoso de los carteles de la mafia, según Gilberto Medina Franco está «asociado al despegue de la economía de la droga a nivel internacional»¹²⁴ y tuvo una caída significativa provocada principalmente por las políticas antidrogas, la presión internacional –fundamentalmente de los EUA– y el apareamiento de otros carteles dentro y fuera del país. Esta crisis afectó directamente al sicario al servicio de los jefes de la droga. Cuando al principal cartel de Medellín le fue decapitada su «cabeza», los sicarios pasaron rápidamente a ofrecer sus servicios a través de intermediarios que los revendían a los diferentes clientes que requerían de asesinatos por encargo. Las distintas organizaciones de la droga y otros grupos delictivos dieron así paso al apareamiento de las llamadas «oficinas», centros de operaciones desde los cuales se vendían a nivel nacional los servicios de sicarios a prácticamente cualquier cliente y para el asesinato de quien fuera.

Las *oficinas* gestionaban de esta manera la venta de la fuerza de trabajo del sicario para operaciones que ya no estaban vinculadas a los carteles de la

123. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 23.

124. G. Medina Franco, *op. cit.*, p. 186.

droga. Aquellos asesinos que no eran tomados en cuenta por las *oficinas* simplemente trabajaban de manera individual y espontánea, obteniendo sus encargos a través de distintos contactos que desarrollaban en la calle, en donde pasaban la mayoría del tiempo. Las oficinas se convirtieron de esta manera rápidamente en representantes y (re)vendedores del asesinato por encargo, alternando sus actividades entre los contratos ocasionales con los carteles y aquellos clientes que nada tenían que ver con el narcotráfico. Medina Franco sostiene que la crisis de los carteles no significó la crisis para el negocio del sicariato, sino meramente un replanteamiento de la forma en que se ofertaría en adelante el servicio del asesinato por encargo: «las bandas de oficina siguen operando, como siempre, al servicio del narcotráfico [...] y como hace años, exportan sicarios para otros sitios del país».¹²⁵

El negocio de la muerte surgió como herramienta estratégica de los carteles de la droga, pero se diversificó e independizó de los mismos una vez que vio amenazada su fuente de ingresos. Dicho desarrollo histórico deja entrever una cultura de la violencia que trasciende las fronteras de la violencia desarrollada por las mafias del narcotráfico. Existe en nuestras sociedades latinoamericanas una peligrosa tendencia a solucionar violentamente los diferentes conflictos entre las personas. El paso del sicario de la droga al sicario independiente es un virulento síntoma de los elevados niveles de violencia e intolerancia que sin mayor problema atraviesan hoy en día nuestra cotidianidad.

CARTELES Y SICARIOS: SICARIOS COLOMBIANOS-SICARIOS MEXICANOS

Dos polos importantes en el desarrollo histórico del sicario son sin duda alguna los carteles de la droga de Colombia y de México. Resulta extremadamente difícil generalizar las condiciones políticas y sociales que en cada país permitieron el aparecimiento de estas organizaciones delictivas dedicadas al negocio de las drogas ilegales. Cada uno de estos casos tiene sus rasgos particulares y específicos, así como un momento determinado en el que empezaron sus actividades. Aún así, creo que hay algunos factores comunes como la ausencia o debilidad del Estado, la corrupción, etc., al mismo tiempo se evidencia un marcado intento por parte de las políticas antidrogas de los Estados Unidos por «colombianizar» su reciente estrategia de combate al narcotráfico en México.¹²⁶

125. *Ibid.*

126. «Luis Astorga», en A. Camacho Guizado, *op. cit.*, p. xxi.

La figura central de este tipo de organización delictiva es el jefe del cartel, *el patrón*, entendido como alguien que ha existido «desde siempre». La combinación de ciertas oportunidades y casualidades –además de ciertas ventajas circunstanciales– es la que les permitió a estos hombres acceder al poder que tuvieron. Aunque muchos lo habrán intentado, pocos son los que terminaron dirigiendo un cartel de droga. En la serie colombiana *Sin tetas no hay paraíso*¹²⁷ dos sicarios que vigilan el perímetro de la mansión de un narcotraficante están cansados de cuidar a los jefes y verlos gozar en sus fiestas. En un momento dado reflexionan sobre la posibilidad de dejar de ser sicarios y convertirse en jefes: «Volvámonos traquetos» dirá el uno, «para eso hace falta mucho dinero... y los contactos que no tenemos», responderá el otro. La escena oscila entre el deseo por enriquecerse y la frustración por saberse sin el capital y los contactos necesarios. Este diálogo remite a la complejidad en la que surge el negocio de la droga y sus sicarios, figuras que nacen y se acoplan de acuerdo a las necesidades que el cartel tiene.

Aunque de alguna manera conectados –ya sea directamente por negocios o por experiencias similares– los carteles colombianos y mexicanos tienen cada uno sus maneras particulares de organizar su actividad delictiva y violenta. La semejanza y similitud que pudiera existir entre los jefes de los carteles de Colombia y México se disuelve casi por completo al momento de comparar a sus sicarios. Si bien es cierto que en muchos casos el origen socioeconómico del sicario colombiano y de su homólogo mexicano pudieran ser similares, las jerarquías alcanzadas, y por lo tanto sus funciones y responsabilidades, son distintas. Cada organización tiene distintos significados inscritos en la palabra *sicario*.

En el cartel de Medellín, Pablo Escobar tenía su escolta personal –compuesta por grupos de hombres armados– que cumplía las funciones de guardias y guardaespaldas, tanto del jefe del cartel, como de sus propiedades. Los asesinatos por encargo en cambio eran cometidos por los jóvenes-sicarios reclutados y entrenados en las comunas de Medellín. La autoría material era de esta manera alejada del cartel y el sicario se veía avocado a operar de manera casi solitaria; siendo la motocicleta con conductor y gatillero la combinación usual. La relación entre el sicario y el cartel se daba a través de las llamadas *oficinas*. El asesino debía mantener la mayor exclusividad de trabajo con el cartel, pero al mismo tiempo no era parte directa del mismo, sino una suerte de proveedor «exclusivo» obligado a servir a toda hora sin ser parte del todo.

Los carteles mexicanos tienen una genealogía y un mapa delictivo mucho más complejo que el del caso colombiano. No solo se trata de carteles más

127. Esta serie de televisión, ambientada en los circuitos de la droga, es analizada en el siguiente capítulo.

grandes, con territorios más amplios, sino que además han ido adquiriendo una enorme infraestructura para sus operaciones. El periodista Francisco Reséndiz del diario *La Crónica* publicó en diciembre de 2005 el listado de los principales carteles identificados por el Gobierno de México como «cárteles de la droga que operan en territorio nacional y que se han asociado de una u otra forma a células de colaboradores, (que operan con cierta independencia económica) en distintos niveles». ¹²⁸ El listado nombra a los más importantes y poderosos grupos que la Procuraduría General de la República de México persigue y los convierte en una suerte de «Grandes Ligas», cercano a un «top seven» del narcotráfico en México. Una invitación a los cárteles menores para constar ahí. ¹²⁹

La relación con el Estado mexicano, las características del territorio asegurado, así como la competencia con otras organizaciones delictivas del mismo tipo hace que los distintos cárteles que operan en México entiendan al sicario de manera distinta de cómo se lo vio por ejemplo en el cartel de Medellín. En el caso mexicano se trata de un sujeto que es parte permanente del cartel y de la estructura jerárquica que en el mismo se despliega. A decir de Aline Corpus, corresponsal de *El Universal* en Tijuana, «el sicario es en realidad un jefe de matones o asesinos. Algo así como un comandante de los pistoleros del cartel, con un número considerable de hombres bajo su mando y un reconocimiento visible en su vestimenta, sus autos y las canciones que diferentes bandas musicales le componen». ¹³⁰ Este sicario –frecuentemente se trata de hombres experimentados e incluso con mucha experiencia militar o policial– es el depositario de la confianza *del patrón* del cartel. La relación entre ambas partes se establece a través de vínculos humanos condicionados por el dinero, pero amparados en tradicionales imaginarios de hacienda, en los que *el patrón* ha sido durante siglos la principal figura paternal y, por lo tanto, el centro de toda autoridad.

A diferencia del cartel colombiano, que recluta a jóvenes a los que puede manipular y entrenar, el caso mexicano, analizado por Resa Nestares, muestra

128. En <http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_nota=218320>.

129. El listado de los siete cárteles más importantes de México incluye los nombres de los jefes y el territorio bajo su mando: el Cártel de Tijuana de los hermanos Arellano Félix, el Cártel de Colima de los hermanos Amezcua Contreras, el Cártel de Juárez de los hermanos Carrillo Fuentes, el Cártel Sinaloa de Joaquín «El Chapo Guzmán» y Héctor «el Güero» Palma, el Cártel del Golfo de Osiel Cárdenas Guillén, el Cártel de Pedro Díaz Parada «El Cacique Oaxaqueño» y el «Cártel del Milenio» de los hermanos Valencia. Estos cárteles heredan y se dividen en feroces disputas el territorio que quedara luego de ser desmantelados los tres cárteles originales que operaban la droga en la década de 1980 y que tenían como líderes a Miguel Ángel Félix Gallardo (detenido en 1989), Ernesto Fonseca Carrillo (detenido en 1985) y Juan Nepomuceno Guerra (fallecido en el 2000). Además de la inminente territorialidad que se desprende de cada una de estas organizaciones, existe una compleja interrelación entre estos grupos que va desde la guerra frontal y declarada hasta las fusiones y alianzas estratégicas.

130. Entrevista de Alex Schlenker, Madrid, 25 de julio de 2008.

un *modus operandi* distinto: se recluta a un grupo de profesionales ya entrenado y con la suficiente experiencia. El poder económico del cartel logra desplazar al Estado como empleador, con lo cual, no solamente se sustituye una relación laboral pública por una de tipo privado, sino que además se sustituye una categoría abstracta, invisible e intangible como el que significa *el servicio a la patria*, por una concreta y palpable como el de la lealtad *al patrón*. El imaginario de la hacienda –mil veces más cercano– sustituye al de nación. La oferta económica va acompañada de un importante sentimiento de pertenencia que el Estado-nación aparentemente no puede ofrecer. Incluyo en los anexos la letra de una de las más representativas canciones del género de música popular conocido como *narcocorrido*. Algunas bandas de este género como *Los Tucanes de Tijuana* o *Los Tigres del Norte* han desarrollado importantes canciones que reproducen y circulan estos imaginarios de lealtad masculina hacia *el patrón*, el jefe del cartel.¹³¹

El sicariato colombiano está ligado a los imaginarios de violentos jóvenes dedicados al asesinato. El discurso que acompaña a estas prácticas violentas habla permanentemente de la edad de los sicarios. Con esta insistente reiteración surge la pregunta ¿por qué los cárteles de la droga en Colombia, especialmente en Medellín, reclutan a sicarios tan jóvenes? La pregunta adquiere una mayor validez cuando se revisa la edad promedio de los sicarios de los cárteles mexicanos, en promedio diez años mayores a sus homólogos colombianos: «en Sonora, en Caborca, otro enfrentamiento –entre militares y una banda pistoleros– provocó la muerte del gatillero [sicario] Rosario Avilés López, de 28 años y originario de Culiacán Sinaloa»,¹³² «Las bandas de aquí [Medellín] se apoyaban en los peladitos de 9 a 12 años [...] no diferenciaban entre jugar golosa y jugar con la muerte. Les daban pistolas y hasta metras».¹³³ La explicación puede ser hallada en la repartición y uso de las ganancias. Es sabido que el joven-sicario de Medellín recibe pagos relativamente bajos, sobre todo si se lo compara con las grandes sumas gastadas por los cárteles mexicanos y que, además, dicho dinero no es empleado para mejorar las condiciones de vida del joven o de su familia. Alonso Salazar recoge el testimonio de un sicario que da cuenta de los precios con los que cobra un asesinato: «Aquí en la ciudad lo menos es medio millón [ca. US \$ 250-300], pero para salir de la ciudad a darle

131. Profundicé el tema del *narcocorrido* y sus distintas implicaciones en una investigación publicada por FLACSO-Ecuador; ver Alex Schlenker, «Narcotráfico, narcocorridos y narconovelas: la economía política del sicariato y su representación sonora-visual», en *URVIO*, No. 8, septiembre, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 2009, <<http://www.flacsoandes.org/dspace/handle/10469/2926>>.

132. En <<http://www.eluniversal.com.mx/nacion/162495.html>>.

133. Testimonio recogido en G. Medina Franco, *op. cit.*, p. 139.

a un pesado cobramos por ahí tres millones [ca. US \$ 1.800]». ¹³⁴ Castaño narra ese carácter efímero del dinero que proviene del sicariato: «Muy pocos sicarios, y Narices [jefe de un grupo de sicarios] no es uno de ellos, invierten sus ganancias en bienestar para sus familias». ¹³⁵

Existe además una fuerte carga cultural que, a través de determinados imaginarios de la religiosidad popular, hace que la ganancia –que por lo general no supera unos pocos cientos de dólares por asesinato– no mejore la calidad de vida de los sicarios: «En la casa de Narices, aunque suelen correr fajos de billetes, rara vez hay comida suficiente. La plata de los negocios ilícitos es plata del diablo, dicen los sicarios. Por eso se apresuran a gastarla en farras de dos y tres días que incluyen aguardiente o whisky, cocaína, carne asada y muchachitas». ¹³⁶ Un testimonio similar es recogido por Salazar: «recibido el billete, armamos rumba en el barrio. [...] En una nochebuena anticipada, compramos un chanchito, cajas de cerveza y aguardiente, instalamos el equipo de sonido en la calle y armamos parche hasta la madrugada». ¹³⁷ En estas celebraciones, la concepción del tiempo de la vida juega aquí un papel fundamental. Invertir, ahorrar y demás conceptos para el desarrollo personal se basan en una visión de largo aliento de la vida. Quien está convencido de vivir hasta la longevidad, tener familia –hijos, nietos y tal vez incluso bisnietos– y querer realizar una gran cantidad de sueños, emplea el dinero ganado para mejorar su vida, su futuro; quien intuye que no vivirá más allá de unos pocos años busca disfrutar el momento. La mayoría de los jóvenes-sicarios sabe que no vivirá mucho, que en pocos años otros sicarios los matarán. Existe un condicionamiento religioso conformado por mandamientos, pecados, faltas a la virtud y a la moral, así como otras normas católicas, que hacen irreconciliable el dinero ganado a través del pecado del homicidio en otra cosa que el pecado mismo (fiestas, alcohol, drogas, placer, etc.). Las fiestas que un joven-sicario ofrece constatan su poder, su valor y la confianza que el cartel le tiene. Para mantener este estatus, debe hacer más fiestas en el futuro. Dichas celebraciones las financiará con el dinero de sus siguientes encargos. De esta manera, el joven-sicario no sale del círculo vicioso, mediante el cual adquiere lo que gasta y gasta lo que adquiere. Esta relación entre pago y gasto adquiere un carácter paradójico: el joven-sicario debe matar para ganar el dinero que gastará en la fiesta en la que recibirá el reconocimiento público que confirmará su valor como hombre capaz de asesinar.

El caso mexicano parece ser diferente. Aparentemente se trata de hombres con una formación militar o policial. El patrón mexicano entiende clara-

134. A. Salazar, *No nacimos...*, p. 26.

135. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 52.

136. *Ibid.*, p. 51.

137. A. Salazar, *No nacimos...*, p. 27.

mente el costo de la lealtad de esta guardia personal. El sicario mexicano –con una jerarquía muy superior a la del sicario de Medellín– es miembro del cartel, distinguido con el grado de comandante de matones, para lo que cuenta con privilegios y excelentes pagos. Las operaciones colombianas en que dos sujetos en moto perseguían y asesinaban a una persona han dado paso a escenas cinematográficas de distintos escenarios mexicanos en que varias docenas de hombres armados irrumpen en un espacio determinado para asesinar a la víctima seleccionada: «Alberto Capella Ibarra asumió la jefatura de Policía en [Tijuana] plagada por la violencia. [...] Veinte pistoleros vestidos de negro irrumpieron en su patio en medio de la noche y él se batió con ellos, disparándoles con un fusil automático».¹³⁸

El narcotráfico en México se ha convertido en los últimos años en un problema de dimensiones inimaginables. Los asesinatos relativamente recientes –de fines de 2009 e inicios de 2010– en el Estado de Morelia confirman la tesis de Jean Meyer, director de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), según la cual ya debemos hablar de *narco-terrorismo*.¹³⁹ Meyer advierte en los grupos de narcotraficantes una violencia que obedece por un lado a una necesidad estratégica, y por el otro al placer y el gusto por la violencia. El investigador cree que frente a los intentos por parte del Estado por combatir el narcotráfico, los carteles «a estas alturas matan por necesidad, ciertamente, pero también, creo yo, por gusto».¹⁴⁰ Son varias décadas de tolerancia al narcotráfico y a la violencia perpetrada por sus sicarios. Lo preocupante del combate al narcotráfico no debe ser la derrota del Estado, sino, contradictoriamente su victoria. En ese caso la sociedad mexicana tendrá a miles de sicarios entrenados y armados, buscando trabajo en lo único que han aprendido a hacer: matar y al precio que sea. Ya en Medellín se pudo observar la oferta de asesinos a sueldo y la consiguiente demanda de la misma por parte de la sociedad civil ajena a los carteles.

138. En <<http://www.colef.mx/Gaceta/documentos/EIColefenlosMedios/ENE24amenazas.pdf>>.

139. Término acuñado en la década de 1980 como parte de la guerra contra las drogas. Narcoterrorismo es empleado para describir la alianza entre grupos del narcotráfico y la guerrilla, ver Luis Alberto Villamarín Pulido, *Narcoterrorismo: La guerra del nuevo siglo*, Madrid, Nowtilus, 2005.

140. En <<http://www.eluniversal.com.mx/editoriales/41570.html>>.

CAPÍTULO III

La representación del sicario

Este tercer capítulo busca detectar y describir las múltiples formas de representación que del sicario surgen en los distintos productos culturales –literatura, cine y televisión– que actualmente circulan en nuestra esfera comunicativa y de entretenimiento. Este *inventario cultural* me permite explicar qué tipo de *narraciones* existen en torno al sicario, cómo se producen, a través de qué canales de distribución circulan y de qué modo son consumidos.

El capítulo anterior rastreó los orígenes sociales, económicos y políticos que del sicariato aparecen en la prensa y en las obras testimoniales. Dicha aproximación permite – a modo de una arqueología de la violencia urbana– establecer ciertos ejes que componen el origen de esta violencia específica y las maneras cómo la prensa lo narra, algo que puede ser comparado con los relatos del propio sicario. Este capítulo busca contrastar los fragmentos de dicha realidad con los discursos elaborados y reproducidos en la literatura y el cine como dos formas de representación cultural que abordan la figura del sicario.

La presente investigación se ha centrado principalmente en el sicariato en la ciudad de Medellín en las décadas de 1980 y 1990, debido fundamentalmente a la complejidad de las redes de violencia y los actores (carteles, oficinas, asesinos, policías, etc.) involucrados y por ende al enorme impacto que dicha violencia tuvo sobre la realidad colombiana. El sicariato en Medellín generó una serie de imaginarios que, tras ser recogidos y reforzados por los medios, migró hacia las ficciones de la literatura, el cine y la televisión colombiana. Para ello analicé algunas de las obras de la literatura contemporánea de Colombia como *Rosario Tijeras*, *La Virgen de los sicarios* y *El pelaño que no duró nada*, así como las películas realizadas en Colombia: *Rosario Tijeras* y *La Virgen de los sicarios*. Haré además una breve descripción de la exitosa serie de televisión: *Sin tetas no hay paraíso*.

Las distintas *narraciones* que diferentes lenguajes (escrito, iconográfico, sonoro, etc.) y en diferentes soportes (libros, periódicos, revistas, celuloide, ondas electromagnéticas, etc.) recogen la figura del sicario componen una misma *iconosfera* simbólica. Intento leer el espacio de lo comunicativo y lo simbólico como un solo universo compuesto por una infinidad de mensajes y, por lo tanto, de un número similar de emisores y receptores. Para ello he renuncia-

do a confeccionar un inventario narrativo organizado por géneros discursivos (prensa, literatura, cine, TV, etc.), con lo que me he preocupado por desarrollar determinados ejes temáticos capaces de integrar las distintas narraciones. Dichos ejes –masculinidades, religiosidad, familia, sociedad, entre otros– me permitirán atravesar y relacionar los distintos productos y obras seleccionadas. Esta metodología me permite seguir en algunos casos un mismo discurso o narración a través de distintos productos, como por ejemplo la novela escrita que dio paso a la película de cine, la cual a su vez fue objeto de la crítica especializada, etc. La interrelación entre los distintos productos comunicativos o mediáticos y los artísticos está implícita en lo que Cassirer llama el tejido simbólico: «El hombre no vive en un universo puramente físico sino en un universo simbólico. Lengua, mito, arte y religión [...] son los diversos hilos que componen el tejido simbólico».¹⁴¹ Dicha reflexión me permite situar mi búsqueda de narraciones en esa *esfera comunicativa-simbólica* que hoy en día responde a lo que Sartori llama la «sociedad teledirigida» y en la que de manera apocalíptica sitúa a su *homo videns*.¹⁴² Un espacio de símbolos y significados que, a través de lo narrado por todos los productos impresos, por la infinitud de páginas de internet y el inagotable universo de la imagen y el sonido contemporáneo, da paso al mundo de las narraciones.

¿REALISMO DRAMATIZADO O FICCIÓN REALISTA?

La presencia del sicario en relatos, cuentos o novelas es algo común en la literatura colombiana de las últimas dos décadas. Uno de los primeros libros que, a través del género testimonial, intentó la aproximación a la figura del sicario es sin lugar a dudas *No nacimos pa' semilla* (1992) de Alonso Salazar. A esta obra, concebida como un conjunto de relatos autobiográficos narrados por los propios integrantes de bandas de sicarios, le siguieron otras de similar enfoque y estilo como *El pelaíto que no duró nada* (1992), de Víctor Gaviria; *Ciudad Bolívar* (1995), de Arturo Alape, y, *¿Cuánto cuesta matar a un hombre?* (2005), de José Alejandro Castaño. Las cuatro obras citadas persiguen un relato natural, espontáneo y realista, presentándose como «meras» transcripciones de lo narrado por los actores directos, los propios jóvenes, en muchos casos sicarios o, a su vez, parientes o amigos de sicarios.

Rápidamente se advierte en esta literatura un marcado intento por obtener relatos veraces, lo suficientemente realistas como para creer que se ha dado

141. Ernst Cassirer, *Saggio sull'uomo*, Milán, Longanesi, 1948, p. 47-48.

142. Giovanni Sartori, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 1998.

una voz a quien no la tenía. La voz narrativa pertenece a los personajes de la vida real que habitan las comunas o los barrios marginales y, por lo tanto, peligrosos de las ciudades. Pero, ¿es posible que de un momento a otro alguien asuma esa voz que debería tener? ¿De quién nace la urgencia por un relato autorreferencial? ¿De los sicarios, o de quienes creen que debemos escuchar sus historias? ¿Es acaso posible que ese relato, por realista que sea al transcribir los dialectos y acentos empleados, sea una voz auténtica y, por lo tanto, autorizada para hablar de una realidad tan compleja como la de la violencia urbana, sin a su vez ser un nuevo discurso que destituya a los anteriores discursos?

La obra literaria que trabaja la figura del sicario desde la ficción incluye las novelas que alrededor del tema se han escrito: *La Virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo, y, *Rosario Tijeras* (2003), de Jorge Franco. En ambos casos aparecen distintas variantes del personaje literario del sicario, escritos desde la perspectiva de cada uno de los autores. En *La Virgen de los sicarios*, Alexis es un sicario y, de acuerdo a la historia desarrollada por Vallejo, el personaje coprotagonico; en *Rosario Tijeras*, Ferney y Johnefe son dos temibles sicarios de Medellín al tiempo que, como ex novio y hermano de Rosario respectivamente, cumplen las funciones de personajes secundarios en el relato.

La figura del sicario coexiste entonces en dos cuerpos literarios distintos: el relato autobiográfico y la escritura ficcional. Los dos tipos de textos presentan obviamente semejanzas, así como diferencias. Es de suponer que quien escribe ficción conoce los relatos personales de quien habita la violencia, y es además lógico creer que quien narra su vida lo hace a través de determinados «hitos biográficos» que social y culturalmente se esperarían escuchar de él. Cabe advertir de entrada que resulta muy difícil obtener una «voz pura» de quien nos narra su vida. En el relato se entretene lo que el personaje narrador desea decir y lo que aquel que escucha –sin duda alguna, convertido también en personaje– desea oír. El relato no es unidireccional, existe entre la voz que habla y la voz que pregunta y transcribe. Es fácil advertir que determinadas formas de expresión provenientes de los espacios mediáticos son parte inseparable del relato elevado por la solemnidad implícita al nivel de discurso (de reivindicación).

¿Cómo me veo, cómo me ven? es entonces la pregunta central en estos relatos personales o testimoniales que buscan sustituir la convencional imagen estereotipada del sicario de barrio, por la de un joven que lo único que hace es actuar acorde a las duras exigencias del entorno en el que nació y creció. ¿Son entonces auténticos los testimonios recogidos por Salazar, Alape o Castaño? Seguramente los diálogos se dieron y fueron transcritos minuciosamente por quien escuchaba y recopilaba, pero, ¿desde qué lugar de enunciación habla el sicario que tiene una libreta, una grabadora o una cámara enfrente? ¿Está narrando o *performando*? El vehículo central de estos ejercicios testimoniales es, como

mentoné en el primer capítulo, la memoria del sujeto que habla. Para Paul Ricoeur surge una importante advertencia: «Una de las paradojas de la memoria se refiere al crédito que ella nos merece, a su fiabilidad».¹⁴³ Según Ricoeur, recordamos a partir de determinadas huellas, aquellos rastros que de un determinado suceso quedaron. La pregunta de la fiabilidad es entonces endosada a estas huellas, entendidas como fragmentos de un posible pasado.

Ricoeur advierte en el acto de recordar un conflicto entre lo real (lo acaecido en el pasado) y lo imaginario (lo recordado desde el presente). «Es difícil desbrozar lo anterior de lo imaginario, dado que nuestros recuerdos se presentan en forma de imágenes».¹⁴⁴ ¿Será posible pensar que esas imágenes de la memoria estén entremezcladas con las imágenes que en el actual mundo mediático —televisión, cine, internet— compiten por una recepción? Arturo Salazar recuperó un valioso testimonio de uno de los jóvenes de las comunas que reproduce con detalle la estrecha relación entre las imágenes del recuerdo con las imágenes mediáticas: «Hay que saber portar el arma, saber disparar al punto y saberse retirar. Con las películas también aprendemos. Vemos cintas de pistoleros —Chuck Norris, Cobra Negra, Comando, Stallone—, miramos cómo coger las armas, cómo hacer coberturas, cómo retirarse, y luego lo comentamos».¹⁴⁵ En este testimonio se encierra una importante escena de un posible guión de ficción. Cabe preguntarle a Emilio Maillé, el director de Rosario Tijeras, ¿cómo puso en escena las secuencias de tiroteos en el barrio de Rosario? ¿Quién entrenó a los actores? ¿Por qué sostienen el arma de la manera en que la sostienen? ¿Es por referencia de testimonios de sicarios, los cuales a su vez lo aprendieron de los héroes de las películas de acción, o lo imitó de otras películas de ficción que ha visto anteriormente?

Todo suceso o acontecimiento es vivido por cada actor participante desde su subjetividad, y por lo tanto, de distinta manera. Un asesinato, una huida, la pobreza cotidiana, el éxito o el fracaso, y tantos otros aspectos remiten a diferentes modos personales de vivir y representar la vida. Algunos sucesos pasan a la memoria, otros no. No es posible recordar todo, y aún así, esa línea de separación no es tan marcada: la memoria recuerda en mayor o menor grado determinados aspectos de los sucesos. El acto de recordar se hace entonces a partir de una «activación de la memoria», recordando. La búsqueda del recuerdo se apoya entonces en los ya mencionados marcos de la memoria a los que Maurice Halbwachs alude (familia, religión, clase social, escuela, etc.) y es guiado —según Ricoeur riesgosamente— por las preguntas de quien escucha:

143. Paul Ricoeur, *Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico*, en Varios autores, *¿Por qué recordar?*, Barcelona, Granica, 2002, p. 24.

144. *Ibid.*, p. 25.

145. A. Salazar, *No nacimos...*, p. 25.

«Esta especie de escenificación del pasado supone conducir la memoria al terreno de la imaginación, con el consiguiente riesgo de caer en lo imaginario, lo irreal, lo virtual».¹⁴⁶

¿Es entonces posible considerar el testimonio como algo fiel a lo sucedido o se trata de una forma de apropiarse del discurso de quien pregunta? Castaño advierte este problema e insinúa la imposibilidad de separar lo «real» de lo «ficticio»; un buen ejemplo es su relato aparentemente honesto de un joven que se vende como sicario a un periodista extranjero que ha llegado hasta Medellín para buscar «la noticia de la ciudad fábrica de sicarios»:

Los chicos, en su afán de recibir el botín de euros que aquel trotamundos [Djaffer, un periodista francés llegado a Medellín] ofrece, exageran las historias que cuentan, dramatizan los hechos, le dan gusto al visitante. Cuando Djaffer pide ver sus armas, los chicos advierten su oportunidad. Una foto con revólver le costará quince billetes, le explican abriendo las manos. Una con fusil o granadas treinta billetes. Por cien le sacan el arsenal que guste y le obsequian los ademanes que quiera: de ira, tristeza, desconcierto, indiferencia, dolor, gestos aprendidos de otros periodistas que vinieron antes.¹⁴⁷

El espacio testimonial es entonces susceptible de convertirse rápidamente en un performance, en un happening que contenta a ambas partes involucradas, otorgando al interlocutor las respuestas que este de antemano esperaba.

Un aspecto fundamental a ser tomado en cuenta es que los jóvenes-sicarios no han desarrollado por ellos mismos ningún tipo de mensaje que dejen sea escuchado por la sociedad. No se percibe ningún intento por visibilizar nada, por decir «algo» y, por lo tanto, de ser tomado en cuenta, de lograr una inclusión. Los distintos discursos que, a petición de terceras partes, el sicario ha ido elaborando en forma de testimonio, parecen obedecer más a la necesidad de oír alguna explicación por parte de una sociedad atemorizada por la violencia, que a la urgencia real del asesino por encargo por explicar sus razones. Tal vez en esto difiera el sicario del pandillero que con sus canciones, sus grafitis prohibidos y sus prácticas culturales propias desarrolla una voz para exigir un espacio y un reconocimiento que considera negados. Posiblemente esta diferencia obligue a considerar al sicariato cometido por los jóvenes de las comunas de Medellín no como una práctica que pueda ser incluida como expresión propia de las culturas juveniles, sino como una forma de violencia que remite directamente a intereses económicos de carteles y grupos armados.

El que un testimonio incluya al mismo tiempo lo que el actor interpelado considere importante y aquello otro que cree que su entrevistador desearía

146. P. Ricoeur, *op. cit.*, p. 24.

147. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 55-56.

escuchar, resulta algo desentrañable en el ejercicio de otorgar voz a quien aparentemente no la tiene, pero tampoco la reclama. Las obras escritas con y sobre el sicario de las barriadas populares de Medellín son sin duda alguna valiosos documentos que, sin desmerecer su aporte al entendimiento de un complejo y peligroso fenómeno urbano, nos acercan en mayor o menor medida a ciertas facetas del complejo universo del asesino a sueldo. Son múltiples las preguntas que a estos textos –sean testimonios u obras de ficción– podemos hacer. En muchos casos obtendremos respuestas a las cuales no será fácil darles el crédito que pretenden. No por su falta de veracidad o apego a la realidad, sino a que resulta muy difícil saber si lo que el sicario narra es su sentir y pensar propio, o más bien, aquello que él ha intuido que esperamos oír de él. Seguramente es una mezcla de ambos, lo que nos obliga a asumir que la narración del sicario se compone de testimonio, discurso y performance.

LA INFINITA ESFERA DE LAS (RE)ACCIONES

Soy tirador de alto rango al servicio del
cartel mi padre fue un gran sicario y su es-
tilo me heredó

LOS PLEBES DE TIJUANA, (*Sicario del CAF*)

Un actor social puede ser entendido desde la mecánica newtoniana como un cuerpo en el espacio sujeto a acciones y reacciones que determinan su movimiento, su comportamiento y su relación con los demás cuerpos del mismo espacio. En la mecánica de Newton esas acciones y reacciones obedecen a leyes físicas. En el espacio social obedecen a un orden imperante que, en el caso de Medellín, pasó del discurso moderno con sus instituciones democráticas a aquel otro en el que la ley máxima emanaba de los carteles de la droga o de otros grupos armados. Los cambios políticos y sociales que la ciudad de Medellín vivió entre 1980 y 1998 en un marco de extrema violencia urbana confirman una cierta subversión del orden previamente establecido, o por lo menos pretendido. Cada orden del cartel condiciona entonces determinadas acciones de los actores involucrados.

Los principios básicos de la dramaturgia definen a una *acción* como todo aquello que un personaje produce sobre sí mismo u otros personajes y que modifica una determinada porción del mundo. Las preguntas que de estas reflexiones iniciales se derivan para el entendimiento del sicariato son relativamente simples y suelen ser similares a aquellas que se esperarían del investigador policial o agente fiscal: ¿qué hizo el sicario y cómo lo llevó a cabo? ¿Qué lo lle-

vó a hacer lo que hizo? ¿Quién se lo ordenó? El sicariato implica una serie de acciones (órdenes, encargos, odios, venganzas,) que desencadenan otras acciones (persecución, secuestro, tortura, asesinato, etc.). Esta variedad de acciones determina a su vez múltiples modos de narrar al sicario y su trabajo.

Si acaso fuera posible conocer todas las acciones –visibles o invisibles– implícitas en el asesinato por encargo, cabría preguntarse si lo que del sicariato se dice en texto o imagen da cuenta de la compleja red de acciones implícita. ¿Qué sabemos del origen del sicario? ¿Por qué causa tanto asombro que muchos de los sicarios de Medellín sean menores de edad? Una mirada amplia sobre los discursos contruidos en torno al sicario permite descubrir que en las distintas narraciones subyace la noción de una ruptura del orden. El discurso imperante hace creer que el actual Estado es de caos y que hubo alguna vez un mítico paraíso. Esta idea se refuerza por ejemplo con la reiterada alusión a la edad del sicario, un factor importante para muchas de las narraciones sobre sicarios.

Fernando Vallejo, escritor colombiano de larga trayectoria, considera que es un aspecto central: «[...] te voy a decir qué es un sicario: un muchachito, a veces un niño, que mata por encargo. [...] Los hombres por lo general no, aquí los sicarios son niños o muchachitos, de doce, quince, diecisiete años».¹⁴⁸ La definición de Vallejo insinúa un desencuentro con la realidad social de este nuevo momento. Winston Morales halla en la narrativa de Vallejo –y en especial en la correspondiente adaptación cinematográfica hecha por Barbet Schroeder– una ruptura del tiempo: «de un lado nos encontramos con una Colombia semirural, viva en la memoria del <otro> Vallejo, suspendida en un tiempo pretérito que es el del escritor. De otro lado, está la Medellín del ahora, la de Alexis, la del narcotráfico, el sicariato, la muerte, el ruido, la congestión».¹⁴⁹

En *Rosario Tijeras*, la novela de Jorge Franco, el orden subvertido se narra acentuadamente a través del sicario; los tiempos en que la policía perseguía a los delincuentes han cambiado. El intento de los EUA por lograr la extradición de determinados jefes del cartel de la droga tiene su reacción en una suerte de guerra que invirtió los roles previamente asignados: «La guerra, parcero, la guerra. Tocaba defenderse. Estaban pagando un billete grande al que se bajara a un tombo [policía]».¹⁵⁰ El joven-sicario, quien pasaba de perseguido a perseguidor, obtenía así el respeto que no había recibido anteriormente.

La delimitación de la edad del asesino a sueldo común («generalmente es un muchachito») opera como la puerta de entrada a un mundo que ha inver-

148. Fernando Vallejo, *La Virgen de los sicarios*, Alfaguara, Bogotá, 2001 p. 9.

149. Winston Morales Chavarro, *La Virgen de los sicarios o la ciudad como no ficción*, en *El Abedul*, septiembre, 2008, en <<http://www.elabedul.net/Literatura/index.php>>.

150. Jorge Franco, *Rosario Tijeras*, Bogotá, El Tiempo, 2003, p. 72.

tido por completo su orden natural, adjudicándole al niño y al joven la posibilidad de matar. Un nuevo orden que anula el mito de la inocencia del niño. Vallejo es insuficiente en su crítica a las razones que permitieron el surgimiento de esta realidad. Su texto se limita a reforzar la idea de que un nuevo orden del mal domina a una nueva Medellín. Las cosas son ahora como son. Nada más. El crítico literario Jesús Jambrina lee en *Fernando*, el personaje central –y sorprendentemente autobiográfico– de la novela de Vallejo, un sujeto que despierta con gran desconcierto a la nueva realidad de Medellín. Los carteles la han transformado en un espacio en el que Fernando, el personaje representante de la burguesía local, descubre que «la lógica que sostenía su mundo ya no existe».¹⁵¹

Este nuevo orden al que muchas obras escritas y escenificadas aluden, no ha sustituido *buenos valores* por *malos valores*, sino que ha remplazado los antiguos parámetros que determinaban dichos valores: etnia, clase, origen familiar, por los nuevos: valor, poder violento, dinero en efectivo (y en grandes cantidades). Para *Fernando* se abre un enorme vacío; «su tragedia radica en que sus valores han desaparecido, no solo sus buenos valores (humanismo burgués), sino sus malos valores como pueden ser sus tendencias fascistas (separación racial, represión)».¹⁵² El relato del sicario es entonces la narración de un mundo reordenado en el que las clases dominantes han sido desplazadas por los carteles, grupos en rápido ascenso que cuentan con más dinero y más poder, incluyendo el poder violento del que el orden burgués carece. Asistimos en estos discursos a la narración de ese orden nuevo que desafía las leyes que constituían al orden anterior. El sicario se consolida de esta manera como el signo –mitad ficción, mitad realidad– de esta escritura de violencia que en los distintos relatos intenta dar cuenta de un mundo reordenado de manera forzosa.

Los hasta ahora invisibles jóvenes de las comunas –reclutados por los carteles y las *oficinas* como sicarios– gozan de un poder violento que les confiere una nueva libertad. No obedecen al sistema preestablecido, sino al nuevo orden impuesto por el dinero y la violencia. No trabajan en extensos horarios en las fábricas en las que los demás jóvenes proletarios lo hacen. El sicario, convertido en estas narraciones en un síntoma de esta inversión del orden laboral (y por lo tanto del concepto de éxito), no remite como se creería inicialmente a la eliminación de las jerarquías capitalistas (propietarios, gerentes, jefes, inspectores, supervisores, administradores y demás estamentos de la pirámide empresarial), sino a la sustitución de las mismas por aquellas que el crimen organizado y la violencia mercantilizada han impuesto a través de la autoridad del patrón, el jefe del cartel, el encargado de las *oficinas* o el comandante de matones: «A

151. Jesús Jambrina, *La Virgen de los sicarios: estrategias civilizatorias en la era del desencanto*, La Habana, EICTV, 2005, p. 2.

152. *Ibid.*

Ferney y a Johnefe los contrataron. [...] Después de que probaron finura los ascendieron, les empezó a ir muy bien, cambiaron de moto, de fierros y le echamos un segundo piso a la casa. Así sí daban ganas de trabajar, todos queríamos que nos contrataran».¹⁵³ Los dos personajes hacen «carrera» en el negocio de la muerte; un éxito que en la versión cinematográfica dirigida por Emilio Maillé se visibiliza en las veloces y ruidosas motos que a lo largo de la cinta los sicarios conducen. En otras escenas se hace notoria la presencia de sicarios de origen marginal en las discotecas de élite. La representación del éxito alude a esa nueva libertad masculina, en la que los antiguos grupos de poder se vieron obligados a ceder el mando a los carteles y a sus brazos armados, los sicarios.

Susan Bordo analiza en su investigación la manera convencional de representar tales libertades, según ella «sobre-representadas» en la comunicación visual contemporánea. Al igual que en un comercial que con una imperativa narración *en off*¹⁵⁴ ordena romper con las barreras, las imposiciones y las órdenes, el joven-sicario es empujado a una libertad, en la que no se elimina, sino sustituye al jefe y sus órdenes. El rechazo al trabajo asalariado extenso (jornadas de ocho, diez ó más horas al día) provoca la reacción correspondiente: muchos jóvenes prefieren ser enrolados por los carteles o las oficinas para asesinar a la víctima seleccionada. *To be bossed around* —«ser mandado»—¹⁵⁵ en un trabajo convencional es el temor de estos jóvenes; la alternativa más fácil es una libertad sin límites, la cual paradójicamente ha sido impuesta por los carteles de la droga.

El sistema que excluyó a un determinado grupo de jóvenes, la oferta tentadora por parte de los carteles, la fragilidad del Estado-nación, una marcada cultura (visual) del éxito —ojalá rápido y fácil— son las acciones que repercuten sobre el joven-sicario. La reacción correspondiente es una predisposición relativamente fácil a matar por dinero. Los medios de comunicación suelen entonces limitarse a una narración parcial del fenómeno, enfocados en reproducir únicamente el efecto. No pretendo aquí victimizar o exculpar al joven-sicario, completamente responsable por sus acciones, sino cuestionar un modo específico y, generalmente sesgado, de narrar. El relato de la prensa, seducido por la fascinación de los macabros detalles forenses, omite a través de lo que Germán Rey llama «el relato periodístico del crimen» los más importantes facto-

153. J. Franco, *op. cit.*, p. 72.

154. Narración *en off* es la voz institucional que en la publicidad suele aparecer únicamente en el plano sonoro, lo cual refuerza su efecto manipulatorio. Ver «Cómo vender deseos» en Juan Carlos Pérez Gauli, *El cuerpo en venta, relación entre arte y publicidad*, Madrid, Cátedra, 2000, p. 146.

155. Susan Bordo, *Twilight Zones, The hidden life of cultural images from Plato to O. J.*, Berkeley, University of California Press, 1997, p. 30.

res psicológicos y sociales que son parte inseparable del apareamiento y ejercicio del sicario.

Explicué en los capítulos anteriores que el sicario es apenas una de las partes involucradas en el crimen premeditado, lo cual no reduce o atenúa su participación y responsabilidad, sino que por el contrario, eleva las de los demás actores al mismo nivel delictivo. La narración del sicariato tiende a omitir o minimizar esta corresponsabilidad de todas las partes involucradas, dejando solamente a la figura del sicario en el centro del relato mientras se disuelve en la nada la pregunta central de todo asesinato por encargo: ¿quién ordenó y, por lo tanto, se benefició con el asesinato cometido? El relato del sicario no persigue esa pregunta, se limita tan solo al asesinato.

EL CASTING Y LA PRODUCCIÓN DEL SICARIO

El *sicario narrado* existe de un modo particular en aquel mundo construido por los diversos relatos. Por su manera de operar pasa casi inadvertido en la vida real, por lo que se vuelve visible en el texto escrito o la imagen en movimiento. El joven-sicario de las comunas de Medellín, de quien hemos mencionado anteriormente los cánones de edad, adquiere en la narración visual un cuerpo determinado, empleado frente al mundo de un modo específico. En esta suerte de corporeidad representada de manera literaria y posteriormente cinematográfica es importante detenerse un momento para tratar de entender cómo surgen, se reproducen y se leen los distintos modos de representación del cuerpo.

Las películas escogidas para la presente investigación son producciones con guión adaptado a partir de obras literarias (para cuyo análisis incluí además las respectivas obras). El grupo lo componen *Rosario Tijeras* y *La Virgen de los sicarios*, dos novelas escritas por dos novelistas de Medellín, Jorge Franco y Fernando Vallejo, así como las adaptaciones cinematográficas correspondientes; completa este grupo la serie de televisión *Sin tetas no hay paraíso*, adaptación de la novela publicada en 2005 del escritor colombiano Gustavo Bolívar, quien además escribió el libreto para el canal Caracol. Lo que resulta interesante en las obras mencionadas es la manera como el guionista y el director de la película adaptaron el texto escrito al lenguaje audiovisual. Otra película a la que me referiré brevemente es *Rodrigo D., no futuro* (1990) de Víctor Gaviria, realizada a partir de un guión original.

¿Qué sicarios aparecen en estas obras escritas y visuales? ¿Cómo son descritos y qué se dice de ellos? Los primeros sicarios que aparecieron en el cine colombiano son seguramente los personajes que Víctor Gaviria concibió a

inicios de la década de 1990 para sus películas. Tanto en *Rodrigo D.*, como en *La vendedora de rosas*, asistimos al desfile cinematográfico de sicarios «realistas» y, por lo tanto, peligrosos. Las cintas mencionadas impactaron en el mundo entero –ganando una infinidad de premios en los distintos festivales de cine alrededor del mundo– precisamente por su lenguaje realista cercano al documental. La dirección de arte para los dos filmes halló en locaciones reales de los distintos barrios de Medellín los espacios ideales para el decorado de fondo de estas historias. En ambos casos, Gaviria escogió actores naturales con los que la narración reforzaba su pretensión realista. El resultado fue entonces la aparición y desaparición en la misma cinta de varios jóvenes-sicarios que en los filmes no se ven distintos a los demás jóvenes de los barrios en que habitan. Apariencia convencional para los respectivos espacios urbanos, lenguaje común a los grupos a los que pertenecen (marcada presencia del parlache) y una ausencia total de futuro, marcan el universo de estos asesinos a sueldo. El director omitió acentuar las representaciones físicas de sus sicarios para poder mostrar en detalle el sufrimiento, el abandono y la muerte que formaban parte del día a día de muchos habitantes marginales de Medellín. Gaviria expuso con detalle las reglas que ordenaban ese mundo que a primera vista daba la impresión de ser caótico, pero que en una lectura más detallada revelaba una enorme complejidad en las «leyes no escritas».

El sicario de Gaviria puede ser entendido como un intento del realizador por escenificar al personaje como síntoma de las espirales de violencia que se producen en Medellín. Los primeros asesinatos son por venganza o para probar la hombría del joven. Pasado ese primer escollo, el ejercicio se vuelve un hábito, un trabajo más que se realiza sin mayor remordimiento. Esta «rutinización» del asesinato aparece igualmente en la novela de Vallejo: «el padre vino a saber que el muchacho era de profesión sicario y que había matado a trece, pero que de éstos no se venía a confesar [...] que se confesara de ellos el que los mandó matar. De ése era el pecado, no de él que simplemente estaba haciendo un trabajo, un camello».¹⁵⁶ El sicario es entonces apenas una de las partes de una gran maquinaria de destrucción y descomposición social cuyos efectos se visibilizan en las secuelas mortales de la violencia. La narración de Gaviria devela un mundo descompuesto en todos sus niveles, un mundo en el que los sicarios son apenas uno de los tantos síntomas que remiten a las complejas estructuras de violencia que han transformado a la ciudad. Sus películas se inscriben entonces en ese género de cine al que desde hace algunos años se denomina *cine de la marginalidad* y a través del cual –nos dice el crítico argentino de cine Raúl Finkel– «nos mandaron una cruda postal de una sociedad desintegrada, desin-

156. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 32.

teresada de sí misma, cada vez más llena de márgenes». ¹⁵⁷ El joven-sicario del cine de los 90 es parte inseparable del paisaje de esa postal.

Los imaginarios cinematográficos del sicario de Medellín que aparecieron en esos años –reforzados con publicaciones como las de Alonso Salazar o Arturo Alape– hablaban de un sicario violento y frágil al mismo tiempo. Si un joven asesinaba con disparos a un hombre en una escena determinada, en la siguiente secuencia era acribillado por las balas del próximo sicario. La valentía y determinación con la que se mataba en un momento dado desaparecía al poco tiempo. La sensación de finitud que una película conlleva en su proyección –un largometraje suele durar entre 90 y 120 minutos– impone la idea de que las balas disparadas en un momento de la película atraviesan los cuerpos de sus víctimas, rebotan en la madeja de paredes laberínticas de los barrios olvidados para regresar en un momento dado y atravesar el cuerpo de quien las disparó. El espectador queda entonces con la sensación de que en el mundo del sicario de barrio ni a las balas se les debe confiar.

El sicario del primer cine de sicarios, especialmente el de Gaviria, diseminó la idea de un gran cuerpo entendido como el sicariato, la forma más perversa del asesinato, que iba encarnándose por breves instantes en los distintos cuerpos de los jóvenes a través de los cuales mataba. Lo que en realidad se representaba era el sicariato. Escenificado como una forma de enfermedad contagiosa que, aunque invisible, constituía una gran nube que de repente se desplomaba sobre su siguiente «sirviente». El cuerpo del joven era secuestrado para obligarlo a sostener un arma sin saber para qué y por qué. Este discurso de representación tiene dos facetas. Por un lado remite a una violencia mayor, orquestada y financiada por los grupos de la droga, en la que el joven era reclutado, manipulado y explotado para los fines del cartel. Una narración que logra imponer una mirada más amplia al fenómeno del asesinato por encargo. Por otro lado, este relato intenta eximir al joven-sicario de su culpa, al menos de una gran parte de la misma, mientras fracasa en su intento de explicar por qué en medio de una violencia tan generalizada existen aún considerables cantidades de jóvenes que no llegan a formar parte de estos circuitos de violencia.

Hay un paso significativo entre las dos películas de Gaviria. En *Rodrigo D.* los asesinos a sueldo aparecían, mataban y morían en secuencias relativamente cortas. Desde el desarrollo dramático, este sicario narrado no llegaba a exhibir sus distintos rasgos psicológicos: su duración en pantalla, y por ende su vida dramática, eran breves. Ello hacía imposible el desarrollo del personaje a lo largo de la película. Es por esta razón que en su segundo filme, *La vendedora de rosas*, aparece el personaje de la niña a través de la cual se narra la

157. Raúl Finkel, *Tener o no tener-Cine, trabajo y marginalidad*, en *En Marcha*, No. 36, Buenos Aires, mayo de 2004.

violencia del entorno. Es su punto de vista el que perdura a lo largo de las casi dos horas de película.

Prácticamente una década más tarde, en *Rosario Tijeras* aparecen fundamentalmente dos sicarios muy similares a los que Gaviria había llevado al cine: *Johnefe*, el jefe del comando de sicarios que opera bajo las órdenes de la oficina y *Ferney*, uno de los más peligrosos sicarios del grupo de *Johnefe* y antiguo novio de Rosario. En el texto escrito existen pocas referencias al aspecto físico de estos dos matones. Se mencionan tan solo algunos rasgos del carácter en medio de una descripción general de conductas:

Qué va, él [Ferney] ha cambiado mucho —dijo ella—. Si lo hubieras conocido antes ahí si te hubieras asustado. Imagínate que una vez, cuando éramos novios nos fuimos para cine [...] atrás se sentó un tipo que desde que llegó no paró de comer papitas y el ruidito ya tenía loco a Ferney [...] Ferney insistió: —Disculpe, jefe, nos está molestando el ruido de la bolsita, [...]— El tipo ni se inmutó, pero el que si se emberracó duro fue Ferney. Se volteó del todo hasta que tuvo al tipo de frente, sacó el fierro, se lo incrustó en la barriga y disparó.

Esta narración hecha por Rosario a Antonio es uno de los más extensos pasajes de la novela en lo que a descripción de personajes se refiere. Aún así, no hay ninguna alusión a la estatura, al tono de la piel, a la manera de hablar, al peinado, a la ropa o a algún otro detalle que permita determinar los rasgos visuales para la puesta en escena del filme. Tanto el director de la película, como su equipo de arte y decorados, tienen libertad para aprovechar esta ausencia de elementos descriptivos. Si uno mira entonces la película resulta extremadamente llamativa la manera en que finalmente fueron caracterizados¹⁵⁸ los dos personajes.

Tanto *Ferney* como *Johnefe* son dos tipos que por sus gestos, modos de hablar y vestir pueden —y según la dirección de la película deben— provenir de los más bajos estratos de Medellín. El director parece haber querido remarcarlo a través del «mal gusto» con el que están vestidos ambos matones. Una camiseta interior tipo BVD, una pequeña cola de cabello, un mechón teñido de rubio, exceso de collares, pulseras y escapularios remiten a gustos populares o incluso vulgares. Parte del *look* estéticamente cuestionable es la mezcla ecléctica de elementos de diferentes épocas (70, 80 y 90), estilos (deportivo, *hard core*, metal, folclórico), colores (pasteles, saturados) y diseños, unida a una piel canela o mestiza que ineludiblemente remite al origen social de tipo rural y campesino.

158. La caracterización visual de un personaje cinematográfico implica el desarrollo de determinados rasgos de su carácter a través del vestuario, el peinado y el maquillaje, los gestos, las formas de movimiento y expresión, etc. El proceso inicia con el *casting* —la selección (visual) de un actor que se asemeje al personaje—.

El sicario es peligroso, pero en la versión fílmica además está desprovisto de clase, de estilo. Sin siquiera proponérselo, ha sido ubicado en al ámbito de la barbarie, antagónica por esencia a la civilización que amenaza.

FIERROS Y PENES

No pretendo hacer en la presente investigación un juicio de valor de la apariencia, sería muy arriesgado pretender una clasificación que intente dar cuenta de lo apuestos o atractivos que los sicarios del filme *Rosario Tijeras* pudieran ser. Aún así, queda claro que el director del filme, el mexicano Eduardo Maillé, se esforzó para que a nadie le pudieran parecer guapos o atractivos los dos matones. Entre sus fotogramas se logra escabullir como polizone la gasta-da presunción según la cual los matones deben ser feos como la misma muerte. El sicario debe inspirar miedo, y por lo tanto, no puede, ni debe gustar a nadie. La intencionada mezcla explosiva entre pobreza y violencia da como resultado una fealdad incuestionable. Un ejercicio que permite leer la influencia de la moral cristiana encargada de moldear las apariencias de los demonios que en vez de encarnar el bien, lo amenazan.

El bien y el mal ven rápidamente difuminada la frontera que los separa a través de este tipo de relatos. El investigador norteamericano, Garth Baker-Fletcher ha estudiado las maneras en que el negro norteamericano ha sido representado a lo largo de importantes períodos de la historia de la imagen de los EUA. Llegó a la conclusión que frecuentemente se inscribían en la representación del sujeto «nociones de bestialidad que cargaban al [esclavo] africano con la idea de que éste era incapaz de entender el bien».¹⁵⁹ Sustituyamos las palabras *africano* por *sicario* y habremos hallado una interpretación muy certera de las maneras de representar al sicario en filmes como los que he seleccionado.

El trabajo de Maillé deja entrever los referentes imitados o apropiados a partir de otras representaciones, con lo que hemos ingresado al mercado de imaginarios, una esfera en la que se (re)producen, circulan y consumen las representaciones que en un determinado momento se han hecho de un fenómeno, de un sujeto o de un grupo humano (indios, afros, mujeres, clases populares, etc.). Los directores de cine posteriores a Gaviria hacen uso de lo hallado por este director. En una suerte de metarelato, directores como Eduardo Maillé ya no acuden a la realidad para hallar los elementos necesarios para sus relatos,

159. Garth Baker-Fletcher, «Black Bodies, Whose Body», en Bjoern Krondorfer, edit., *Men's Bodies, Men's Gods: Male Identities in a (Post) Christian Culture*, Nueva York, New York University Press, 1996, p. 92.

sino a la inmensa bodega de imaginarios –frecuentemente estereotipados– de determinados actores sociales y las realidades que posiblemente les corresponderían. Antes que crear, se recrea lo creado por otros. La representación se vuelve un acto violento que estereotipa al sujeto representado. Un ejercicio que llevado a la exageración podría hacer que, en un futuro no muy lejano, la industria cinematográfica publique un manual del estereotipo social que facilite la caracterización de estos personajes-sociales. Las páginas describirían a modo de identikit las maneras en que estos personajes deberían vestir, caminar y hablar.

Autores como Jorge Franco advierten este relato autorreferencial sobre narraciones precedentes y buscan la ruptura del mismo. Su novela Rosario Tijeras, introduce a un personaje femenino (Rosario) que alterna su trabajo entre el oficio de sicaria y el de prostituta. Al igual que en *La Virgen de los sicarios*, la proximidad entre la muerte y el placer sexual es evidente. Antonio, el mejor amigo de Emilio –joven aristócrata de Medellín envuelto en un romance con Rosario– tiene en una de las escenas de la película el siguiente diálogo:

Antonio: —*Dicen que has matado a 200 y que por cada muerto cobrás un millón.*

Rosario: —*¿Si? ¿Y qué más dicen?*

Antonio: —*Que para acostarte con alguien cobrás dos millones...*

La ruptura de los modos convencionales de representar al sicario que Franco persigue está diseñada casi exclusivamente para la construcción de sus personajes. Los entornos de violencia mantienen su propia lógica implícita por ejemplo en la respuesta final de Rosario en el diálogo arriba reproducido: Rosario: *Sí, cobro el doble. Es que amar es más difícil que matar [...].*

El escritor ubica los relatos preestablecidos del sicario y, en un proceso de fagocitosis literaria, los digiere para crear a partir de lo extraído un relato que, a través de la deconstrucción, da vida a nuevos personajes como el de Rosario. Este ejercicio implica la anulación momentánea del poder masculino y su transferencia a lo que tradicionalmente se ha entendido como el opuesto al hombre y a su hombría: la mujer / lo femenino. Ni Emilio, el adinerado joven de clase alta, ni Johnefe, el comandante de sicarios, tienen poder alguno sobre Rosario quien, a diferencia de los demás personajes de la novela, ejerce la violencia como forma de defensa y de supervivencia: «Un vecino de más arriba, casi donde termina el barrio, fue la primera víctima de Rosario Tijeras. Por él le pusieron el apodo y con él aprendió que podía defenderse sola, sin la ayuda de Johnefe o Ferney. Con él aprendió que la vida tenía su lado oscuro, y que ése le había tocado a ella».¹⁶⁰

160. J. Franco, *op. cit.*, p. 34.

Surge entonces a través de relatos como el de Franco una forma alterna de representar la violencia masculina, en este caso, reapropiada por un personaje femenino. Rosario –la mujer– tiene una vagina peligrosa que se complementa a la perfección en el trabajo de asesinar con aquel «pene automático de 9mm» que lleva en su delicada y elegante cartera. Algo similar a lo que Baker-Fletcher considera un proceso que sustituye anteriores formas de representación de la violencia: «La reconstrucción [entendida como destrucción de los cánones precedentes y un ejercicio por crear de nuevo] de la masculinidad no implica demostraciones de violencia como exhibición de la fuerza <masculina>».¹⁶¹ Contrario a esta idea, según la cual hoy la representación visual de la masculinidad debe dejar atrás los tradicionales modos de representar al (potencialmente violento) cuerpo masculino, estas representaciones de los sicarios hechas por Maillé en la versión fílmica recurren a la imagen ya gastada del cuerpo masculino en el que la violencia ha sido llevada a flor de piel.

El juego de la representación masculina adquiere una cierta perversión en el momento en que la clase social toma parte en la caracterización, sin llegar a insinuar una competencia en el plano sexual. Imitando el trabajo de Gaviria, los sicarios que provienen de los barrios peligrosos son representados –para mayor realismo– por actores, generalmente sin estudios formales de actuación, que provienen de dichos barrios. Lo extraño del proceso de puesta en escena es el hombre marginal representando a un personaje (otro hombre marginal) a través de un guión escrito por un autor de otro estrato social. La paradoja remite inevitablemente al «man on display» (hombre en exhibición) que surge en el análisis que Baker-Fletcher hace de las primeras películas en las que personajes negros recitaban parlamentos escritos por blancos, lo que deja en claro para ambos casos que: «este hombre [esclavo negro o sicario] convertido en exhibición existía para consumo y diversión».¹⁶² Lo más importante del relato de Franco y la puesta en escena de Maillé resulta la ausencia total de comparaciones entre el desempeño sexual de una u otra clase social. Más allá del placer que Rosario vive en manos de su aséptico amante de clase alta y del negocio que implica acostarse con los altos mandos de los carteles (*ellos*), nada sabemos sobre su apreciación del placer sexual.

¿Acaso los sicarios de la película son tan feos que se convierten en el rasgo de fealdad del entorno social del que provienen? Una de sus funciones es la de contrastar con la sensual belleza de Rosario (la actriz es Flora Martínez) fabricada para la cinta. ¿Sería posible pensar que de los barrios marginales de Medellín surgieran sicarios hermosos, atractivos y deseables? Aparentemente existe un discurso previo que presupone que todo criminal del bajo mundo

161. *Ibid.*, p. 67.

162. *Ibid.*, p. 72.

debe ser feo, poco atractivo, no deseable. Parecen escucharse las palabras «la pobreza es fea, porque vive en barrios feos». *Chabacanos, cholos, guacharnacos, lobos, sureños, chechos, de fea pinta, fachosos, malandrosos, harapientos, malencarados*, suele llamarse desde los estratos superiores a los que habitan estos *feos* espacios urbanos. Geoffrey Kantaris cita en su investigación sobre la violencia en el cine latinoamericano contemporáneo a Doreen Massey, para quien «la identidad de un lugar no proviene de la interiorización de una historia común, sino mayormente al tipo de relación que se tiene con el mundo exterior a ese lugar».¹⁶³ Los sujetos vestidos con su propio look, por lo general entendido como un collage a partir de lo que encuentran, reciclan, roban o reciben como caridad, se ven impedidos de despertar deseo alguno en las mujeres de las clases sociales superiores.

La desobediencia a las normas generales del buen vestir —una forma de normalización de la vestimenta que deportistas, modelos y artistas de escasos recursos económicos suelen acoger rápidamente para sus apariciones mediáticas— conlleva la expulsión irremediable del circuito de aceptación. Desde la perspectiva de la moda nada combina, lo que hace que el cuerpo del sicario sea llevado al margen de la esfera de las representaciones corporales del mercado, y por lo tanto, del deseo. El que no viste como debe no liga con nadie y no existe. No funcionan estéticamente —fuera de todo *trend*— ni los abyectos modelos de las distintas prendas que no han sido concebidas por diseñador alguno, ni sus colores. Los «accesorios» son remarcados permanentemente: cicatrices, peinados grotescos, tatuajes, joyas exageradamente abultadas y por lo tanto obviamente baratas; suelen ser elementos que permiten «decorar» al malo que aparece en estos productos audiovisuales.

La representación de la disfuncionalidad del vestido del sicario, remite a la disfuncionalidad de su cuerpo. Bajo esas capas de mal gusto, se alberga un cuerpo de mal gusto que no despierta apetito sexual. Del mismo modo en que la ropa de diseñador insinúa un cuerpo apetecible, el ropaje chabacano anuncia un cuerpo que anula la pasión. El problema no solo nace de *qué* es lo que porta el cuerpo del sicario, sino además en la ausencia total de variedad en el vestir. A diferencia de Emilio que, a parte de vestir bien y a lo largo del filme siempre con otra ropa, Ferney, el sicario «más malo y peligroso» de la película, está vestido durante toda la cinta —situada en el transcurso de varios meses— con la misma ropa: un pantalón suelto y desgastado de color oscuro y una chaqueta negra de cuero. La incapacidad de variar la vestimenta remite a la incapacidad de ofrecer variedad sexual a la pareja. Para Alexander Elster, «la moda se remonta a la

163. Doreen Massey en Geoffrey Kantaris, *The Young and the Damned: Street Visions in Latin American Cinema*, en Stephen Hart, edit., *Contemporary Latin American Cultural Studies*, Londres, Arnold, 2003.

necesidad humana de la variación erótica; sería la relación erótica hombre-mujer la que ha determinado el fenómeno de la moda, así como su desarrollo».¹⁶⁴ Contrario al inmenso y variado armario al que las distintas y novedosas prendas de vestir de Rosario remiten, la vestimenta repetida, monotemática del matón está concebida para no despertar deseo alguno en el espectador.

Maillé no se queda en la construcción / reproducción de este discurso monstruizante del sicario de barrio. Su dirección explota estos imaginarios para reforzar el discurso erótico-comercial al que Rosario debe responder. Para ello contrapone esta fealdad masculina a la hermosura canónica (esbelta figura, pechos grandes, piernas largas, etc.) –incluso más letal que la de los matones varones– de una Rosario demasiado parecida al estereotipo de la modelo de pasarela. El hombre que mata debe ser feo, la mujer asesina en cambio debe ser hermosa y sensual, como la muerte. Cercanía y distancia de dos impulsos fundamentales en la vida: Eros y Tánatos. Ana Lucía Brass define la relación así: «Eros representaría un principio de cohesión consistente en crear unidades cada vez mayores y mantenerlas: es la ligazón; el fin de Tánatos es por el contrario, disolver los conjuntos y, de este modo, destruir las cosas».¹⁶⁵ En el asesinato y la seducción a cargo de Rosario Tijeras, al igual que en el personaje de *La Virgen de los sicarios*, el atractivo y sensual Alexis, amante de Fernando, operan permanentemente ambas fuerzas. Pasión y muerte, amor y miedo, placer y asco.

Fernando desprecia la violencia que ha secuestrado a Medellín, y con ella los sicarios que en ella asesinan; aún así ama y desea a su sicario más de lo que lo puede censurar: «Ni tiempo tuve de detenerlo. Corrió hacia el hippie, se le adelantó, [...] sacó el revólver y a pocos palmos le chantó un tiro en la frente [...] ¡cuántas veces no he pasado la escena por mi cabeza en ralenti! Veo sus ojos verdes viéndolo. Verdes turbios. Embriagados en lo irrepetible del instante».¹⁶⁶

Alexis ha asesinado al vecino que los molestaba con su música punk, un gesto que obedece al deseo de complacer a Fernando, su amante, y que éste corresponde con un intenso deseo así: «Y mi niño [Alexis] se levantaba desnudo como un espejismo de las Mil y Una Noches».¹⁶⁷ La hermosura del sicario posterga todo debate moral que las atrocidades del asesinato exigen. En ciertos instantes vence Eros, en otros Tánatos.

El sicario de la última década (1995-2005) deja atrás al sicario-monstruo poseído únicamente por Tánatos. En este sicario literario de la ruptura –Rosario y Alexis son sus máximos exponentes– Eros y Tánatos poseen al sujeto por

164. «Alexander Elster», en Nicola Squicciarino, *El vestido habla: consideraciones psico-sociológicas sobre la indumentaria*, Madrid, Cátedra, 1998, p. 157.

165. Ana Lucía Brass, *Eros y tanatos, una tensión inevitable*, Buenos Aires, Instituto Glauco, s.f., p. 1.

166. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 25.

167. *Ibid.*, p. 26-27.

igual. Aunque la hermosura de Rosario se ubica en la proximidad de determinados modelos de belleza convencionales, es también la portadora de la idea de una mujer que mata con inusitada frecuencia («cada vez que Rosario mataba [...]»).¹⁶⁸ Algo similar, aunque con mayor trasgresión, sucede con el Alexis de Vallejo. Su belleza es la de un niño en todo el sentido de la palabra, con lo cual, ya en el frágil territorio de la perversión pornográfica con menores de edad, la sentenciante mirada abandona el escenario criminal y penal en el que había enmarcado al asesino a sueldo y se vuelve hacia Fernando, el personaje cincuentón que incita y tolera esta relación. Una propuesta literaria que considera al crimen digerible y tolerable si quien asesina es bello y sensual.

La idea recurrente en la literatura o el cine de una muerte encarnada en una bella mujer fue aprovechada y desarrollada anteriormente por directores como Eliseo Subiela.¹⁶⁹ Rosario es entonces la muerte que seduce y atrapa con su belleza; antes de matar besa a sus víctimas. Un beso mortal que une a la vida y a la muerte por un instante. «—Siento lástima por ellos —nos explicó Rosario—. Creo que se merecen al menos un beso antes de irse»,¹⁷⁰ sentencia el personaje en la novela. En la película aparece una escena en la que un sicario de la banda de Ferney desafía y humilla a Rosario. Llena de enojo ella lo hala hacia su rostro, le pasa la lengua por la cara y lo besa. El espectador ha caído en la trampa: mientras intuye una escena de pasión que podría desembocar en sexo, suena un disparo que no vemos, pero que instantáneamente nos devuelve a la realidad. La muerte que brinda Rosario es bella, la de los sicarios varones es cruel. Jorge Franco ha logrado de esta manera una ruptura con los anteriores cánones de representación del sicario de las comunas de Medellín, como aquellos que se perciben en películas como *Rodrigo D.* o *La vendedora de rosas*, en los que harapientos y sucios malandros matan «sin estilo y sin sensualidad».

La otra ruptura en cuanto a representación del sicario es la que hace Fernando Vallejo. Su personaje protagónico, Alexis, es un joven menor de edad, homosexual y violento en extremo. Vallejo lo hace un personaje simple, por momentos niño: «Se pasa ahora el día entero mi muchachito ante el televisor cambiando de canal cada minuto. [...] Sólo se detiene en los dibujos animados»¹⁷¹ y por momentos violento, agresivo, en fin sicario: «Yo te lo mato —me dijo Alexis con esa complacencia suya».¹⁷² Al personaje central de la novela parece excitarlo el poder violento de su joven amante. El «fierro» (revólver) se convierte entonces en una metáfora del pene: «Déjame que la próxima vez

168. J. Franco, *op. cit.*, p. 19.

169. «El lado oscuro del corazón», Argentina, 1992, 127'.

170. J. Franco, *op. cit.*, p. 42.

171. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 22-23.

172. *Ibid.*, p. 25.

saco el fierro».¹⁷³ La masculinidad convencional (heterosexual, adulta, blanca) es sustituida por esta nueva *otra-masculinidad* (mestiza, homosexual, menor de edad y por lo tanto censurada) manteniéndose como único elemento violento el asesinato que se comete por encargo o por impulso.

La posición ética de Vallejo frente a la violencia general, y en especial aquella generada por los sicarios, es muy ambigua. Por momentos es posible creer que ante el inconmensurable universo de violencia que reina en Colombia, los sicarios son exculpados por el autor como simples actores manipulados por los altos mandos de las organizaciones más violentas; victimarios victimados. Para la voz narrativa de la novela son asesinos que serán asesinados en cualquier momento: «vivos hoy y mañana muertos que es la ley del mundo, pero asesinados: jóvenes asesinos asesinados».¹⁷⁴ La violencia es descrita como algo tan inmenso e incontrolable que desborda toda posibilidad de reacción, todo orden lógico del mundo en que vivimos. Vallejo condena entonces no al joven-sicario, sino a un Estado ausente, corrupto y por lo tanto de espaldas al crimen y a la violencia: «Los treinta y cinco mil taxis comprados con dólares del narcotráfico porque de dónde va a sacar dólares Colombia si nada exporta porque nada produce como no sea asesinos que nadie compra».¹⁷⁵

En otros pasajes de la novela la sentencia condenatoria pronunciada por el narrador que no logra entender el absurdo número de asesinatos es imperdonable: «transmitiendo noticias optimistas sobre los treinta y cinco que mataron ayer, quince por debajo del récord, [...] sabrá dios que es el que ve desde arriba. Nosotros aquí abajo lo único que hacemos es recoger cadáveres».¹⁷⁶ Para la crítica literaria Ana Serra, Vallejo presenta las dos caras de una misma moneda, reservando el juicio de valor acerca de las muertes y de los sicarios que las causan al lector: «El material está dispuesto de manera fragmentada, para que el lector interprete por sí mismo. Es por esto que el libro podría leerse como una celebración monstruosa de la violencia, o como una devastadora denuncia, cuya ira participa de la fuerza performativa de los agresores».¹⁷⁷ Este carácter ambiguo fue adaptado en la versión cinematográfica de Barbet Schroeder. La película muestra a sicarios dulces, tiernos e inocentes. Lejos han quedado aquellas representaciones estereotipadas del malo, asesino, traficante o secuestrador, que para exhibir y acentuar su esencia de maldad tiene un ojo de vidrio, un parche, una cicatriz, el rostro quemado o una prótesis en vez de mano. Los nuevos «malos» del cine, y en especial del cine de sicarios de Medellín, son

173. *Ibid.*

174. *Ibid.*, p. 11.

175. *Ibid.*, p. 22.

176. *Ibid.*

177. A. Serra, *op. cit.*, p. 65-76.

hermosos jóvenes en cuya corporeidad no calza maldad alguna. Los cuerpos semidesnudos, desprovistos de vello alguna que simule la adultez, se convierten en portadores de un discurso cuasi exculpador. ¿Puede el cuerpo de un bello e inofensivo joven ser letal? ¿No será acaso que este cuerpo hermoso ha sido secuestrado por el narcotráfico y la complicidad del Estado corrupto e inoperante para fines violentos?

Más allá de toda clasificación que divida el amor y el placer en heterosexual o en homosexual, los cuerpos masculinos de los jóvenes-sicarios de *La virgen de los sicarios* son cuerpos para admirar, para amar y para desear. El conflicto ético surge cuando esos cuerpos gustosos portan y accionan el arma de fuego que asesina a otro ser humano. La provocación ontológica de Vallejo y posteriormente de Schroeder surte efecto: es fácil condenar a un monstruoso asesino de repugnante apariencia por sus crueldades, pero resulta casi imposible culpar –menos difícil aún es el acto de perdonar– al hermoso joven-sicario.

La historia de amor entre el cincuentón Fernando, que ha vuelto a Medellín a morir, y Alexis, el joven-sicario abandonado en el mundo buscando a alguien que lo ame, se mueve entre lo patético y lo admirable. Al tiempo que parece atraer las miradas críticas sobre el amor prohibido (por homosexual y pedófilo), simula una falsa distracción del tema de fondo: la violencia atroz que en un momento dado puede llegar a ejercer el joven-sicario. Sutilmente oculta en una bien hilvanada estructura dramática; la trampa funciona a la perfección haciendo que el lector / espectador se distancie del *plot* romántico para retornar a su conflicto ético y moral. ¿Es posible condenar el amor prohibido sin censurar la violencia? ¿Qué resulta más provocador para el lector o espectador de *La Virgen de los sicarios*, los fierros con los que los sicarios asesinan por encargo, o los penes con los que mutuamente se arremeten Fernando y Alexis?

El ejercicio de Vallejo puede ser leído como una dinámica que alterna la ficción con la descripción realista. El poder de la reflexión radica en los ambientes que crea el escritor. En las situaciones de los personajes se entremezclan permanentemente Eros y Tánatos como inseparables rasgos de humanidad de los personajes. Vallejo insiste en hacer creer al espectador que él como autor y como personaje no es más que portador, reproductor de una historia determinada y que no se trata de ningún punto de vista específico. El investigador Winston Morales escribe que «Fernando Vallejo no recrea, no reinventa, no ficciona. Su pluma es un espejo, un escalpelo que disecciona los pliegues y las carnes de un país que esconde sus lipomas, sus tumores, sus excrecencias».¹⁷⁸

178. W. Morales Chavarro, *op. cit.*, p. 3.

EN EL NOMBRE DE LA MADRE, DE LA HIJA Y DEL ESPÍRITU SANTO DEL CARTEL

Como explicamos en el capítulo anterior, el sicario no habita un mundo de caos y desorden, sino por el contrario uno en el que las principales leyes que rigen y direccionan su accionar son simples, pero inquebrantables. Los distintos relatos que se ocupan del sicario abordan de distintas maneras las figuras que encarnan dichas leyes: la madre, la hermana del sicario y el cartel u oficina son entonces los principales referentes del universo moral para-jurídico y por lo tanto de conducta del sicario.

El culto a la madre –tanto a la biológica, como a la Virgen María– parece estar en la punta de la pirámide del respeto. En los entornos de pobreza en los que nace y crece el joven-sicario suele estar ausente el padre. En la gran mayoría de testimonios recogidos por Salazar, por Alape o por Castaño se comprueba esa ausencia paternal que refuerza la presencia de la madre en todos los niveles. Una condición que no solo convierte a ésta en la única responsable de la crianza y educación del joven, sino que además debilita o anula la influencia de referentes masculinos. La respuesta por parte del joven está dentro de lo esperado: se venera y respeta aquella figura religiosa que más se acerca a los imaginarios de representación de la madre, La Virgen, y ello a pesar de la considerable cantidad de divinidades y santos de ambos sexos que la religiosidad católica popular ofrece a sus creyentes. Aunque a la par de La Virgen María están las distintas representaciones del Cristo católico (Jesús del Gran Poder, El divino niño, el Señor de la Misericordia, etc.), se lee en las fuentes escritas y visuales una marcada preferencia del joven-sicario de Medellín por venerar a *La Madre de Dios*. El culto a La Virgen, reapropiado en las últimas dos décadas por las clases populares de Medellín, es descrito por Vallejo así:

La Virgen de Sabaneta [cerca a Medellín] hoy es María Auxiliadora, pero no lo era en mi niñez: era la Virgen del Carmen [...] cuando regresé a Colombia presencié como un tumulto llegaba los martes a Sabaneta de todo los barrios y rumbos de Medellín adonde la Virgen a rogar [...] y entre esa romería tumultuosa los muchachos de la barriada, los sicarios.¹⁷⁹

El mismo escenario es recogido en la investigación de José Alejandro Castaño:

En Sabaneta, un municipio vecino de Medellín, al sur del Valle de Aburrá, se popularizó el templo de Santa Ana, consagrado a María Auxiliadora, a quien los sicarios le concedían un don especial para afinarles la puntería y aumentarles

179. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 9-10.

la sagacidad. Allí, los martes, día destinado a venerar a la divina intercesora, el canasto de las ofrendas también se llenaba con fajos de dinero.¹⁸⁰

La veneración a la Madre de Dios se reproduce en el trato para con la propia madre. El sicario y Jesús comparten entonces una misma condición, la del Cristo cuya madre doliente sufre por el dolor de su hijo. El impulso más importante del sicario es de esta manera la responsabilidad que siente por hacerse cargo de ese dolor, y por lo tanto, por mitigar el sufrimiento de su madre. Una buena cantidad de testimonios recogidos confirman esta idea: «Las madres, que se preocupan y sufren, vienen y me comentan los casos en los que el hijo asesina por encargo. Pero, en ocasiones, cuando ellos les dan plata se vuelven más tolerantes».¹⁸¹ En la miniserie *Sin tetas no hay paraíso* se describe esa relación entre *Byron*, el sicario, y su madre Hilda. El joven, dedicado desde hace unas semanas al asesinato por encargo, personifica la importancia de «ganar dinero fácil y rápidamente, [...] para ayudar a su mamá en la casa».¹⁸² Castaño contrapone la madre al carácter violento del hijo sicario y resume dicho imaginario de la siguiente manera: «la única figura inmune a la ferocidad de los sicarios era la madre, a quien se veneraba y por quien, repetían, estaban dispuestos a todo, incluso a morir en misiones suicidas a cambio del dinero suficiente para dejarla viviendo como una reina».¹⁸³

La novela de Jorge Franco y su versión para cine amplían esa relación madre e hijo a aquella que el sicario tiene con su hermana. Franco concibe un tenso y extraño triángulo entre Rosario, su amante Emilio y su hermano Johnefe, quien solo recibe órdenes de la oficina. Al mismo tiempo tiene tal ferocidad y predisposición para asesinar que podría asesinar a Emilio sin mayor esfuerzo. Lo interesante de esta relación no es la tensión entre Emilio y Johnefe, sino a la influencia determinante que Rosario tiene sobre su hermano: «—tranquilo —me respondió— mi hermano ordenó que no nos tocaran. —No es que el tipo hubiera querido proteger a Emilio [...] Era por ella, porque los deseos de su hermana eran órdenes. El «terror de las comunas», el subalterno que empanicó a Medellín, caía rendido, chocheando con los caprichos de su hermana menor». En una suerte de círculo matriarcal, la hermana se convierte en la heredera del carácter divino de la madre virginal.

La Virgen está para escuchar las plegarias y conceder favores. Su tarea divina es la de realizar milagros, incluso aquellos que implican complicidad en los asesinatos: «¿Qué le pediría Alexis a la Virgen? Dicen los sociólogos que

180. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 27.

181. Testimonio del Padre Jorge Galeano, en A. Salazar, *No nacimos...*, p. 115.

182. En <<http://www.canalcaracol.com/produccion.aspx>>.

183. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 24.

los sicarios le piden a María Auxiliadora que no les vaya a fallar, que les afine la puntería cuando disparen y que les salga bien el negocio».¹⁸⁴ Para pedir un milagro no hace falta nada más que la fe personal de cada uno. En ningún momento se ha escuchado que los favores pedidos deben ser *buenos*, ello parecería implícito, pero no por ello sobreentendido. La Virgen opera entonces como un símbolo de lo *inalcanzable* que puede convertirse en algo *alcanzable*. La razón como modo de explicación frente al fenómeno del milagro solicitado y concedido queda relegada; como tal, y a decir de Louis Dupré, «los símbolos religiosos [...] como todo símbolo, son tan polivalentes que ninguna interpretación racional única podría agotar su significado».¹⁸⁵ No existe un manual para pedir favores divinos, menos aún la presuposición de que todo favor debe perseguir acciones del bien, y no del mal. El valor simbólico de la Virgen es tan general que no se deriva del mismo su especificidad. «En efecto, entre menos específico sea un símbolo [por ejemplo la Virgen], más rico será su significado simbólico»,¹⁸⁶ entendiéndose por estos últimos las distintas prácticas que con la veneración se justificarían. Entre ellas el sicariato.

El sicario que acude a la iglesia a rezar y pedir a la Virgen detiene por un instante la vida y el sufrimiento que en ella existe. Mientras realiza la plegaria inicia un rito religioso que trasciende más allá del tiempo, entendido por Dupré como un *nivel de relación ritual* consigo mismo que influye en la vida —otorgando confianza y valor— sin llegar a ser parte de la misma: «Los ritos articulan la vida real, la moldean en formas restrictivas, pero jamás se confunden con ella».¹⁸⁷ La «lógica natural» en términos de familia, y por lo tanto de la vida, ha sido transmitida a través de los relatos bíblicos, las escrituras de diversa índole y, en general, a través de la palabra religiosa que el joven-sicario ha escuchado a lo largo de su corta vida. Este universo simbólico incluye «una reflexión inicial y profunda sobre la experiencia del mundo»¹⁸⁸ en la que el sicario busca entender las fuerzas que rigen estos espacios violentos. Ello se logra a través de la plegaria que le permite pasar de un nivel tipo a otro de tipo *simbólico/atemporal* de la realidad en que vive. En la película, Rosario frota las balas de su hermano contra la imagen de la Virgen, al mismo tiempo, Johnefe bebe aguardiente con pólvora.

La madre y la hermana componen de esta manera el único rasgo de debilidad de la dimensión masculina del sicario que en su condición de macho socialmente reconocido sería tolerable. El sicario que se presenta con áspera

184. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 17.

185. Louis Dupré, *Simbolismo religioso*, Barcelona, Herder, 1999, p. 60.

186. *Ibid.*

187. *Ibid.*

188. *Ibid.*, p. 59.

dureza frente a otros hombres, aparece vulnerable ante la imagen de la madre, sea esta real o divina. Regina Harrison advierte en prácticas culturales de este tipo —y por añadidura en sus correspondientes representaciones— una clara asignación de roles para la mujer, concebida para satisfacer los deseos y los temores del macho. En relación al macho latino, Harrison dice que «los roles de las mujeres, comprensiblemente, son paralelos a esta imagen [del hombre duro]; las mujeres son miradas como «santas» o como «pecadoras» para satisfacer las expectativas masculinas».¹⁸⁹

El gran ausente en las distintas representaciones de los textos o las películas es, sin lugar a duda, la ya mencionada figura del padre. En prácticamente ninguna de las novelas publicadas, ni en sus adaptaciones fílmicas aparece el padre de un sicario. La miniserie *Sin tetas no hay paraíso* muestra desde el inicio una familia incompleta, en la que la madre cumple las funciones de padre y madre. Lo interesante de los niveles simbólicos descritos por Dupré, resulta en la lectura de la relación con el tercer elemento del universo de los respetos: el *cartel* o la *oficina*. Estas instancias de poder son las encargadas de anular a través del temor toda relación o vínculo afectivo del sicario con otros sujetos; asumiendo de alguna manera la imagen paterna. En determinados momentos la influencia del cartel está por encima de la amistad que un joven pudiera tener con otro: «A dos pelados muy amigos se los llevaron una noche por la carretera a Las Palmas. En un sitio solitario los bajaron del carro y a uno de ellos, que le dicen el Tigre, le entregaron un arma para que matara al otro. Para probar finura como dicen en su lenguaje».¹⁹⁰

El cartel, o la *oficina*, solo logran obtener la máxima lealtad hacia ellos a través de dos mecanismos: intimidación e imitación. En el primer caso, el cartel deja en claro que cualquier falta o incumplimiento serán castigados con la única pena que existe en la ley del cartel: la muerte. No existe otra alternativa. En el capítulo anterior expliqué las implicaciones que tiene el *faltar* a alguien; el *faltón* es quien incumple leyes, órdenes o disposiciones de los grupos denominados por Rosario Tijeras como *ellos*: «—Quiénes son ellos, Rosario? Le pregunté una vez. —Vos los conocés —respondió—. Salen todo el día en los noticieros».¹⁹¹ De este modo ambiguo define Jorge Franco la autoridad máxima en la violenta Medellín, dejando además en claro que toda falta contra *ellos* se paga con la vida: «En el cielo está Dios, soberano: en la tierra, la orden del

189. Regina Harrison, *Signos, cantos y memoria en los Andes*, Quito, Abya-Yala, 1994, p. 152

190. Padre Jorge Galeano en A. Salazar, *No nacimos...*, p. 118.

191. J. Franco, *op. cit.*, p. 71.

cartel». ¹⁹² La canción del músico y político panameño, Rubén Blades, recoge los imaginarios que recrean las relaciones entre el sicario y el cartel.

El otro refuerzo a la lealtad surge a partir de la necesidad por contar con determinados referentes, en especial masculinos, que el joven-sicario buscaría para imitar. «Hablan de los mafiosos como unos ídolos, aspiran a trabajar con ellos y a ascender. Para eso hacen hasta lo más absurdo. [...] Y este muchacho mató a su mejor amigo para ganar puntos y cotizarse con la banda». El joven-sicario debe temer y respetar al cartel como se teme y respeta al padre autoritario que golpea fuertemente, pero al mismo tiempo pone el pan sobre la mesa. Paradójicamente, la lealtad y la obediencia que el joven-sicario desarrolla para el cartel, a través de los asesinatos por encargo cumplidos, se ven recompensadas en nuevos encargos de mayor riesgo y responsabilidad: «A medida que pasaban los meses y dependiendo del grado de habilidad demostrada, los sicarios eran encargados de asesinar ministros, comandantes de la Policía, periodistas, empresarios, jueces, investigadores judiciales, profesores universitarios, defensores de derechos humanos y candidatos presidenciales». ¹⁹³

MITOLOGÍA DE LA MUERTE URBANA Y SU CARNAVAL DE COLORES

Los relatos del sicario que aparecen en los textos escritos y en las pantallas de cine y televisión han construido un rosario de imaginarios que auspicia un aire mitológico alrededor del sicario y de su caótico entorno marginal. Un proceso al que se podría llamar la *mitologización* del sicario. Por instantes es posible leer en la voz de quien relata, de quien recopila los testimonios, del escritor o del director de cine una cierta admiración y veneración por aquellos sujetos que han sido capaces de vivir bajo «la ley del más duro» en un espacio urbano entendido frecuentemente como una suerte de reino de *Hades*, el encargado del mundo de los muertos. La censura a la violencia ejercida por el sicario es apenas una parte mínima –entendida como un requisito *sine qua non*– del relato. Censurar al sicariato opera como algo necesario para poder hablar de un tema que termina apasionando fácilmente a quienes lo narran.

Al igual que los seres mitológicos que siempre cautivan a través de su extraña naturaleza, del entorno en el que se mueven y por los distintos favores de los que gozan por parte de ciertos dioses, el joven-sicario ha llegado a cau-

192. Rubén Blades, «Sicarios», en <http://www.actionext.com/names_r/ruben_blades_lyrics/sicarios.html>.

193. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 24.

tivar a través de lo que de él se escribe y de cómo se lo representa en el cine y la televisión. Los modos en que el sicario es representado en el libro o la pantalla permiten leer una narración en clave mitológica del asesino a sueldo. ¿Es posible que los distintos relatos del sicario y de la violencia que en torno a este sujeto existen terminen por *ficcionar* la realidad, convirtiendo a la ciudad de Medellín en una suerte de espacio apocalíptico y a los sicarios en una forma alterna del *ángel de la muerte*? Vallejo narra esa ciudad de muerte así: «[...] nos empacamos el garrafón [de aguardiente]. Amanecemos en un charco de vómito: eran los demonios de Medellín, la ciudad maldita, que habíamos agarrado al andar por sus calles y se nos habían adentrado por los ojos, por los oídos, por la nariz, por la boca».¹⁹⁴ La ciudad de Medellín es entonces hija de *Hades* y de la *Noche*, divinidad de quien se escribe: «Engendrada por el Caos y Érebo. Madre de Éter y Hémera. Es además quien engendra una serie de seres negativos como Momo (el destino), Lamento, Tánato (la muerte), Hipno (el sueño), la Burla, el Engaño, la Ker (condenación), la Vejez [...]. También son hijas de la Noche las Moiras, las Keres, Némesis y Eris (la discordia)».¹⁹⁵

Y precisamente en esta «ciudad maldita», nacida de la noche, están los barrios malditos, *las comunas*, germen de violencia de la que los sicarios son su mejor expresión:

Barrios y barrios de casuchas amontonadas unas sobre otras en las laderas de las montañas, atronándose con su música, envenenándose de amor al prójimo, compitiendo las ansias de matar con la furia reproductora. [...] A los doce años un niño de las comunas es como quien dice un viejo: le queda tan poquito de vida [...]. Ya habrá matado a alguno y lo van a matar. [...] Uno en las comunas sube hacia el cielo pero bajando hacia los infiernos.¹⁹⁶

La ciudad infernal –entendida como la caja de Pandora que nadie debe abrir– cumple la función de ambientar al mítico personaje de la violencia cotidiana. El sicario no hace entonces otra cosa que responder a su origen violento. Matar es, en este tipo de relatos, lo único que alguien crecido en las comunas puede hacer. Lo condenado es entonces *la comuna*, y no solamente el sicario que escapó porque alguien dejó la caja abierta. La ciudad es descrita como un ente en permanente conflicto con quienes intentan habitarla. Jorge Franco se lo hace decir a Antonio y a Rosario así: «Esta ciudad nos va a matar –decía ella–. No le echés la culpa –decía yo–. Nosotros somos los que la estamos matando.

194. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 28.

195. Jean-Pierre Vernant, *El Universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*, Barcelona, Anagrama, 2001, p. 195.

196. *Ibid.*, p. 29.

—Entonces se está vengando, parcero— decía ella».¹⁹⁷ Medellín es la ciudad de la confrontación, de la batalla, de la guerra eterna y, por ende, de los muertos que a diario aparecen.

Al revisar los distintos discursos que operan al interior de las variadas representaciones del sicario es posible advertir cierto parecido con determinados seres mitológicos conocidos en occidente. Así por ejemplo, hay una secuencia fílmica en la película *Rosario Tijeras*, en la que *Ferney*, el temible sicario, maneja a lo largo de sucesivos planos fotográficos con asombrosa destreza su letal motocicleta por las caóticas calles de Medellín. El sicario conduce su infernal monstruo metálico —la moto ruge a altas revoluciones— directamente hacia una cámara que asustada parece huir en retroceso del infernal asesino. El arrojamiento del conductor y el peligro latente en las vías remiten rápidamente a la imagen del peligroso *Minotauro* en plena persecución de *Medea* y *Teseo* por el laberinto de *Dédalo*.

La moto es entendida en este discurso mítico desplegado a lo largo de la cinta como parte casi inseparable del cuerpo del asesino. El texto escrito alude a similares imaginarios: «El mayor orgullo de los tipos [miembros de las bandas de sicarios] son sus motos de alto cilindraje».¹⁹⁸ El monstruo completa su poder y su amenaza cuando tiene dos cabezas: la una conduce, la otra dispara: «A Ferney y a Johnefe los contrataron. Ferney no tenía buena puntería pero manejaba bien la moto, pero en cambio Johnefe era un águila, donde ponía el ojo ponía el pepazo».¹⁹⁹

El monstruo de dos cabezas combina así la agilidad de ambos —dotados con habilidades del reino animal—. ²⁰⁰ La moto con dos pasajeros es una de las imágenes más mimadas del cine. Aparece y reaparece a lo largo de *Rodrigo D.*, *Rosario Tijeras* y *La Virgen de los sicarios*. Fuertemente arraigada en el inconsciente colectivo le sirve a Vallejo para burlarse de la población aparentemente no violenta:

Alexis le chantó un tiro en la frente [...] Cuando el hippie se desplomó pasaba en ese instante una moto. «¡Ahí van!» le señalé a una señora, el único transeúnte que pudo haber sido testigo del suceso. «¡Lo mataron!» exclamó la vieja. [...] Todo lo alcanzó a ver la señora, y así se lo contaba al corrillo que se formó en torno al muerto [...] alcanzó a ver incluso ella que uno de los de la moto llevaba una camiseta estampada con calaveras y cruces.²⁰¹

197. J. Franco, *op. cit.*, p. 114.

198. J. A. Castaño, *op. cit.*, p. 73.

199. J. Franco, *op. cit.*, p. 72.

200. Existen innumerables seres mitológicos antropomorfos provistos de zoológicos.

201. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 27.

Otro de los sicarios mitológicos es el sicario *Sísifo*. Aquel personaje que tras desafiar a los dioses, y en especial a Tanatos a quien ha amarrado, es sentenciado por Zeus a empujar la piedra que tiene atada a su cuello hasta la cima de la loma. Sísifo cree que así transforma al mundo y, por ende, a sí mismo. Al llegar a la cima la piedra rueda de regreso y lo arrastra con él. Este ejercicio se repite en el tiempo una y otra vez. Hasta el fin de todos los tiempos (Amén). Algo similar sucede con el joven-sicario que, tras grandes esfuerzos, cree que llegará el momento del retiro, de la paz y la calma, pero ello nunca sucede «varias veces, ya metido hasta el cuello, le aconsejé que se retirara y él me decía lo que todos dicen, que iba a conseguirse un billete para retirarse. Pero la verdad es que llega un momento en que la plata no es el interés, pueden tener todos los millones y no se retiran. Aspiran a subir más, a hacer cosas más espectaculares y a lograr mayor jerarquía».²⁰²

Nadie logra realmente tener control sobre la violencia; resulta incluso muy difícil pensar que se puede salir de un oficio tan complejo como el sicariato y dedicarse a otra cosa. Todos los esfuerzos desplegados para cambiar algo en esta vida, terminan siendo inútiles. Hay fuerzas externas que —a modo de la piedra de Sísifo— regresan todo al lugar de origen. Esta idea de lo aparentemente alterable, descifrado finalmente como algo inalterable, es recurrente en el relato del sicario. Johnefe, el hermano sicario de Rosario, se ha convertido en el jefe del «combo de sicarios», una jerarquía que debería garantizarle aún más protección. Contrario a esa idea, es asesinado relativamente pronto. Muchos son los sicarios a los que el relato sentencia como «atrapados en la violencia»: «Le propuse cambiar su vida para lograr la reconciliación con Dios. [...] Pero esas son las excepciones. La mayoría, aunque recen mucho, siguen su camino. [...] A estos jóvenes los veo ir hacia el precipicio, cuando se vinculan a un grupo saben que no van a durar mucho, pero ya nada los detiene. Empiezan a pensar en la muerte como algo natural».²⁰³

La imagen central del relato de sicarios, de carácter mitológico y repetida hasta la saciedad por la literatura y el cine, es la del sicario-guerrero. El valiente héroe de la guerra urbana, cuyo discurso de hombría lo asemeja mucho al mítico Aquiles, a quien Jean Pierre Vernant describió así: «héroe principal de la guerra de Troya. Prefirió la gloria imperecedera de una muerte en plena juventud a una vida larga y apacible, pero oscura».²⁰⁴ Ser héroe es el rol dado al sicario en un momento dado del relato. Lo que se destaca es su arrojo frente al peligro de la muerte, no sus atributos de hombre inteligente, generoso o justo. El ciclo del héroe es recogido en muchos ritos que consagran su figura míf-

202. «Jorge Galeano», en A. Salazar, *No nacimos...*, p. 116.

203. *Ibid.*, p. 118.

204. J. P. Vernant, *op. cit.*, p. 211.

tica como la de alguien «cuya gesta había hecho de él durante largo tiempo el <dueño de la muerte> [el héroe entonces] abandonará la vida cuando llegue su hora, como todo mortal».²⁰⁵

La otra figura mítica es la del cartel, el dios del Apocalipsis. La ley que emana del cartel, la ley suprema del patrón de la droga, la ley de *ellos* es convertida igualmente en un relato de características míticas. *Nadie desafía al cartel*: el eslogan contenido en el relato perpetúa las estructuras ilegales de poder, entronizando de esta manera una forma de violencia. El llamado del cartel para un trabajo asusta en el relato, pero también implica un premio para el personaje. Algo similar a lo que le ocurrió a Perseo:

Perseo se presenta con las manos vacías y se muestra dispuesto a traer también él una yegua, pero el rey le dice: «no, tú me traerás la cabeza de la Gorgona».²⁰⁶ No hay manera de escaparse: si no cumple su palabra, se le caerá la cara de vergüenza. No hay manera de eludir una promesa. [...] Las Gorgonas viven más allá de las fronteras del mundo, en las puertas de la Noche.²⁰⁷

Cumplir con el encargo es acercarse a la muerte, lo que implica convivir con ella de alguna manera. La muerte deja de ser una cosa lejana y temida, para convertirse en una realidad cercana —casi ineludible— que puede estar tras la siguiente esquina. La *Gorgona* es de antemano una forma alterna de la muerte; muere quien cae en su mirada. La muerte se hace presente en la mirada de la *Gorgona*; en la mirada de cualquier víctima que, al morir, pueda encausar la muerte de su asesino, generalmente a través de la venganza. Los personajes de estos relatos intuyen la presencia de esa muerte:

La cucha [mi mamá] ese día se estaba arreglando para irse. Entonces le dice a mi hermanito, como que aconsejándolo: «No dé cara por allá, que lo van a matar, que pilas, mijo, que nosotros lo queremos mucho a usted, que no la dé dada que lo matan, que a usted lo están buscando para matarlo». [...] mi hermano cuando mató a Pony, ese día ya tenía que pagar lo que había hecho, y todo lo que había hecho en ese transcurrir.²⁰⁸

La narración de la violencia, y en especial la de los sicarios, plantea una suerte de espiral del asesinato en la que aquel que asesina es asesinado posteriormente, y éste a su vez será asesinado por el siguiente asesino y así sucesiva-

205. *Ibid.*, p. 207.

206. Las gorgonas (Ésteno, Euríale y Medusa) son monstruos con cabellera de serpientes cuya mirada convierte en piedra.

207. J. P. Vernant, *op. cit.*, p. 198-199.

208. Víctor Gaviria, *El pelaito que no duró nada, basado en el relato de Alexander Gallego*, Bogotá, Punto de Lectura, 2008, p. 134-135.

mente. La muerte se convierte entonces en algo irremediabilmente advenedizo que, debido a su carácter fatal, más allá del poder real de los hombres, en estos espacios marginales de las comunas, llega con mayor rapidez que en otros. Aunque se narra –textual y visualmente– con abundantes detalles las maneras de matar y de morir, no se explica realmente la muerte y sus causas. La muerte como tal es remitida, circunscrita, a un espacio entendido como caótico y perverso en el que la muerte es espontánea y no requiere de explicación alguna. Eludiendo una interpretación más detallada del universo jurídico (o parajurídico si se quiere), se entiende y representa a la muerte como un fenómeno sin sentido, acorde a los espacios de maldad de los que proviene. «Dije arriba que no sabía quién mató al vivo pero sí sé: un asesino omnipresente de psiquis tenebrosa y de incontables cabezas: Medellín, también conocido por los alias de Medallo y de Metrallo lo mató».²⁰⁹ Las muertes dejan así de ser individuales, particulares, para inscribirse en el générico de *violencia urbana* o *asesinato a cargo de presuntos sicarios*.

Reduciendo de alguna manera la estructura del asesinato, cabe mencionar simplificadamente tres partes del mismo: asesino, asesinato y víctima. Las narraciones – sean relatos periodísticos, escrituras de ficción o productos audiovisuales– suelen concentrarse en el segundo, el asesinato. Parece haber en la narración que da cuenta de un homicidio un interés especial por el hecho en sí, antes que por sus protagonistas o víctimas. En la novela de Vallejo se narra la sucesión de diferentes asesinatos en los que Alexis, el amante de Fernando, «despacha» a varias personas al otro mundo. La voz narrativa en ningún momento se pregunta quienes eran esas personas: «El próximo muertico de Alexis resultó siendo un transeúnte grosero [...] a estos muertos se les quedan los ojos abiertos sin ver. Y ojos que no ven [...] muerta la serpiente seguimos con Eva, la empleada de la cafetería: murió de un tiro en la boca. [...] por la boca se despachó a la maldita».²¹⁰ La novela narra dieciocho asesinatos, mientras que la versión fílmica de Barbet Schroeder se limita a menos de diez. ¿Es más fácil narrar muertes por escrito que en pantalla gigante? ¿Es la palabra «masacre» de difícil adaptación fílmica? Geoffrey Kantaris lee en la versión cinematográfica de *La Virgen de los sicarios* una «banalización gratuita de la violencia que opera a partir de la repetición injustificada de homicidios».²¹¹ El relato del sicario deviene entonces en el relato de la muerte, limitando su poder de abarcamiento a la mera acción que detiene la vida de un alguien del que poco o nada sabremos.

209. F. Vallejo, *op. cit.*, p. 46.

210. *Ibid.*, p. 46-49.

211. Geoffrey Kantaris, «The Young and the Damned: Street Visions in Latin American Cinema», en S. Hart, edit., *op. cit.*, p. 182.

Llama la atención que una considerable cantidad de estos relatos se dejan seducir en primera instancia por la espectacularidad con la que se efectúan determinados asesinatos, y en segunda, por lo carnavalesco del ritual de la muerte del mismo sicario. En la novela de Jorge Franco hay una breve descripción de la estruendosa música que acompaña desde la tumba el aniversario de la muerte del asesinado sicario Johnefe: «pensé que la música que sonaba venía de afuera, pero cuando ella abrió su bolso y les entregó los CD me di cuenta de que la música salía de la misma tumba, una estridencia horrible que venía de un equipo de sonido protegido por unas rejas y camuflado entre flores».²¹² La escena remite a un sicario enterrado hace un año y a los detalles del día de la muerte:

Al lado del epitafio una foto de Johnefe, más bien borrosa y amarillenta. [...] –Es su última foto– me dijo Rosario. –Parece muerto– dije. –Estaba muerto– me dijo [...] Fue cuando lo sacamos a pasear. Después de que lo mataron nos fuimos de rumba con él, lo llevamos a los sitios que más le gustaban, le pusimos su música, nos emborrachamos, nos embalamos, hicimos todo lo que a él le gustaba.²¹³

La adaptación al cine muestra una escena mucho más carnavalesca aún. Un carro de los 60, sin techo, lleva a más de media docena de dolientes los cuales, drogados y ebrios, son escoltados por sicarios en motos, quienes a su vez, mientras beben aguardiente, lloran al difunto. El desfile llega a una discoteca, en la que el grupo se instala con el muerto en una celebración que a más de música (suena en la película todo el tiempo la canción *El preso* del grupo *Fruko Y Sus Tesos*)²¹⁴ incluye alcohol, droga y el *strip-tease* de una bailarina que simula seducir al difunto. La escena está fuertemente sobrecargada con las representaciones de prácticas culturales que remiten a sobreinterpretaciones hechas para el guión y cuya exageración visual no remite al texto de Franco, sino más bien a la apropiación de un testimonio recogido por Salazar:

Lo mataron hace poco. El velorio y el entierro fueron un completo carnaval. Los muchachos de la banda tuvieron el cadáver tres días en la casa. Escuchando salsa, soplando y bebiendo. [...] en la mitad de la misa le pusieron una grabadora con pilas encima del ataúd y le dedicaron varias canciones de salsa. [...] Como homenajeando a un dios. En el cementerio, lo sacaron del ataúd, lo cargaron en hombros y dispararon sus armas al aire, antes de sepultarlo.²¹⁵

212. J. Franco, *op. cit.*, p. 143.

213. *Ibid.*

214. Los pregones de esta canción de salsa dicen: «Ay ay ay solo espero que llegue, Ay ay ay el día que la muerte, Ay ay ay me lleve a estar con ella, [...]», versión completa de la letra en <<http://www.buscasalsa.com/El-Preso>>.

215. A. Salazar, *No nacimos...*, p. 113.

La fragilidad de la vida, la violencia y el sufrimiento que entraña la muerte son entonces vaciados con las imágenes grotescas y descontextualizadas de entierros carnavalizados. El dolor de la muerte, expresado en otros códigos que aquellos de la «alta cultura» –silencio, vestimenta negra, música melancólica– es interpretado como un culto de las clases populares a la muerte, una forma de rito que acerca la celebración humana y la muerte de manera inexplicable. De esta forma se cargan los signos de determinados ritos con significados no comprobados. *Eros* y *Bacco* sustituyen a *Tánatos*, quien espera la barca con la que *Creonte* se lleva a los muertos al más allá. Todo el carnaval escenificado está concebido para dar la idea según la cual el ruido, el baile y el placer –entendidos en todo momento como populachosos e inapropiados– estuvieran forzados a retratar un entorno humano que disfruta la presencia de la muerte, incluso en carne propia.

Tras examinar las novelas y las películas que desarrollan el discurso del sicario, queda claro que productos culturales como los mencionados recurren a dos mecanismos esenciales para la construcción del sicario y su entorno: el estereotipo y la deconstrucción; el primero define aquello, a partir de lo cual el segundo construye la «antirepresentación» –menos frecuente que el primero–. Lo que se dice del sicario, a través del libro o de la película, se convierte en un discurso que no se limita al asesino, sino que además incluye su entorno social, familiar y religioso. Se habla del sicario como de un sujeto de conductas (re)conocidas y claramente identificables. La mayoría de estos productos no construyen su discurso a partir de lo que obtienen de exhaustivas investigaciones en torno a esta violenta figura, sino a través de aquello que reciclan de otras representaciones culturales del sicario circuladas previamente a través de la prensa, la literatura, el cine e incluso los imaginarios que a diario surgen en la sociedad. Los elementos que estos discursos reproducen se remiten a ciertas porciones de la realidad, aunque sin el correspondiente contexto de determinados factores sociales y psicológicos profundamente entrelazados en las prácticas de violencia del sicario. Muy pocos son los productos que se preguntan por los orígenes de las prácticas violentas.

La narración del sicario obedece al relato de lo épico y espectacular en la violencia urbana. Las representaciones del sicario que aparecen en algunos pasajes de obras literarias de ficción y en una considerable parte de las películas realizadas, parecen adaptar lenguajes de violencia que circulan en los medios de la esfera global a realidades locales. Estas formas de representación de violencia son consumidas al mismo tiempo por los sicarios y por quienes los representan en sus obras de ficción. El relato del sicario se constituye así en un discurso construido por ambas partes (representado y representador): mientras el uno circunscribe la violencia a determinados espacios urbanos, como el de los barrios marginales convertidos en espacios del caos, el otro lo hace funcio-

nar como discurso del temor para que opere como catalizador de un respeto ganado por el sicario a *balazo limpio*.

CAPÍTULO IV

Conclusiones: el sicariato nuestro de cada día

Durante los días de julio de 2010 en que el presente texto era revisado para que entrara en el proceso de edición y diagramación final, una mujer irrumpió en un restaurante de la ciudad de Guayaquil y le disparaba en la cabeza a una cliente del local. La prensa que narró el homicidio lo tituló «Sicaria ejecutó a representante de las Chicas del Can». La presencia de la mujer es, sin duda alguna, un elemento que obligará a realizar nuevas lecturas en torno al fenómeno del asesinato por encargo. El complejo fenómeno del sicariato remite a extremas condiciones sociales, políticas y de odio que en muchos casos obedecen a determinados procesos históricos, como en el caso de Colombia a la confrontación entre liberales y conservadores y la consiguiente migración del campo a la urbe. El desarrollo de los barrios marginales que componen, en el caso de Medellín, las comunas no debe ser víctima de la desmemoria colectiva que entiende a tales espacios como focos de violencia, es decir como el origen de la violencia y no como el resultado de la misma. El sicario surge en dichos espacios por varios factores de enorme complejidad y la complicidad de distintos actores involucrados. La pobreza y la falta de oportunidades no son una excusa para justificar un crimen como el asesinato por dinero, pero son factores estructurales que han influido de manera significativa en la predisposición homicida y mercantil del joven-sicario. Hogares disfuncionales, espacios infra-humanos y políticas públicas que, en vez de incluir, excluyen al que no puede consumir, son apenas los catalizadores de una peligrosa mezcla que los carteles de la droga activaron al reclutar al joven, seduciéndolo con sus imaginarios de poder, dinero y placer.

Nadie asesina si no lo reclutan para ello. Nadie contrata a un asesino, si este no ofrece sus servicios. El origen del fenómeno puede ser polemizado hasta el fin de los tiempos. Lo que resulta claro es que el asesinato por encargo existe porque hay quien está dispuesto a cometerlo, pero sobre todo, porque hay quien está dispuesto a contratarlo. El sicario es entonces el ejecutor de órdenes que obedecen a intereses aún más violentos que el crimen de asesinar. La facilidad con la que se ordena un homicidio permite creer que la humanidad está aún muy lejos de lograr una convivencia pacífica, garantizada a través del diálogo y el entendimiento.

Aunque elaborado más como una forma de discurso personal que como descripción etnográfica de su realidad, el testimonio del asesino a sueldo resulta un valioso aporte para entender la otra faceta del sicariato, aquella que a través de la violencia que la compone le permite al sicario obtener lo que Bourgois llamó la *búsqueda por el respeto*. La estigmatización a la que frecuentemente se vio sometido el joven-sicario termina así siendo reapropiada por el propio joven estereotipado. En una suerte de *Calibán*²¹⁶ de la violencia urbana, el sicario adquiere y porta el rol de sujeto violento y peligroso que la sociedad mediática, aficionada al relato periodístico de la crónica roja, le ha impuesto.

La violencia obedece a factores externos que la condicionan, posibilitando su apareamiento y consolidación. Al mismo tiempo, un fenómeno como el sicariato implica además el proceso comunicativo a través del cual circulan los distintos discursos de violencia. Un joven-sicario aprende de igual manera de los traquetos que lo entrenan, como de las películas de acción violenta con las que ha crecido o los medios que a diario lo describen como si lo conocieran en persona. La frágil identidad del joven se nutre de los distintos fragmentos que de estas realidades discursivas obtiene. Su práctica termina de alguna manera obedeciendo a lo que de él se espera; una suerte de «piel» impuesta que, lejos de solucionar el problema de la violencia, la normaliza.

El sicario de Medellín y el sicario mexicano se convirtieron entonces en la fuerza armada del cartel de la droga. El narcotráfico logró de esta manera defender y consolidar su territorio, convirtiendo a su organización delictiva en una suerte de micro-Estado al interior del macro-Estado. La «orfandad social» producida por la ausencia del Estado-nación en la que el sujeto marginal se hallaba fue subsanada por la adopción por parte del cartel. La abstracta e inexistente categoría del Estado se vio remplazada por la figura paternal del patrón del cartel. No hay que excusar al sicario que asesina por encargo; al contrario, toda acusación contra él debe ser lo suficientemente profunda para incluir a las organizaciones que lo reclutaron, entrenaron y emplearon y que, finalmente le dieron la orden de asesinar.

El sicario acusado por fiscales, jueces y periodistas se convirtió lentamente en una figura de culto para la literatura, el cine e incluso la música. Aún así, la mayoría de los intentos por describir su naturaleza han terminado por reafirmar determinados estereotipos, o por deconstruirlo en exóticos personajes que obedecen más a fórmulas de éxito comercial que a reflexiones profundas sobre las distintas dimensiones –psicológicas, físicas, sociales– que componen al personaje. La mayoría de los trabajos cinematográficos más recientes se li-

216. La figura del Calibán –Roberto Fernández Retamar– es la del hombre barbarizado por otros, que termina por asumir esa identidad de manera afirmativa frente al discurso que pretende descalificarlo.

mitó a reciclar las representaciones de tipo realista –más cercanas al documental que a la ficción– de hace más de una década.

El fenómeno del sicariato ha dejado de tener implicaciones locales, para convertirse en una forma de *violencia global*. La prensa mundial reporta anualmente un número considerable de asesinatos por encargo cometidos en distintos lugares del planeta por sicarios locales o internacionales. El móvil, la mecánica del crimen y la mayor o menor colaboración de distintos gobiernos y sus fuerzas públicas suelen ser de escaso conocimiento para la opinión pública. En una época en la que publicaciones como *The Third Wave*, de Alvin Toffler, anuncian un mensaje optimista sobre un futuro próximo en el que la exuberancia técnica y la comunión de los hombres en una conciencia planetaria facilitarían una sociedad feliz, existen opiniones que discrepan enormemente.²¹⁷

Renato Ortiz considera que, no obstante los innumerables avances científicos con que cuenta la humanidad en la actualidad, especialmente en lo que a comunicaciones se refiere, es difícil que el mundo pueda ser entendido como una *aldea global*. A decir del investigador brasileño, «Entre los hombres que se comunican en esta aldea existen tensiones, intereses y disputas que los apartan de cualquier ideal común, construido sólo por la razón indolente».²¹⁸ El sicariato es entonces un fenómeno global que, al emplear al sicario para tareas locales, regionales e internacionales, resuelve las diferencias, no por la vía de la razón y el diálogo, sino por la vía de la violencia. Los sicarios por lo tanto no solo obedecen órdenes de grupos delictivos como los carteles de la droga y las distintas mafias, sino que responden también a los intereses de determinados gobiernos y sus aparatos estatales de inteligencia y seguridad.

Desde diferentes entradas se ha dicho y se dice mucho sobre el sicario. Aún así, parece que todo lo aportado por investigaciones y relatos no llega a ser suficiente para la comprensión total de un complejo problema de violencia y de sus respectivas redes. El sicariato es un fenómeno que acompaña a ciertas organizaciones delictivas como los carteles de la droga, pero que al mismo tiempo se ha vuelto parte de una sociedad que halla en la violencia la mejor forma de zanjar las diferencias. El sicariato no necesariamente desaparecería con la victoria en la *guerra contra el narcotráfico*. En muchos casos, tras el desmantelamiento de carteles, oficinas o grupos de sicarios, los asesinos a sueldo se independizaron. Es muy probable que si el combate al narcotráfico no va acompañado de significativas políticas de reinserción social y económica, los asesinos a sueldos vuelven a las calles para ofrecer su trabajo de matón a quien lo requiera. Y demanda para tal servicio habrá cada vez más.

217. Alvin Toffler, *The Third Wave*, Nueva York, Bantam Books, 1980.

218. Renato Ortiz, *Mundialización y cultura*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2004, p. 24.

Bibliografía

- Alape, Arturo, *El Bogotazo: memorias del olvido*, La Habana, Casa de las Américas, 1983.
- *Ciudad Bolívar, La hoguera de las ilusiones*, Bogotá, Planeta, 2003.
- «Voces en el taller de la memoria», en *Revista de Estudios Sociales*, No. 24, Bogotá, Centro de Estudios Socioculturales e Internacionales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes, 2006.
- Andrade, Xavier, ««Culture» as Stereotype: Public uses in Ecuador», en *Anthropolgy beyond culture*, Richard G. Fox y Barbara J. King, edit., Nueva York, Berg Publishers, 2002.
- Arfuch, Leonor, *El espacio biográfico, Dilemas de la subjetividad contemporánea*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Arijon, Daniel, *Grammatik der Filmsprache*, Berlín, Zweitausendeins, 2000.
- Astorga, Luis, «Notas críticas. Corridos de traficantes y censura», en *Región y Sociedad*, vol. XVII, No. 32, enero-abril, Sonora, El Colegio de Sonora, 2005.
- Auzel, Dominique, *Le Cinema*, Toulouse, Milán, 1995.
- Baudrillard, Jean, y Edgar Morin, *La violencia del mundo*, Barcelona, Paidós Asterisco, 2004.
- Berger, John, *Das Bild der Welt in der Bilderwelt*, Hamburgo, Rowohlt, 2000.
- Berns, Joerg Jochen, *Film vor dem Film*, Marburg, Jonas Verlag, 2000.
- Betancourt Posada, Alberto, «Sicarios, periodistas y políticos: el inconsciente político en los relatos periodísticos sobre asesinatos ejemplares», en Germán Rey, edit., *Los relatos periodísticos del crimen: cómo secuenta el delito en la prensa escrita latinoamericana*, Bogotá, Fundación Friedrich Ebert / Centro de Competencia en Comunicación, 2007.
- Bordo, Susan, *The Male Body: A New Look at Men in Public and in Private*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1999.
- *Twilight Zones, The hidden life of cultural images from Plato to O. J.*, Berkeley, University of California Press, 1997.
- Bourgois, Philippe, *In Search of Respect. Selling Crack in El Barrio*, Nueva York, Cambridge University Press, 1995.
- Brass, Ana Lucía, *Eros y tanatos, una tensión inevitable*, Buenos Aires, Instituto Glauco, s.f.
- Brunner, José Joaquín, *Globalización cultural y posmodernidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002.

- Butler, Judith, «Selección de cuerpos que importan», en D. Welton, edit., *Body and Flesh. A Philosophical Reader*, Malden, Blackwell Publishers, 1998.
- Camacho Guizado, Antonio, edit., *Narcotráfico: Europa, EEUU, América Latina*, Barcelona, Publicaciones I / Universitat de Barcelona, 2002.
- Carson, Diane, Linda Dittmar y Janice Welsch, edit., *Multiple Voices in Feminist Film Criticism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1994.
- Carrión, Fernando, «Sicariato», en *Boletín Ciudad Segura*, No. 24, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 2008, p. 1.
- Cassirer, Ernst, *Saggio sull'uomo*, Milán, Longanesi, 1948.
- Castaño, José Alejandro, *¿Cuánto cuesta matar a un hombre? Relatos reales de las comunas de Medellín*, Bogotá, Norma, 2006.
- Castañeda Naranjo, Luz Stella, *Caracterización lexicológica y lexicográfica del parlache para la elaboración de un diccionario*, Lleida, Universidad de Lleida, 2005.
- Castañeda Naranjo, Luz Stella y José Ignacio Henao Salazar, *El Parlache*, Medellín, coedición con el Centro de Investigación y Extensión de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, 2001.
- Castillo, Luciano., *La verdad 24 veces x segundo*, Camaguey, Acana, 1993.
- Chambliss, William J., *State-organized crime*, The American Society of Criminology, vol. 27, Issue 2, mayo 1989, p. 183-208.
- Collier, Peter, y David Horowitz, *The Kennedys*, Nueva York, Warner Books, 1984.
- Cottrell, John, *Assassination! The World Stood Still*, Londres, Four Square (New English Library), 1964.
- Coppola, Francis Ford, Jean-Claude Carriere, Constantino Costa-Gavras, Walter Murch, y Yuri Lotman, *Así de simple 2, Encuentros sobre cine*, Bogotá, Voluntad, 1995.
- Cowgill, Linda, *Wie Man Kurzfilme Schreibt*, Berlín, Zweitausendeins, 1997.
- Dallek, Robert, *An Unfinished Life: John F. Kennedy, 1917-1963*, Nueva York, Brown, 2003.
- Denzin, Norman, *Images of Postmodern Society, Social Theory and Contemporary Cinema*, London, Sage Publications, 1992.
- Doupré, Louis, *Simbolismo religioso*, Barcelona, Herder, 1999.
- De Diego, Estrella, *El andrógino sexuado. Eternos ideales, nuevas estrategias de género*, Madrid, Visor, 1992.
- Eagleton, Terry, *Terror sagrado, La cultura del terror en la historia*, Madrid, Foro Complutense, Complutense, 2006.
- Erens, Patricia, edit., *Issues in Feminist Film Criticism*, Indianápolis, Indiana University Press, 1994.
- Escalante Gonzalbo, Fernando, *La política del terror, apuntes para una teoría del terrorismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Fernández Dávila, Rolando, *Representaciones de la masculinidad en adolescentes de dos grupos de diferente estrato socio-económico de Lima Metropolitana*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2004.
- Finkel, Raúl, «Tener o no tener-Cine, trabajo y marginalidad», en *En Marcha*, No. 36, Buenos Aires, mayo de 2004.
- Franco, Jorge, *Rosario Tijeras*, Bogotá, El Tiempo, 2003.
- Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Barcelona, Fabula Tusquets, 1999.

- Gamboa, Santiago, *Vida feliz de un joven llamado Esteban*, Madrid, Punto de Lectura, 2002.
- Garay, Luis Jorge, *Construcción de una nueva sociedad*, Bogotá, Tercer Mundo, 1999.
- García Canclini, Néstor, *Culturas híbridas, estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo, 1989.
- García Escudero, José María, *Vamos a hablar de cine*, Navarra, Salvat, 1970.
- García Márquez, Gabriel, *Taller de Guión-Me alquilo para soñar*, Bogotá, Voluntad, 1995.
- Gaviria, Víctor, *El pelaíto que no duró nada, basado en el relato de Alexander Gallego*, Bogotá, Punto de Lectura, 2008.
- Gombrich, Ernst, *Breve historia de la cultura*, Barcelona, Península, 2004.
- Guasch, Oscar, *La crisis de la heterosexualidad*, Barcelona, Laertes, 2000.
- Gubern, Román, *La mirada opulenta: exploración de la iconosfera contemporánea*, Barcelona, Gustavo Gili, 1987.
- «Los géneros cinematográficos a fines del siglo XX: permanencia y mutación», en s.e., *Cine y nuevas tecnologías alternativas: encuentro iberoamericano por los 100 años del cine*, Lima, Universidad de Lima, Fondo de Desarrollo Editorial, 1977.
- *Patologías de la imagen*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- Hahn, Philipp, *Mit High Definition ins Digitale Kino*, Marburg, Schüren Verlag GmbH, 2005.
- Halbwachs, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004.
- Harrison, Regina, *Signos, cantos y memoria en los Andes*, Quito, Abya-Yala, 1994.
- Heinrich, Michael, *Kritik der politischen Oekonomie, eine Einfuehrung*, Stuttgart, Schmetterling Verlag, 2004.
- Hougan, Jim, *Spooks: The haunting of America: the private use of secret agents*, Nueva York, Bantam Books, 1979.
- Izaguirre, Rodolfo, «El cine: belleza de lo imposible», en *Cuadernos de la Casa*, No. 9, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 2002.
- Jambrina, Jesús, *La Virgen de los sicarios: estrategias civilizatorias en la era del desencanto*, La Habana, EICTV, 2005.
- Kahn, Paul, «Violencia sagrada», en *Violencia y derecho. Seminario en Latinoamérica de Teoría Constitucional y Política*, 2003, Buenos Aires, Editores del Puerto, 2004.
- Kantaris, Geoffrey, «The Young and the Damned: Street Visions in Latin American Cinema», en Stephen Hart, edit., *Contemporary Latin American Cultural Studies*, Londres, Arnold, 2003.
- Kibbey, Ann, *Theory of the Image, Capitalism, Contemporary Film and Women*, Bloomington, Indiana University Press, 2005.
- Kimmel, Michael, *Manhood in America: A Cultural History*, Nueva York, The Free Press, 1996.
- «Masculinidades globales: restauración y resistencia», en Carolina Sánchez-Palencia y Juan Carlos Hidalgo, edit., *Masculino plural: Construcciones de la masculinidad*, Lleida, Universitat de Lleida, 2001.
- Krondorfer, Bjoern, edit., *Men's Bodies, Men's Gods: Male Identities in a (Post) Christian Culture*, Nueva York, New York University Press, 1996.

- Lapsley, Robert, y Michael Westlake, *Film theory*, Manchester, Manchester University Press, 1995.
- Laqueur, Thomas, *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra, 1994.
- Lash, Scott, *Crítica de la información*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.
- Le Breton, David, *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995.
- Lehman, Peter, *Running Scared: Masculinity and the Representation of the Male Body*, Filadelfia, Temple University Press, 1993.
- Markovits, Daniel, «La paradoja de la violencia», en *Violencia y derecho. Seminario en Latinoamérica de Teoría Constitucional y Política*, 2003, Buenos Aires, Editores del Puerto, 2004.
- Martín-Barbero, Jesús, y Sonia Muñoz, coord., *Televisión y melodrama*, Bogotá, Tercer Mundo, 1992.
- McDowell, Linda, *Género, identidad y lugar*, Madrid, Cátedra / Universitat de València, 2000.
- Medina Franco, Gilberto, *Una historia de las milicias de Medellín*, Medellín, Instituto Popular de Capacitación, 2006.
- Méndez, Ricardo, y Fernando Molinero, *Geografía y Estado. Introducción a la Geografía Política*, Madrid, Cincel, 1984.
- Molina, Ignacio, *Conceptos fundamentales de Ciencia Política*, Madrid, Alianza, 1998.
- Monaco, James, *Film Verstehen*, Hamburgo, Rowohlt Taschenbuch Verlag, 2000.
- Nair, Sami, *Diálogo de culturas e identidades*, Madrid, Foro Complutense / Fundación General Universidad Complutense Madrid, 2006.
- Oquendo, Ángel, «Íntimo y personal: una perspectiva sobre la violencia», en *Violencia y derecho. Seminario en Latinoamérica de Teoría Constitucional y Política*, 2003, Buenos Aires, Editores del Puerto, 2004.
- Ortiz, Renato, *Mundialización y cultura*, Bogotá, Convenio Andrés Bello, 2004.
- Pecaut, Daniel, «Presente, pasado y futuro de la violencia», en *Análisis Político*, No. 30, enero/abril, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, 1997.
- Pérez Gauli, Juan Carlos, *El cuerpo en venta, relación entre arte y publicidad*, Madrid, Cátedra, 2000.
- Perkins, John, *Confessions of an Economic Hit Man: The Shocking Story of How America Really Took Over the World*, San Francisco, Berret-Koehler, 2004.
- Pineda Echavarría, Carlos Mario, «Entre la Sierra, sumas y restas y Rosario Tijeras», en *Cultura y Trabajo*, No. 67, diciembre, Medellín, Escuela Nacional Sindical, 2005.
- Programa Estudios de la Ciudad, «Sicariato en Ecuador», en *Boletín Ciudad Segura*, No. 24, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 2008.
- Rabenalt, Peter, *Film Dramaturgie*, Berlín, Vistas Verlag GmbH, 2000.
- Resa Nestares, Carlos, «Los Zetas: de narcos a mafiosos. Notas de investigación 04», en *El comercio de drogas ilegales en México*, <http://www.uam.es/personal_pdi/economicas/cresa/nota0403.pdf>.
- Revista de Ciencias Sociales*, No. 24, agosto, Bogotá, Universidad de los Andes, 2006.

- Rey, Germán, edit., *Los relatos periodísticos del crimen: cómo se cuenta el delito en la prensa escrita latinoamericana*, Bogotá, Fundación Friedrich Ebert / Centro de Competencia en Comunicación, 2007.
- Ricoeur, Paul, «Definición de la memoria desde un punto de vista filosófico», en Varios autores, *¿Por qué recordar?*, Barcelona, Granica, 2002.
- Salazar, Alonso, *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*, Bogotá, Planeta, 4a. ed., 2008.
- «Sicarios. Una mirada a las violencias colombianas», en Carlos Feixa, Fidel Molina y Carles Alsinet, edit., *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, malandros, punketas*, Ariel, Barcelona, 2002.
- Sartori, Giovanni, *Homo Videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 1998.
- Schlenker, Alex, «Narcotráfico, narcocorridos y narconovelas: la economía política del sicariato y su representación sonora-visual», en *URVIO*, No. 8, septiembre, Quito, FLACSO-Sede Ecuador, 2009, <<http://www.flacsoandes.org/dspace/handle/10469/2926>>.
- Serra, Ana, «La escritura de la violencia. La virgen de los sicarios, de Fernando Vallejo, testimonio paródico y discurso nietzscheano», en David William Foster, edit., *Chasqui: revista de literatura latinoamericana*, No. 32.2, noviembre, Tempe, Arizona State University, School of International Letters and Cultures, 2003, p. 65-76.
- Squicciarino, Nicola, *El vestido habla: consideraciones psico-sociológicas sobre la indumentaria*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Taussig, Michael, *My cocaine museum*, Chicago, University of Chicago Press, 2004.
- Toffler, Alvin, *The Third Wave*, Nueva York, Bantam Books, 1980.
- Tuana, Nancy, et al., *Revealing Male Bodies*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.
- Valencia Solanilla, César, «La Virgen de los sicarios: el sagrado infierno de Fernando Vallejo», en *Revista de Ciencias Humanas*, No. 26, Pereira, Universidad Tecnológica de Pereira, 2001.
- Vallejo, Fernando, *La Virgen de los sicarios*, Bogotá, Alfaguara, 2001.
- Vargas Meza, Ricardo, «Drogas, conflicto armado y seguridad global en Colombia», en *Nueva Sociedad*, No. 192, *La difícil recomposición de Colombia*, julio/agosto, Buenos Aires, 2004.
- Vernant, Jean-Pierre, *El universo, los dioses, los hombres, El relato de los mitos griegos*, Barcelona, Anagrama, 2001.
- Vilches, Lorenzo, *La lectura de la imagen, prensa, cine, televisión*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Villamarín Pulido, Luis Alberto, *Narcoterrorismo: La guerra del nuevo siglo*, Madrid, Nowtilus, 2005.
- Vinegard, Jeremy, *Setting Up Your Shots*, Studio City, Michael Wiese Productions, 2a. ed., 2000.
- Vogler, Christian, *Die Odyssee des Drehbuchschreibers*, Berlin, Zweitausendeins, 1999.
- Wertham, Fredric, *La señal de Caín, Sobre la violencia humana*, México, Siglo XXI, 1971.
- Williams, Raymond, *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós, 1994.
- Winter, Rainer, *Filmsociologie*, Munich, Quintessenz, 1992.
- Zuleta, Estanislao, *Arte y filosofía*, Medellín, Hombre Nuevo, 2001.

Internet

<<http://res.uniandes.edu.co/view.php/293/1.php>>.
 <www.uam.es/personal_pdi/economicas/cresa/>.
 <www.urbanology.org/Bogota/>.
 <www.koranselskab.dk/multimedia/living_poor.MP3>.
 <www.elalmanaque.com/lexico/sicario.htm>.
 <www.babylon.com/definition/Sicario/Spanish>.
 <encontrarte.aporrea.org/media/64/sicarios.pdf>.
 <www.eltiempo.com/archivo/buscar?q=sicarios&ie=latin1&producto=eltiempo&x=700&y=146>.
 <www.lanacion.cl/prontus_noticias/site/artic/20050806/pags/20050806181323.html>.
 <<http://es.wikipedia.org/wiki/Parlache>>.
 <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/ipc/historiamilicias.pdf>>.
 <www.pascualserrano.net>.
 <www.informativos.telecinco.es/dn_4403.htm>.
 <www.colson.edu.mx/Region_y_Sociedad/revista/32/5notaastorga.pdf>.
 <www.sololiteratura.com/var/lossicarios.html>.
 <www.eictv.co.cu/miradas>.
 <www.slideshare.net/manusoci/01-concepto?src=embed>.
 <www.me.gov.ar/efeme/24demarzo/quees2.html>.
 <<http://lahaine.org/internacional/historia/mueregaitangaleano.htm>>.
 <www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/enero1993/enero4.htm>.
 <<http://alexanderracini.obolog.com/60-anos-asesinato-jorge-eliecer-gaitan-75970>>.
 <<http://uruguayescribe.com/2008/04/11/quien-mato-al-dr-jorge-eliecer-gaitan-y-quien-ordeno-su-asesinato/>>.
 <www.lib.lsu.edu/hum/mlk/srs216.html>.
 <www.trutv.com/library/crime/terrorists_spies/assassins/ray/1.html>.
 <http://en.wikipedia.org/wiki/Malcolm_X>.
 <www.trutv.com/library/crime/terrorists_spies/assassins/malcolm_x/5.html>.
 <query.nytimes.com/gst/fullpage.html?res=9F0CE6DC1339F932A15751C0A965958260>.
 <www.gale.cengage.com/free_resources/bhm/bio/malcolmx.htm>.
 <www.etext.org/Politics/Buzzkill/buzzkill.7>.
 <www.cbsnews.com/stories/2000/05/10/60minutes/main194051.shtml>.
 <www.criticalreading.com/malcolm.htm>.
 <www.john-f-kennedy.net/bio.htm>.
 <www.biography.com/deathiversary/jfk/jfk.jsp>.
 <www.spartacus.schoolnet.co.uk/USAKennedyJ.htm>.
 <www.palestinefacts.org/pf_1967to1991_sadat_assassination.php>.
 <http://findarticles.com/p/articles/mi_m0PBZ/is_4_84/ai_n6175932>.
 <www.middle-east-online.com/english/?id=13788>.
 <www.pmo.gov.il/PMOEng/Archive/Speeches/2004/03/Speeches7825.htm>.
 <www.mfa.gov.il/MFA/MFAArchive/1990_1999/1995/12/Rabin%20Assassination%20Indictments>.
 <http://en.wikipedia.org/wiki/Yitzhak_Rabin_assassination_conspiracy_theories>.
 <www.konformist.com/rabin.htm>.

<www.jewishvirtuallibrary.org/jsourc/History/rabinass.html>.
<www.shimonperes.net/davidpage/davidpagefiles/yitzhak-rabin-assasination.htm>.
<www.cnn.com/WORLD/9511/rabin/amir/11-06/>.
<www.ahavat-israel.com/protest/rabin.php>.
<www.ctka.net/pr799-rabin.html>.
<www.ezinearticles.com/?Shimon-Peres-Charged-with-the-Murder-of-Yitzhak-Rabin?&id=187012>.
<www.info.jpost.com/1998/Supplements/Rabin/7.html>.
<www.video.google.com/videoplay?docid=3730438644581633961>.
<www.nobelprize.org/>.
<<http://cabina14.blogspot.com/>>.
<<http://search.emol.com/control.php?query=Luis%20Emilio&offset=0&portal=noticias&sort=rank&sortdir=descending&lug=Cuba&Submit=Buscar>>.
<www.telegrafo.com.ec/policiales/noticia/archive/policiales/quinto_mandamiento/2008/06/28/El- <<http://crimen-de-un-provocador.aspx>>.
<www.microtono.com/tintero/marantha.html>.
<www.mpd15.org.ec/jaime.htm>.
<www.terrorfileonline.org/es/index.php/Asesinato_de_Orlando_Letelier,_21_de_septiembre_de_1976>.
<www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=126141&tabla=nacion>.
<www.cronica.com.mx/nota.php?id_nota=218320>.
<www.canf.org/2005/1es/noticias-de-Cuba/2005-ago-22-hablo-el-sicario-estrella.htm>.
<www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=126141&tabla=nacion>.
<www.eluniversal.com.mx/nacion/133717.html>.
<www.eluniversal.com.mx/nacion/162495.html>.
<www.informativos.telecinco.es/dn_4403.htm>.
<www.colef.mx/Gaceta/documentos/ElColefenlosMedios/ENE24amenazas.pdf>.
<www.eluniversal.com.mx/editoriales/41570.html>.
<www.eluniversal.com.mx/editoriales/40347.html>.
<www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1339866>.
<www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-995931>.
<www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-2780793>.
<video.google.de/videoplay?docid=3968544393356669182&ei=QhzaSKjJFYm6rQLzoJidCw&q=confessions+of+an+economic+hitman&hl=de>.
<www.democracynow.org/2004/11/9/confessions_of_an_economic_hit_man>.
<me.phillipoertel.com/articles/2008/09/12/confessions-of-an-economic-hit-man>.
<www.johnperkins.org/>.
<www.informationclearinghouse.info/article8171.htm>.
<www.yoism.org/?q=node/292>.
<usinfo.state.gov/media/Archive/2006/Feb/02-767147.html>.
<www.creators.com/opinion/david-sirota/confessions-of-an-economic-hit-man.html>.
<www.economichitman.com/pages/bookpages/excerpt.html>.
<www.awate.com/artman/publish/article_4368.shtml>.
<globaldialoguecenter.blogs.com/johnperkins/>.
<www.mininova.org/tor/1061816>.
<<http://jer979.blogspot.com/2008/09/confessions-of-economic-hitman.html>>.

<<http://www.elabedul.net/Literatura/index.php>>.
<<http://www.ib.edu.ar/bib2004/Finalistas/AnaBrass.pdf>>.
<<http://www.interarteonline.com/Babiracki%20Krzysztof/altas/GUNMEN.jpg>>.
<http://www.noticaribe.com.mx/rivieramaya/images/17_10sicarios1.jpg>.
<http://www.canalcaracol.com/produccion.aspx?id_prod=312>.
<http://www.actionext.com/names_r/ruben_blades_lyrics/sicarios.html>.
<<http://www.latin-american.cam.ac.uk/culture/violence/violence5.html>>.
<<http://www.buscasalsa.com/El-Preso>>.
<<http://www.extra.ec/ediciones/2010/07/22/cronica/sicaria-mato-a-representante-de-las-chicas-del-can/>>.

ANEXOS

I. Artículos de prensa



Los presuntos sicarios detenidos en Playa del Carmen, luego de protagonizar una balacera en el pueblo de Tulum.

http://www.elfinanciero.com/archivo/buscar?g=sicarios&un14&oducto=elfinanciero=700&p=146

Vienes 18 de agosto de 2008 - actualizado hace 7 hrs 52 minutos

Inicio / Colombia / Mundo / Deportes / Economía / Opinión / Tecnología / Cultura y arte / Vida de hoy / Clasificados / **Archivos** / Videos / Ya publico / Binge

Encuentra todos los archivos de Colombia y el mundo desde 1993

Se encontraron 3.938 resultados para sicarios.

Filtros activos
Portal: elfinanciero.com

Sección
Nacional (320)
Jueves (396)
Editorial: opinión (420)
Cultura y entretenimiento (221)
Región (134)
Internacional (87)
Lecturas fin de semana (88)
Política (76)
Suplementos especiales (28)
Ver todos

Fecha
1993 (173)
1991 (292)
1992 (278)
1993 (292)
1994 (191)
1995 (184)
1996 (180)
1997 (140)
1998 (180)
1999 (162)
2000 (177)
2001 (180)
2002 (147)
2003 (141)
2004 (140)
2005 (171)
2006 (278)
2007 (403)
2008 (292)

Línea de tiempo
Esta línea muestra la cantidad de noticias relacionadas a este público a través del tiempo.
Navegar por años y meses haciendo clic en los círculos.

Ordenar: Por relevancia | Más antiguo primero | Más reciente primero

Sicarios
Qué mejor que verla entre otros días la información aparecida en Tulum 7 días fuera entre noticias confiables y analizadas sobre la región. Para información más detallada.

Miércoles 10 de abril de 1995 | [elfinanciero.com](#) | Editorial - opinión | [ARTÍCULO](#)

Biografías De Sicarios
1. ¿Qué es el sicario? El sicario es el asesino, los matones de la violencia, los matones de la violencia de los sicarios y asesinos. En el libro se detallan los asesinatos de los sicarios.
Lunes 17 de noviembre de 1993 | [elfinanciero.com](#) | Economía | [ARTÍCULO](#)

Los Verdaderos Sicarios
1. ¿Por qué no se enfoca, como se enfoca en todo lo que se refiere a la violencia de los sicarios. El amigo Francisco, quien ha estado en contacto con los sicarios desde hace más de veinte años, me dijo lo siguiente: [...]
Vienes 18 de diciembre de 2003 | [elfinanciero.com](#) | Editorial - opinión | Autor: Álvaro Rodríguez | [ARTÍCULO](#)

Sicarios En Venecia
1. ¿Por qué el FICP? SHARRET SCHNEIDER, A su paso por Colombia, y en un momento de la historia de la violencia de los sicarios.
Avalancha, 15 mayo 2002 | [elfinanciero.com](#) | Cultura y entretenimiento | Autor: Jha | [ARTÍCULO](#)

EXTRA

SEMANARIO DE NOTICIAS Y ENTRETENIMIENTO

LUNES

1999

Parólmico de
Mi tierra
Santa Mariana
de Jesús, Guayaquil

¡BUSCA DESDE HOY GRATIS, LA VIDA DE SANTA MARIANA DE JESÚS, AZUCENA DE QUITO!

¡ATENTADO DIRECTO A SISTEMA JUDICIAL EN PLENO CENTRO DE VINCES!

¡SICARIOS VIRARON A CONJUEZ!

LE METIERON 10 PLOMAZOS Y SE FUERON EN LA CLÁSICA "MOTO DE LA MUERTE".

PÁGINA 5

LA VÍCTIMA

EN GUAYAS, LAS CARRERAS SE PAGAN A PLOMO

¡POBRE TAXISTA!

SE PUDO DE ACORDAR A MEDIDA A "GUAYAS" ES DECIR, "PENAL", CENTRO DE LA PERSONALIDAD Y SU PASADIZO LOS ACCIDENTES, INMUNDICIA Y...

¡ESCANDALO! ¡ANGELO BARAHONA CONFIRMA DIFERENCIAS CON STEEVEN MACIAS!

DICE SENTIRSE "RESENTIDO" POR NO FORMAR PARTE DEL TRIBUNAL DE LA FANAZUOLA.

QUITO ¡VITARA APLASTO CASA Y SE LLEVÓ A 3!

ATAQUES ¡UNO QUE NO LLEGÓ A LAS FIESTAS!

AUNQUE PAREZCA INCREÍBLE

¡"TONO PALOMINO" BARRIÓ CON "EL CHOLITO"!

EL RATING DE "LOS SECRETOS" SOBREPASÓ CON CRUCES EL 10. LA REVISTA DE DEBATES, CALOR Y COMPARACIÓN DE LOS ACCIONES, MÁS BUENOS LÍMITES, EL SECRETO, PÁGINA 8 Y 9

SOY CALIENTITA COMO LAS FLORES Y ESTOY EN TU LUMES SEXY

BOLETÍN OFICIAL PÁGINA 6

"HOLA, ME LLAMO JUDDY"

IDOLO PERDIDO Y AMOR SOLO ASPIRA A IR A LA COPA

¡VIBRANTE CHOQUE EN CASA BLANCA!

UN LUGAR MUY VIBRANTE EN EL MUNDO DE CAMPEÓN, LUGAR DE DEBATE Y DE BARRIO BLANCA

MEMO EL CANILLITA

¡MEMO QUE ESTE MEMO LEYERON EN TU MEMO!

¡PUNTO LEYER LEYER!

«Sicaria» mató a representante de Las chicas del can!»

(Publicado en *El Extra*, julio 22 de 2010, ver: <http://www.extra.ec/edicion/2010/07/22/cronica/sicaria-mato-a-representante-de-las-chicas-del-can/>.)

La asesina y su pareja esperaron varios minutos sentados como clientes, pero no pidieron nada. Luego fueron al baño, salieron con arma en mano, amenazaron a todo el mundo y le dieron un certero balazo.

Bryan Hidalgo y Yadira Illescas, Redacción Guayaquil Cerca de las 23:30 el local de Domino's Pizza situado en la calle Víctor Emilio Estrada, en la ciudadela residencial Urdesa, norte de Guayaquil, se encontraba repleto de clientes. Inesperadamente el ruido de un disparo generó el pánico colectivo a lo que siguió el grito de una mujer que con arma en mano ordenó a todos tirarse al suelo. La peligrosa dama y otro sujeto armado que la acompañaba salieron presurosos del sitio. En medio del terror y gritos de los clientes, Diana Carolina Rodríguez Manzo, representante para el Ecuador del famoso grupo musical dominicano «Las chicas del can», cayó desplomada al piso víctima del certero balazo ejecutado por la «sicaria». A lado gritaban dos de las integrantes de la banda musical: la pianista Guadalupe Ciriaco Castillo y Ambar Lucía Montero Díaz, la saxofonista, quienes se salvaron de milagro, pues los verdugos según todo parece indicar solo buscaban a Diana Carolina, una joven promotora de eventos y representante de grupos artísticos, quien según sus conocidos no tenía enemigos. A los pocos minutos llegaron al lugar, paramédicos del Cuerpo de Bomberos que atendieron a la herida y la trasladaron en ambulancia al hospital Luis Vernaza, donde llegó en grave estado con un tiro en la cabeza. La doctora Mónica Altamirano, coordinadora de Emergencia del hospital Luis Vernaza, informó que a las 08:00 se declaró la muerte cerebral de la paciente. Tenía un orificio de entrada y salida en el parietal izquierdo (cabeza) lo que ocasionó que fragmentos de masa encefálica se cayera y produjera un sangrado cerebral. Los comensales abandonaban el local aún invadidos por el terror y agentes de la Policía Nacional ingresaban a inspeccionar la escena. En la mesa donde se encontraba la víctima se observaba un charco de sangre y metros más allá permanecía el casquillo del único proyectil disparado con terrible puntería.

«Asesinos a sueldo»

(Publicado en *La Nación* de Chile, domingo 7 de agosto de 2005.)

Radiografía de los sicarios chilenos

Los sicarios, nombre con que se conoce a los asesinos a sueldo, distan mucho de la glamorosa realidad que a veces se pinta. Algunos se confiesan creyentes; otros, hombres de familia, y casi ninguno acepta su verdadera profesión de asesino. Pero hay algo en lo que todos coinciden: una innata y asombrosa sangre fría.

Nación Domingo

Jimmy Constenlla

A mediados de febrero del presente año, el joven J.A.H.A caminaba tranquilamente a plena luz del día por la calle Yucatán, de la comuna de Lo Espejo. De pronto, al estilo de la película «El Padrino», un auto se detuvo frente a él. Del vehículo bajaron –según testigos– dos sujetos, quienes primero golpearon y luego acribillaron a balazos al joven.

La madre de la víctima no tiene dudas: «Fueron sicarios contratados para matar a mi hijo». La mujer señala que Rosa Castro, conocida maleante en su población, le habría juramentado hace unos días la muerte a su hijo. Todo porque el joven mantenía un romance con una de sus hijas.

Este caso se encuentra tipificado en el Séptimo Juzgado del Crimen de San Miguel, en la causa 48.756-5. Según la madre del joven baleado, Rosa Castro le habría puesto precio a la cabeza de su hijo. Una promesa que no es tan rara en el mundo del hampa. Los sicarios, entonces, no tardaron en escuchar ese llamado que siempre se hace bajo cuerda. Y actuaron. Pero fallaron: pese a las balas que penetraron el cuerpo del joven una y otra vez, no murió. El error le costó caro a Rosa Castro, quien hoy está presa.

Los principales motivos por los que alguien manda a matar tienen que ver con infidelidad, deudas económicas o venganza. Los crímenes pasionales son los que encabezan la lista. Mujeres u hombres celosos de sus parejas, a veces traicionados y que ostentan cierto nivel educacional y económico, llegan en su desesperación a buscar asesinos que por un pago determinado concreten un homicidio que ellos no se sienten capaces de realizar.

¡Llame ya!

Las eliminaciones por deudas son la segunda petición. Un ejemplo fue el crimen del empresario Sergio Aurelio Sichel, cuya muerte dio origen a la investigación de la financiera ilegal «La Cutufa». Es que detrás de los crímenes perpetrados por sicarios siempre hay una estela de dudas.

El mismo crimen de la asistente social Marcela Casanueva, perpetrado en 1998, fue en su momento ligado a un sicario. Teoría que el abogado de Ema Pinto, Erwin Sapiain, defiende hasta el día de hoy apoyado en detalles como el perfecto corte en el

cuello de la víctima y la descripción de un tipo con barba y alto que se vio deambulando en el edificio de Casanueva el día del crimen.

Si bien no son infalibles, la norma dice que los sicarios deben asegurarse de cumplir su encargo. Para eso algunos llevan fotos, anillos, e incluso, a veces partes del cuerpo, como dedos u orejas de la víctima, para comprobar ante el cliente que se cumplió el objetivo. Tras ello se efectúa el pago. Las formas de cumplir «el cometido» van desde envenenamientos, pasando por accidentes fortuitos, hasta balazos a mansalva.

El cine y la literatura han caricaturizado la figura de los sicarios como tipos de terno oscuro, pinta intachable y buen nivel de vida. Nada más lejos de la realidad, al menos de Latinoamérica. En países como México, Brasil, Argentina, Colombia o Chile, ese rol casi siempre está ligado a personajes sin oportunidades ni educación. Tipos que no tienen nada que perder con un crimen. Tipos que en su círculo de amigos se jactan de ser «matones».

Es fácil para alguien que se codea con el mundo del hampa llegar donde un profesional del asesinato. Es sabido que muchos narcotraficantes tienen sus particulares sicarios. Algo que en Colombia ya es toda una institución, como lo refleja el libro de Fernando Vallejo y posterior película «La Virgen de los sicarios». Allí se relata cómo niños y jóvenes eliminan sin anestesia a quien sea por insignificantes sumas de dinero. De hecho, un reportaje publicado hace dos años por el diario colombiano «El Espectador» apuntaba que un sicario ganaba 40 dólares por encargo, unos 22 mil pesos por homicidio.

Precios irrisorios para los denominados «matones internacionales», que trabajan para mafias como la Cosa Nostra, la Camorra napolitana, la Yakuza japonesa, el cartel de Juárez, o simplemente para acaudalados hombres de negocios.

En internet se pueden encontrar un par de insólitas ofertas de personas que exhiben sus servicios de sicarios al público. Por supuesto, es difícil comprobar su veracidad, pero de ser verdaderos, no dejan de impresionar. Un caso es el aviso que aparece en el sitio español de ofertas Gratisweb.com. Allí se lee, bajo el título «Asesinos a sueldo», el siguiente detalle: «Mercenarios profesionales para personas, empresas e instituciones. Trabajos especiales en todo el mundo. Si tiene problemas contáctenos y obtenga la paz que tanto desea». Acto seguido, se adjunta un e-mail y una tarifa de cuatro mil dólares promedio por eliminado.

Sicarios chilenos

Los sicarios surgieron en la Italia del siglo XIV. En esa época, los asesinos comenzaron a hacer de las suyas con un cuchillo encorvado llamado «sica»; de ahí deriva el término sicario (en latín *sicarium* es asesino asalariado). Claro que su popularización y actual concepto fue a través de las mafias sicilianas que se afincaron en Estados Unidos. La oscura figura de «asesinos a sueldo» no tardaría en expandirse por todo el mundo.

En Chile, los sicarios irrumpieron con fuerza a principios de los 90. «Antes, las bandas de narcos tenían una suerte de amistad entre ellas. Por eso no existían tantas escenas de sangre, ni eran necesario los sicarios», cuenta el prefecto (r) Antonio Cubillos, quien estuvo por 31 años en la Policía de Investigaciones. En sus palabras, la violencia, vendettas y otras acepciones, como encargos o mexicanas, surgieron con la nueva generación de narcotraficantes. Delinquentes juveniles que desde chicos aprendieron a usar armas, muchas veces heredadas de grupos armados de los años 80, como

el Frente Patriótico o el MIR, detalla el detective. «Te diría que los matones actuales son básicamente jóvenes poblacionales que tienen un desprecio total por la vida. Son capaces de disparar a alguien por uno, dos o más kilos de cocaína, sin dramas», comenta. Algunos ex CNI y ex DINA, tras quedar sin trabajo, también han sido vinculados al mundo del matonaje.

Una característica de los sicarios nacionales es que siempre niegan su «oficio» si son atrapados. Saben que no les conviene decir que cometieron un homicidio por dinero. Incluso más: sería un error confesar que trabajan para alguien. Sería una deslealtad para con sus clientes y un perjuicio en su defensa. Los sicarios son silenciosos. La fama fuera de su «mundillo» no les conviene. Cuando eso sucede, en especial en el mundo del hampa, las balas que antes iban por encargo pasan a utilizarse en defensa propia.

Eso le pasó a Gustavo Ramos González, sicario de 40 años que es apodado – nada más y nada menos– que «El Killer» (el asesino).

Ramos, hombre de baja estatura, moreno, lanza en sus años de juventud y, según testigos, asiduo a matar con su arma en plena calle a perros vagos, se convirtió en sicario personal de la banda del «Care Tony», un narcotraficante de La Legua, hace más de 13 años.

En los bajos fondos, los sicarios personales tienen precio propio para otras bandas. El Killer ejecutó varios encargos de su jefe contra bandas rivales. Entre ellos, hacia miembros de la pandilla de Manuel Fuentes Cancino, alias «El Perilla», famoso narco también de La Legua que hoy está tras las rejas. Cancino juró venganza y la ejecutó en 1995, cuando sicarios suyos ajustaron las cuentas con El Killer impactando 18 balazos en su humanidad. Milagrosamente, Ramos sobrevivió.

El Killer, matón a domicilio, siguió entonces haciendo de las suyas. Su vida transcurrió de la cárcel a la libertad y viceversa. En su prontuario figura con porte ilegal de armas, asalto a mano armada, posesión de drogas y tres homicidios.

A su historial personal agregó nuevas páginas el jueves 19 de mayo del presente año. Ese día, El Killer cayó nuevamente tras las rejas, luego de asesinar con un fusil AK-47 al gáster Hugo Vega Calderón, en instantes que la víctima se encontraba tomando té en su casa.

La historia de El Killer es como la de muchos sicarios. Algunos son asesinados por encargo de bandas rivales. Otros siguen actuando en la impunidad. Y muchos están cumpliendo penas tras las rejas. Saben que afuera se «la tienen jurada varios enemigos» (lo esperan para matarlo). Pero para ellos no hay tiempo de arrepentimientos ni de pedir perdón.

Palabra de sicario

«El concepto del sicario existe en el artículo 391 del inciso 1 del Código Penal, y las penas son altas para ellos, por eso resulta muy difícil que alguno diga públicamente que es un matón a sueldo; pero dentro de la cárcel o en su entorno, ninguno tiene dramas en asumir su condición», dice el abogado penalista Juan Jaime Herrera, y agrega: «Ellos siempre justifican a su manera los crímenes».

Figura penal

Al cometer un crimen, los sicarios casi siempre tratan de demostrar que no es por venganza o encargo sobre la víctima. Para eso intentan que el asesinato parezca robo. La explicación es lógica. El Código Penal contempla una pena de cinco años y un día para alguien que comete un homicidio simple. En cambio, en un homicidio calificado, que es cuando existe premeditación, alevosía o una promesa de remuneración o premio de por medio, la pena parte de 10 años y un día hacia delante. Hay que consignar que la ley chilena contempla que si en un crimen existe un premio o promesa remuneratoria, tanto el ejecutor como el mentor reciben penas iguales.

II. Letras de canciones

«Sicarios»

Artista: Rubén Blades

Álbum: Tiempos

Alerta, que al que va en motocicleta ningún carro lo respeta, y autobús?, mejor ni hablar!
Tranquilo, que cuando llegue la hora, si usted no se descontrola, no nos lograrán prender.
Deje el nervio ya y concéntrese. Es muy tarde para echarse atrás.
Se hace lo que se tiene que hacer cuando ya no hay nada más que hablar.
Recuerde, el color del auto es blanco, europeo y nuevecito, y porta placa oficial.
Son cinco, tres atrás, dos adelante; nuestro hombre está en la foto que le acabo de enseñar.
Colóquese al lado del chofer y no piense en lo que va a pasar.
No tenemos tiempo que perder: arranque al oírme disparar.
Hoy cambiará la vida.
Hoy cambiará su vida.
Hoy cambiará mi vida.

Yo no sé si el tipo es bueno, o malo; solo sé que le tocó perder.
En el cielo está Dios, soberano: en la tierra, la orden del cartel.
Espero que la ametralladora no vuelva a trabarse ahora, como en el ensayo ayer.
Más tarde, después que cobre el trabajo lo invito a tomarse un trago, no me vaya a despreciar.
Yo, por él, no siento compasión. Nunca en vida él hizo algo por mí.
Si es entre él y yo la selección, no me dolerá verlo morir.
Hoy cambiará la vida.
Hoy cambiará tu vida.
Hoy cambiará mi vida.

«Los Zetas»

Artista: Beto Quintanilla

Álbum: Corridos

Soy del grupo de los zetas que cuidamos al patrón
Somos 20 de la escolta pura lealtad y valor
Dispuestos a dar la vida para servir al señor.

Desde que era muy pequeño quise ser lo que ahora soy
Siempre me dijo mi padre no hay nada como el honor
El hombre con esta idea es natural de valor.

Somos 20 grupos zetas unidos como familia
Los 20 somos la fuerza con diplomas de suicidas
Concientes que en cada acción podemos perder la vida.

Bonito mi Tamaulipas donde no hay gente de mido
Para subirme a la Sierra aquí en Victoria me quedo
Para servirle al patrón de Tampico hasta Laredo.

Soy de mero Matamoros Tamaulipas es mi tierra
Mi capital es Victoria y que está al pie de la Sierra
Un saludo a XR que es de la misma madera.

Somos 20 grupos zetas unidos como familia
Los 20 somos la fuerza con diplomas de suicidas
Conscientes que en cada acción podemos perder la vida.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica de nuevo tipo, creada para afrontar los desafíos del siglo XXI. Como centro de excelencia, se dedica a la investigación, la enseñanza y la prestación de servicios para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos.

La Universidad es un centro académico abierto a la cooperación internacional, tiene como eje fundamental de trabajo la reflexión sobre América Andina, su historia, su cultura, su desarrollo científico y tecnológico, su proceso de integración, y el papel de la Subregión en América Latina y el mundo.

La Universidad Andina Simón Bolívar fue creada en 1985 por el Parlamento Andino. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. Además de su carácter de institución académica autónoma, goza del estatus de organismo de derecho público internacional. Tiene su Sede Central en Sucre, Bolivia, una sede nacional en Quito, Ecuador, una sede local en La Paz, Bolivia, y una oficina en Bogotá, Colombia.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en el Ecuador en 1992. En ese año la Universidad suscribió un convenio de sede con el gobierno del Ecuador, representado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, que ratifica su carácter de organismo académico internacional. En 1997, el Congreso de la República del Ecuador, mediante ley, la incorporó al sistema de educación superior del Ecuador, y la Constitución de 1998 reconoció su estatus jurídico, el que fue ratificado por la legislación ecuatoriana vigente. Es la primera universidad del Ecuador en recibir un certificado internacional de calidad y excelencia.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional e internacional, dirigidas a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Adolescencia, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Migraciones, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Agrarios, Estudios Interculturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Universidad Andina Simón Bolívar

Serie Magíster

- 104** Luis Onofa, HUELLAS DEL DISCURSO DE CORREA EN LOS MERCADOS DE QUITO: el caso de la Constituyente de 2008
- 105** Alex Valle, EL AMPARO COMO GARANTÍA CONSTITUCIONAL EN EL ECUADOR
- 106** Miguel Ruiz, CRISIS ESTATAL Y LUCHA DE CLASES EN LA VENEZUELA CONTEMPORÁNEA
- 107** Antonio Jaramillo, EL CANON EN DOS SALONES DE ARTE DEL QUITO CONTEMPORÁNEO
- 108** Cristina Burneo, AMISTAD Y TRADUCCIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN BIOGRÁFICA DE ALFREDO GANGOTENA
- 109** Ángel Velásquez, ECUADOR Y LOS TEMAS DEL NUEVO DERECHO DEL MAR
- 110** Edgardo Pérez Morales, NATURALEZA, PAISAJE Y SOCIEDAD EN LA EXPERIENCIA VIAJERA: misioneros y naturalistas en América Andina durante el siglo XVIII
- 111** Jorge Luis Carrión Benítez, LOS TRIBUTOS PARAFISCALES EN LA COMUNIDAD ANDINA
- 112** María del Pilar Mora, DESDE LA FILOSOFÍA LATINOAMERICANA HACIA UN PROYECTO DESCOLONIZADOR
- 113** Juan Pablo Cadena, CRISIS PETROLERA E IMPERIALISMO: la política de seguridad energética de Bush y sus implicaciones para Latinoamérica
- 114** Christian Masapanta, JUECES Y CONTROL DIFUSO DE CONSTITUCIONALIDAD: análisis de la realidad ecuatoriana
- 115** Mary Ivers, POEMAS A COLORES: memoria e identidad indígena en la pintura de Tigua
- 116** Sebastián López, DEL AMPARO A LA ACCIÓN DE PROTECCIÓN: ¿regulación o restricción a la protección de los derechos fundamentales?
- 117** María Dolores Vasco, LAS GALÁPAGOS EN LA LITERATURA
- 118** Alex Schlenker, SE BUSCA: indagaciones sobre la figura del sicario

¿Cómo debemos entender el fenómeno del asesinato por dinero? En las últimas décadas, la compleja figura del sicario ha sido analizada por expertos que remiten el fenómeno al surgimiento del negocio ilícito de las drogas. En este libro se revisan algunas de las más importantes investigaciones que se han aproximado a la figura del sicario y a su relación con los carteles de la droga.

Los relatos desarrollados en torno al sicariato son leídos aquí como discursos que circulan en los distintos espacios en los que se configura el canon sobre la violencia. Tales textos han sido agrupados en tres cuerpos: en el primero están los que provienen de la academia, publicados por sociólogos, politólogos, antropólogos, comunicadores y culturalistas; en el segundo, y con el afán de problematizar aquello que el discurso académico dice del oficio de asesinar por encargo, se han seleccionado obras testimoniales recopiladas y editadas por escritores, periodistas y cronistas, y obras literarias de ficción publicadas por escritores que trabajaron con la figura del sicario; un último cuerpo lo compone una serie de películas de cine y televisión que se ocupan de las distintas formas de representar al sicario y a su entorno a través de un lenguaje audiovisual.

Esta investigación puede ser leída como un mapeo de aquello que se ha dicho del sicario y su realidad socioeconómica, y de la esfera simbólica en la que sus distintas representaciones adquieren una suerte de «visibilidad» de orden cultural.



Alex Schlenker (Baque, 1969) es Magíster en Estudios de la Cultura, con mención en Comunicación (2009) por la Universidad Andina Simón Bolívar, en la que actualmente cursa el Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos. Realizador e investigador audiovisual, con estudios en ciencias de la educación, y dirección de cine y realización audiovisual en el Instituto de Artes Visuales de Maehringen, Alemania. Ha publicado artículos y reseñas en revistas de Alemania, Ecuador y Colombia. Se desempeña como docente universitario e investigador en el campo de la representación visual, y es coordinador del fondo fotográfico Miguel Ángel Rosales. En 2012 recibió el Premio Nacional de Artes Mariano Aguilera para Publicaciones, del Municipio del Distrito Metropolitano de Quito.

ISBN: 978-9978-84-650-6



9789978846506